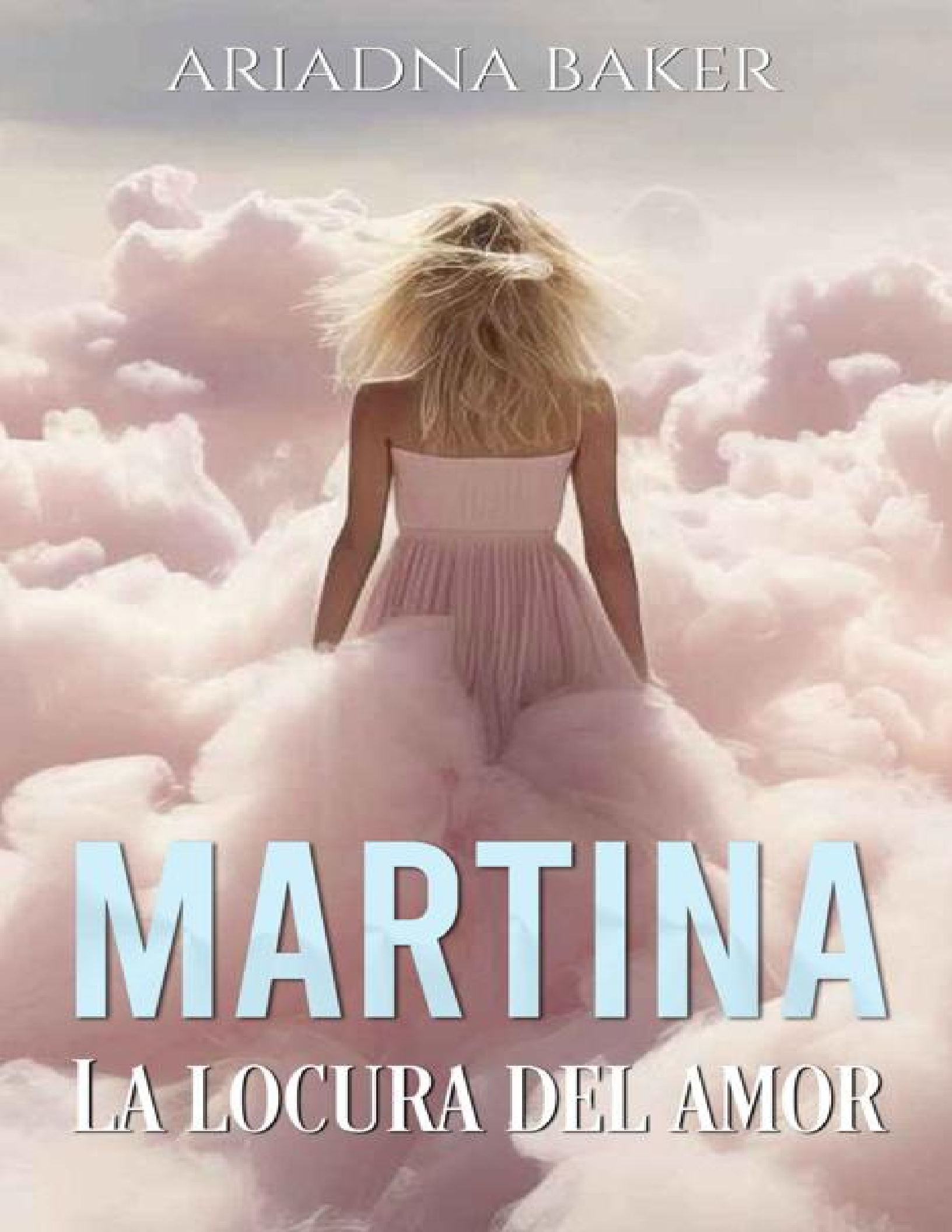


ARIADNA BAKER



MARTINA

LA LOCURA DEL AMOR

MARTINA

LA LOCURA DEL AMOR

ARIADNA BAKER

MARTINA

LA LOCURA DEL AMOR

ARIADNA BAKER

Primera edición.

Martina. La locura del amor

©Ariadna Baker.

©febrero, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Martina. La locura del amor

©Ariadna Baker.

©febrero, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[RRSS](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[RRSS](#)

Capítulo 1



Me encontraba apoyada en el quicio de la puerta de la cocina mirando hacia el jardín trasero de la casa mientras sostenía una taza de café en mis manos. Mi cara debía ser el reflejo de lo que mi alma sentía, felicidad en estado puro, de ahí, que no pudiera dejar de sonreír ni por un solo momento.

La vida se traducían en momentos y este era uno de esos en los que todo estaba en la más absoluta armonía.

Tenía dejada caer sobre los hombros una rebeca blanca que cubría mi espalda ya que llevaba un pijama de lencería fina de dos piezas en tono rosa palo; pantalón corto y camiseta de tirantitos.

Observaba ese precioso rincón de mi nueva casa ya que apenas hacía un mes que me habían entregado las llaves y aún estaba como en una nube.

He de decir que el último año lo había pasado mirando muebles y haciendo mil composiciones en mi cabeza mientras intentaba encajar todo con los croquis de la casa, pero no fue nada fácil porque en cierto modo quería que todo estuviera de lo más acorde.

La de dolores de cabeza que le di a mis amigas con tantos cambios de mobiliario que les enseñaba y no me decidía, pero al final conseguí dar a cada habitáculo esa esencia que yo quería.

Era mi primer amanecer aquí ya que me había instalado el día anterior. Durante este tiempo me la amueblaron por completo y me dediqué a colocar todo de manera tranquila para mudarme cuando estuviera ya todo en su sitio.

Había sido el mes más emocionante de mi vida, viví con intensidad cada mueble o detalle de decoración que se iba colocando. Me sentía muy agradecida y afortunada.

La casa había sido un regalo de mi padre ya que recibió una herencia por parte de mis abuelos justo dos años atrás destinando una gran parte de ella a esta vivienda, pese a que le pedí encarecidamente que no lo hiciera, pero era su gran deseo y no hubo manera de sacárselo de la cabeza.

En aquellos entonces habían acabado de anunciar la construcción de casas adosadas en una nueva urbanización en

la entrada de la ciudad. Así que mi padre me lo comentó, a mí casi me infarta y a pesar de eso, él no dudó en comprarla, al final, como decía, él tenía su casa y quería que su única hija no se tuviera que ver con una hipoteca de por vida.

Pero joder, me podría haber comprado un apartamento en un bloque de pisos y haberse ahorrado más de la mitad del dinero, pero no, él quería lo más bonito y mejor para su hija. Y, sí...

Mirase por donde mirase, mi nuevo hogar era un caramelo, además, estaba tan armonioso predominando el blanco, resaltado con la decoración en tonos pastel que la hacía digna de una revista de decoración. La cocina era una preciosidad ya que tenía una encimera de mármol blanco al igual que los azulejos, los muebles en tono rosa pastel combinando con el celeste palo de todos los electrodomésticos. Se veía de lo más *vintage*.

En el salón había una amplia chimenea que todavía no podría estrenar, dado que estábamos a principios de mayo y no hacía frío suficiente como para tener que encenderla y menos en mi ciudad, que si de algo gozábamos era de un buen clima casi todo el año.

A mis veintinueve años había vivido siempre junto a Leo, mi padre, ese ser maravilloso que me había criado solo y con el que no había tenido ni la más mínima carencia en lo que al amor se refiere, bueno, ni a ninguna otra cosa, ya que siempre trabajó como médico de cabecera en el ambulatorio de la ciudad y su sueldo era bastante bueno.

Eso sí, cuando a mis cinco años mi madre nos abandonó para irse con otro hombre, mis abuelos paternos estuvieron ahí para cuidarme mientras mi padre regresaba del trabajo o tenía que irse antes, pero fuera de horario laboral no se perdía ni un minuto de poder estar conmigo.

En lo que a mí se refiere, siempre fui muy buena estudiante por lo que terminé bachillerato con unas calificaciones notables y sin haber sacado un suspenso en mi vida, pero mi ilusión era tener mi propio gabinete estético y comencé a hacer cursos de maquillaje, me saqué el título de peluquera y además hice otro curso para poder realizar depilaciones con láser.

Con veintiséis años monté mi propio salón de belleza en el local que mi padre compró años atrás y que hasta ese momento lo tuvo alquilado a una oficina de seguros.

Mi negocio era muy bonito, tanto, que las clientas aprovechaban para sacarse fotos ya que estaba todo en rosa pastel y blanco. En una sala contaba con la peluquería, en otra, la zona de maquillaje y luego estaba la habitación con la máquina de depilación láser y en otra en donde se hacía la depilación manual, además contaba con un amplio baño.

Desde que terminé bachillerato no solo me encargué de hacer todos los cursos que salían y que mi padre me iba pagando, sino que me dediqué a trabajar de todo lo que podía para ir reuniendo dinero para el día que pudiera montar mi propio negocio, ya que no solo era que mi padre me pusiera el local, también había que decorarlo y comprar todo el mobiliario, máquinas y la infinidad de utensilios y productos que hacían falta.

Funcionó desde la primera semana y me hice con una clientela muy buena, además desde el principio contraté a mis mejores amigas Cata y Lola, que también habían hecho un montón de cursos. Comenzaron a media jornada, pero rápidamente las tuve que poner a jornada completa, así que ellas locas de contentas, y yo mucho más por lo bien que estaba funcionando todo.

He de decir que ellas vivían juntas en un apartamento que tenían alquilado desde hacía dos años y al que yo iba de vez en cuando a pasar algún que otro fin de semana. Cata era la más pequeña con veintisiete años, luego Lola tenía veintiocho y seguido yo con un año más.

Cata estaba saliendo con Javier, un joven militar que le sacaba cinco años y hacía con ella lo que le daba gana, pero estaba ciega a más no poder y por más que le decíamos, le entraba por un oído y le salía por el otro.

y Lola no estaba con nadie, era una alma libre, cuando le gustaba un hombre tenía algunas citas con él, pero nunca pasaba esa línea que lleva en cierto modo a algo más formal.

En mi caso, estuve tres años con Borja, un joven dos años mayor que yo, que había estudiado odontología y posteriormente se puso a trabajar en la clínica dental del padre. Lo dejamos porque éramos muy diferentes en muchos aspectos y al final nos estábamos limitando el uno al otro, pero quedó una preciosa amistad y de vez en cuando pasaba por mi centro y me llevaba un café con un bollo o cualquier detalle. Además de que nos mensajeábamos de vez en cuando para preguntarnos cómo estábamos y charlábamos un rato.

Cuando las chicas decidieron irse a vivir juntas por supuesto que también contaron conmigo, pero como mi padre me había acabado de comprar la casa sobre plano, preferí seguir en la casa familiar y así ahorrarme el dinero, además, que yo con mi padre siempre viví muy cómodamente.

s

Era domingo por la mañana y lo había hecho coincidir así para instalarme en la casa, lo hice el día anterior por la tarde ya que no teníamos que abrir el centro y quería amanecer y disfrutar de mi casa sin tener que salir para nada al menos ese primer día.

Saboreaba el primer café cuando sonó el timbre de la puerta exterior, era mi padre que venía con un papelón de churros para desayunar conmigo.

—Buenos días, preciosa. —Me dio un beso en la mejilla.

—Buenos días, papá, qué sorpresa más rica. —Aspiré el aire acercando mi nariz al papelón.

—Sabía que te gustaría la idea.

—Claro, me conoces muy bien.

—Por cierto, quería comentarte que me he apuntado a un viaje en grupo de gente de mi edad. —Él tenía cincuenta

y cinco años.

—Qué bueno. ¿Y a dónde te vas?

—Vamos a hacer un circuito por Tailandia.

—¡Guau!, qué pasada. ¿Cuándo?

—Pues en agosto, aprovecho que tengo el mes de vacaciones y me voy veinte días.

—Qué envidia me estás dando.

—Si quieres nos vamos los dos y dejo lo del grupo.

—No, por Dios, vete a conocer mundo, amistades nuevas, que sienta envidia no significa que tenga que ir, ya iré cuando llegue el caso —sonreí—. Por cierto, tengo marisco para hacer una paella. —Le di su taza de café y nos fuimos al jardín trasero a la mesa.

—¿Me estás invitando a comer?

—Claro, además así me ayudas a hacerla que eres el rey de la cocina.

—Eso está hecho.

—Oye, pues muy bien lo del viaje, en serio, eso debiste haberlo empezado a hacer desde mucho antes, pero nunca es tarde si la dicha es buena.

—Antes te tenía en casa y quería disfrutar de cada momento junto a ti, ahora que te has independizado tengo que buscar otras alternativas —sonreía y a mí me encantaba escucharlo decirlo con el corazón, porque él era así, no renunció nunca a cualquier momento de los que ha podido estar a mi lado.

—Bueno, ahora aprovecha todo lo que puedas y vete a disfrutar de la vida, eres muy joven aún y quizás hasta encuentres a una mujer que te ponga los ojos en órbita. Debes de pensar más en ti.

—Hija, ¿y lo bonito que es poder disfrutar de lo que más quieres en el mundo?

—Eres el mejor padre del mundo. —Estiré mi mano, cogí la suya y se la acaricié por encima de la mesa.

—Eso es porque tengo a la mejor hija. Estoy muy orgulloso de ti, Martina, muy orgulloso.

Capítulo 2



Iba en mi coche escuchando la nueva canción de Maluma, *Según quién*, y la iba cantando a todo pulmón como si estuviera hecha para mí, cosa que la letra no tenía nada que ver con nada de lo que estuviera pasando en mi vida, pero era pegadiza y me llamaba mucho la atención.

Llegué a la puerta de mi salón y vi a las chicas que estaban desayunando en la terraza de la cafetería que teníamos justo al lado.

—Jefaaa —gritó Lola levantando la mano y moviéndola de lo más feliz.

Sonreí mirándolas, pero algo me decía que a Cata le pasaba algo. Estaba al lado de ella, pero su actitud era muy cabizbaja y su sonrisa escondía una cierta tristeza.

—Buenos días, chicas —dije sentándome y le acaricié el hombro a Cata—. ¿Qué te pasa?

—Tranquila, solo tengo un mal día.

—Un mal día por culpa del capullo que se hace llamar su novio y pasa de ella como la mierda.

—Lola, no le hables así —protesté.

—Pero es que no se da cuenta.

—Ya lo sé, pero si está en un mal día lo mínimo que podemos tener con ella es un poco de empatía. —Le eché una reprimenda con la mirada y gesto de cabeza.

—Da igual, si tenéis razón con todo lo que me decís, el problema es que lo quiero y no puedo estar sin él...

—*No puedo estar sin él, me muero por su amor.* —Comenzó Lola a cantar por Camela y la miré intimidatoriamente para que se callase—. Eso se llama drogadicción y todas las drogas, sea en el formato que sea, son dañinas.

—En eso tiene razón Lola —murmuré—. Estás muy enganchada a Javier y él está muy cómodo en esta relación ya que queda contigo cuando quiere y cuando no, se marca otros planes con los amigos sin tener en cuenta lo que a ti te apetece, que no digo que no haga bien ya que tener una relación no debe quitar la libertad a las personas, pero a él se le nota que siempre te tiene de segunda opción.

—Y me riñe a mí por cómo le hablo —murmuró Lola causándonos una risita.

—Pero se lo digo en un tono más bajo y con mucho más cariño. Y no me pongo a cantar por Camela. —Volteé lo ojos.

—Sí, lo de la segunda opción se lo dijiste con todo el amor del mundo —sonrió con ironía.

Nancy, la camarera del bar, me trajo mi café. Era un encanto, nació chico, pero siempre tuvo claro su feminidad y luchó para conseguir ser y sentirse la mujer que ahora era. La verdad es que se le veía de lo más natural y preciosa. Era una chica llena de luz.

—Aquí tienes tu cafelito, corazón.

—Gracias, Nancy. ¿Qué tal el finde?

—Bien, salí el sábado y casi regreso esta mañana. —Se echó a reír sacándonos unas carcajadas—. Y tú —se dirigió a Cata—, tienes hoy una cara de tristeza que no puedes con ella. —Le acarició la mejilla.

—Estoy mal del corazón.

—¿Estás enferma? —preguntó preocupada.

—De amor, está enferma de amor —contestó Lola mientras negaba y volteaba los ojos indignada porque Cata no terminaba de espabilar y mandaba a tomar por saco esa relación.

—Pues ningún hombre merece destrozarnos el corazón y dejarnos en ese estado en el que estás. Vales mucho, cariño. —Acariciaba la cabeza de Cata.

—Tengo un problema muy grande. —Se llevó las manos a las mejillas para secarse las lagrimillas que comenzaron a brotarle y nos dejó a las tres mirándola sin entender por qué rompía a llorar de esa manera.

—¿Qué problema, corazón? —le preguntó Nancy.

—Estoy embarazada...

—¿¡Cómo!? —preguntamos las tres al unísono, y Nancy tomó asiento de lado en la silla que quedaba libre.

—Sí, lo sé desde hace unos días y ayer se lo dije a Javier... —confesó con un gran nudo en la garganta.

—¿Y? —pregunté esperándome lo peor.

—No quiere saber nada ni de mí ni del bebé que viene en camino.

^s—Hijo de la gran puta —dijo Lola alto y claro.

—De verdad, que, si me echo a ese hombre a la cara, lo rajo de arriba abajo, como a un cochino, que eso es lo que es —dijo Nancy levantándose y dando un golpe a la mesa—. Cariño, a mi madre le pasó lo mismo que a ti y ¿sabes qué? Nunca me hizo falta ese desgraciado que nos dejó tiradas como unas colillas. —Le dio un beso en la mejilla—. Voy a atender, cualquier cosita me levantáis la manita. Y tú —acarició el cabello de Cata de nuevo— tienes una gran razón para hacerte más fuerte que nunca.

—Vamos a tener un bebé... —murmuró Lola aún incrédula y refiriéndose que no solo iba a ser el de Cata, sino el de las tres.

En *shock*, eso nos había dejado en *shock*, pero estaba claro que era nuestra amiga y no estaba sola en esto, a pesar de las veces que le advertimos que tuviera mucho cuidado con ese tema.

—Siento mucho el descontrol que causaré cuando tenga que coger la baja maternal.

—Por Dios, Cata, no causarás nada, además, ni se te ocurra preocuparte por nada de eso, sabes que nos tienes al cien por cien, no estás sola.

—Lo sé, pero que yo voy a trabajar hasta el final.

—Bueno, siempre que estés bien, de lo contrario coges la baja médica, no quiero que te preocupes, preciosa. —Le acaricié la mano.

—A partir de ahora tendrás que pagar cien euros más por el alquiler, sois dos, qué mínimo que yo pague un poco menos —bromeó Lola causándonos una carcajada.

—Me duele que Javier no quiera saber nada de esto.

—¿Qué esperabas de un ser como él?

—Ya, Lola, pero una cosa es que sea una cabra loca y otra que no se quiera responsabilizar de algo tan importante como es un hijo.

—Pero imagino que le reclamarás las responsabilidades en los juzgados... —le dije temiendo que se fuera a quedar de brazos cruzados.

—No lo sé, la verdad.

—Eres tonta, hija, qué le vamos a hacer —le contestó Lola soltando el aire.

—¿Qué quieres que haga, que le obligue a ver a un bebé que no quiere reconocer y que le pase una manutención que no quiere pagar porque no entiende de responsabilidad?

!

—Eso quiero.

—Lola —le dije a modo reprimenda para que bajara un poco el tono.

—Es que de buena es gilipollas.

—Y dale —resoplé—. Si no quiere pedirle nada está en su derecho. Además, a ella no le hace falta que nadie le pase doscientos euros que para eso estamos nosotras que no dejaremos que ni a ella ni al bebé les falte de nada.

—Gracias a Dios soy muy mirada por el dinero y siempre voy ahorrando. No es eso, chicas, lo que me preocupa es cómo enfrentarme a esto con el corazón hecho pedazos.

—Pues pensando que vas a tener al verdadero amor de tu vida en tus brazos en unos meses.

—Eso no me consuela.

—«Ojú», cómo está esta —dijo Lola causándome una risilla.

! —Cuando lo veas creciendo en tu vientre y sientas los movimientos, no habrá nadie más en tu mente que ese bebé, que se convertirá en tu todo. —Le acaricié la mejilla.

—Me acabas de recordar a la canción de Sergio Dalma, *Ave Lucia* —dijo Lola y Cata fue a buscarla corriendo a YouTube y la puso para escuchar la letra.

—No sé para qué has dicho nada —le dije a Lola cuando vimos a una Cata llorando a mares escuchando ese emblemático tema.

—Nunca la había escuchado, es preciosa, da un poco de fuerzas.

!

—Entonces la pondré toda la mañana en bucle —soltó Lola causándonos una carcajada.

—Chicas, gracias, de verdad, sé que todo me lo decís por mi bien y aunque a veces seáis muy brutas, es para que yo espabile. Es verdad que me cuesta asumir que él nunca me quiso, pero poco a poco lo asimilaré. Lo amo demasiado y es difícil desprenderse de algo que me hace feliz, a pesar de sus detalles feos.

—¿Detalles? Eso son crímenes contra la humanidad.

—Lola —la reprendí y eché el aire.

—Es que el problema de Cata es que no sabe ponerle nombre a las cosas y lo primero que debe de darse cuenta es que fue una víctima de ese hombre que psicológicamente la estaba anulando por completo y la manipulaba a su antojo. Ahora con esto que pasó se le terminó de caer la careta, pero ella nunca va a reconocer el daño emocional al que la sometió, la tomaba de loca y la culpaba de cosas que no se merecía. He estado mucho tiempo callada, pero es que ya me cuesta, con esto de hoy, ya no puedo morderme más la lengua. Es un hijo de la gran puta...

—Una vez me pegó...

—¿¡Qué!?! —preguntamos al unísono y muy alteradas. Esas palabras nos habían hecho encender en menos de un segundo.

—El día que fui con él a la fiesta de la plaza... —Le comenzaron a caer unos lagrimones.

—Sí, lo recuerdo —murmuré todavía de lo más impactada.

—Pues ese día se enfadó porque saludé a un conocido que yo no sabía que él no podía ver. Me montó un pollo muy grande y cuando me llevó al piso, antes de bajar del coche le dije que había sido muy injusto y me agarró del pelo y me abofeteó dos veces. —Lloraba con una tristeza que dolía en el corazón.

—Que no me lo cruce que lo mato —dijo Lola apretando los puños y la mandíbula.

—Chicas, gracias, de verdad, sé que todo me lo decís por mi bien y aunque a veces seáis muy brutas, es para que yo espabile. Es verdad que me cuesta asumir que él nunca me quiso, pero poco a poco lo asimilaré. Lo amo demasiado y es difícil desprenderse de algo que me hace feliz, a pesar de sus detalles feos.

—¿Detalles? Eso son crímenes contra la humanidad.

—Lola —la reprendí y eché el aire.

—Es que el problema de Cata es que no sabe ponerle nombre a las cosas y lo primero que debe de darse cuenta es que fue una víctima de ese hombre que psicológicamente la estaba anulando por completo y la manipulaba a su antojo. Ahora con esto que pasó se le terminó de caer la careta, pero ella nunca va a reconocer el daño emocional al que la sometió, la tomaba de loca y la culpaba de cosas que no se merecía. He estado mucho tiempo callada, pero es que ya me cuesta, con esto de hoy, ya no puedo morderme más la lengua. Es un hijo de la gran puta...

—Una vez me pegó...

—¿¡Qué!? —preguntamos al unísono y muy alteradas. Esas palabras nos habían hecho encender en menos de un segundo.

—El día que fui con él a la fiesta de la plaza... —Le comenzaron a caer unos lagrimones.

—Sí, lo recuerdo —murmuré todavía de lo más impactada.

—Pues ese día se enfadó porque saludé a un conocido que yo no sabía que él no podía ver. Me montó un pollo muy grande y cuando me llevó al piso, antes de bajar del coche le dije que había sido muy injusto y me agarró del pelo y me abofeteó dos veces. —Lloraba con una tristeza que dolía en el corazón.

—Que no me lo cruce que lo mato —dijo Lola apretando los puños y la mandíbula.

Capítulo 3



Estaba trabajando y no dejaba de darle vueltas a la cabeza, era sábado y habíamos pasado toda la semana desde que Cata nos sorprendiera con esa noticia que nos había dejado de lo más asombradas, aún estábamos digiriendo el notición de que un bebé venía de camino.

He de decir que Cata no se hablaba con su familia desde que se independizó hacía dos años, dado que siempre la trataron muy mal, de segunda, le hicieron mucho daño y era la oveja negra de la familia. Tenía un único hermano, Chus, cinco años mayor que ella, el principito de la casa al que siempre consintieron y dieron lo que a Cata le negaron.

Recuerdo cuando vivía con su familia y lo pasaba muy mal porque no tenía prendas que ponerse para salir el sábado y venía a mi casa o de Lola a cambiarse con las que nosotras le dejábamos.

Trabajó desde los dieciocho años ya que no le querían pagar los estudios y le exigían contribuir a la ayuda de la casa, le quitaban el ochenta por ciento de lo que ganaba, con su otro veinte, que apenas llegaba a cien euros, los reunía para poder hacer cursos de estética y pagarse el título de peluquera.

Sin embargo, a su hermano Chus le pagaban todos los caprichos y se rascaba los huevos a dos manos, ni estudiaba, ni trabajaba y siempre andaba en trapicheos metido, aun así, era el respetado en su casa.

Cuando se fue a vivir con Lola fue el detonante para que le hicieran la cruz ya que no iba a seguir metiendo ingresos en la familia.

Sin embargo, Lola tuvo una infancia y adolescencia muy bonitas. Julia y Francisco, sus padres, eran dos personas que siempre tenían una sonrisa en la cara y unas palabras bonitas para todo el mundo. Ambos, profesores en el mismo instituto y con la misma edad, cincuenta y nueve años. Amaban a su hija con todo su corazón, como lo hacía mi padre, y siempre la apoyaron en todo y estaban pendientes a cualquier cosa que necesitase. Siempre tuvieron muchos detalles con Cata, al igual que mi padre que no hubo unos Reyes o cumpleaños que le faltase un regalo.

—Niña, la clienta me tiene hasta el mismísimo potorro —murmuró sonriendo y acercándose a mí que me encontraba en la caja ya que había acabado de hacer un cobro.

—Es muy pesada, no se da cuenta de que hace el ridículo.

—Que si su marido le ha comprado un bolso del «Yvens» ese, que no sé ni como se pronuncia, que si la ha llevado a las Maldivas y ahora la llevará a las Seychelles... pero no cuenta que es un «pichabrava» que se tira a todo lo que se mueve a su alrededor. —Volteó los ojos y resopló. Lola no tenía mucha paciencia.

—Recuerda que, gracias a personas como ella, trabajamos de lo que queremos.

—Nunca me advirtieron que debía tener un master en psicología. —Rebufó de nuevo y se marchó hacia su puesto

La verdad es que Deborah, nuestra clienta, era un poco peculiar y siempre debía tener todo lo material en la boca. Vivía para aparentar, esa era la palabra, aunque tenía una vida cómoda y elevada, pero lo suyo era mostrar sus lujos.

Y lo que decía Lola era de lo más cierto ya que el marido era muy mujeriego y se le conocía en la noche por pasear sin el más mínimo pudor a sus amantes. Su mujer estaba claro que lo debía de saber, pero el sostener su vida de lujo era su prioridad y eso se notaba.

Muchas veces tenía la sensación de que muchas personas venían más por el tema psicológico para poder desahogarse, que para hacerse realmente un arreglo en el pelo, pero realmente teníamos una buena clientela que eran de lo más leales a nuestro salón.

Terminamos la jornada del sábado y nos despedimos hasta el lunes ya que Cata y Lola se iban esta tarde de cine, cosa que a mí no me apetecía y, además, quería dar una vuelta por el centro comercial porque quería ir a comprar mi perfume favorito que estaba casi agotándoseme y de paso, bichear un poco por las tiendas de ropa.

Mi padre me esperaba en una terraza cerca de mi negocio para comer juntos.

—Hola, papá. —Me agaché para besar su mejilla.

—Hola, hija. Estás preciosa.

—¿Y cuándo no lo estoy para ti? —Me senté y pellizqué un trozo de pan de la cesta que ya habían puesto.

—Es que eres preciosa, cariño y con cualquier trapito estás arreglada —dijo sirviéndome una copa de vino de la botella que le habían puesto mientras me esperaba—. Por cierto, la tía Elena me llamó anoche y me dijo que quiere venir unos días. —Era su única hermana, dos años menor que él y vivía en Tenerife. Nunca se casó y trabaja de directora en un hotel.

—Qué bien, tengo muchas ganas de verla. Me va a matar, siempre me dice que vaya a la isla y siempre lo ando

posponiendo.

—Normal, hija, deberías de ir de vez en cuando a verla y de paso haces un poco de turismo.

—Papá, tú me has llevado infinidad de veces, me conozco la isla palmo a palmo.

—¿Cuánto hace que no vamos juntos?

—Años, pero ya vas tú en representación de los dos. —Me reí y le causé una risilla.

—Por cierto, te tengo que contar algo...

—No sé por qué me da que me voy a caer de la silla al suelo.

—Sí, he conocido a alguien... —sonrió.

—Papá... —Me reí y di un trago grande a la copa de vino.

—¿Recuerdas que te conté lo del viaje en agosto?

—Sí.

—Ella es que ya estaba apuntada y me animó a hacerlo.

—¿Cuánto tiempo lleváis viéndoos?

—Bueno, no mucho, pero está siendo todo muy intenso, llevamos quedando desde hace un mes, ahora más a menudo desde que no estás en casa.

—Así que esas quedadas últimas con tus compañeros eran una mentira para no decirme que tenías una cita. ¡Ya te vale! —Me reí negando—. ¿Y cómo se llama?

—Tiene cuarenta años —carraspeó—. Se llama Marta.

—¡Papá! —Una carcajada me hizo parar unos segundos.

—Hija, tampoco hay tanta diferencia.

—No, no, pero esta te va a dar todo lo que te has perdido estos años.

—No me he perdido nada, he disfrutado de mi paternidad. —Reía.

—¿A qué se dedica?

—Es pediatra, trabaja en mi mismo centro, desde hace poco más de un mes que cogió la plaza.

—La plaza y el amor al mismo tiempo. ¡Qué emoción! —Hice la que me secaba las lagrimillas y me tiró con un trozo de pan en la cara.

—No te burles, que es un amor de mujer.

—No lo dudo.

—Es viuda, su marido falleció en un accidente de coche cuando ella estaba embarazada de cinco meses. Tiene una hija con cinco años llamada Hanna. Terminó la carrera después de tenerla. Se esforzó mucho para sacar la carrera ya que se casó cuando aún la estudiaba y la terminó después de tener a su hija. El marido también era pediatra y mayor que ella.

—Vaya, pues sí que es todo un ejemplo de esfuerzo. —Se me había hecho un nudito en la garganta—. ¿Conoces a la niña?

—Sí. —Le salió una sonrisita—. La hemos llevado al Burger King y a algún parque de juegos donde nos pudiéramos tomar algo mientras ella disfrutaba.

—Te veo de nuevo ejerciendo de padre. —Me reí a más no poder.

—Mientras no te pongas celosa...

—Papá, por favor. —Rebufé riendo—. Si son las personas que escoges para ser feliz, yo también las querré.

—Marta está deseando conocerte y...

—¿Y qué, papá?

—Hola, Martina. —Una voz me hizo girarme y entendí que era Marta con su hija Hanna de la mano.

—Hola —sonreí levantándome para saludarlas—. Ya veo que mi padre me preparó una gran sorpresa —dije acariciando el pelo de la niña que era una preciosidad, como su madre, que vaya mujerón era. Mi padre tenía buen gusto.

—Le dije que te avisara antes pero no quiso.

—Tranquila —sonreí extendiendo la mano para que se sentasen—. Mi padre sabe que siempre me alegraré de todo lo bonito que le pase.

—Gracias, Martina.

—No hay de qué. Además, esta preciosidad viene en el lote y a mí ya me ha enamorado. —Le acaricié la barbilla.

Hanna me miraba sin perder la sonrisilla, se la veía de lo más tímida y a mí me encantaba esa carita tan dulce que tenía.

Me parecía increíble que mi padre estuviera viviendo una ilusión, siempre deseé que le apareciera alguien que lo hiciera feliz y que disfrutara de la vida. Ahora iba a tener una doble distracción, la pequeña Hanna formaba parte de su elección y a mí me parecía precioso.

Pasamos una comida de lo más divertida, todo fluyó de manera increíble y nos pasamos todo el tiempo charlando. A la pequeña se le notaba encantada con mi padre que no dejaba de hacerle caritas y sacarle un montón de sonrisas.

1

Me despedí de ellos después de tomar el postre y quedamos en vernos en estos días. Las invité a que vinieran a conocer mi casa.

Llegué al centro comercial y me fui directa a por mi perfume favorito, *Fleur Musc* de Narciso Rodríguez.

Estaba pagando a la chica cuando una voz me saludó por mi nombre.

—Buenas tardes, Martina. —Me giré y me quedé mirando unos segundos a ese hombre y el caso es que me sonaba, lo que me asombraba que no recordara de qué, con el bombón que era.

—Buenas tardes, me suenas de algo. —Apreté los dientes esperando que me dijera de qué.

—A mí tu nombre no se me olvidó en mucho tiempo. —Arqueó la ceja y aguantó la sonrisa de medio lado.

—Un segundo. —Reí nerviosa y terminé el pago y cogí la bolsita—. Ahora dime, me tienes intrigada y el caso es que me suena tu cara.

—Fue una noche de verano, yo regresaba feliz hacia mi casa después de haber tomado unas copas con mis amigos y alguien me atropelló con su motocicleta...

—Hostias. —Me puse las manos en la boca y evité reírme—. Por tu culpa pasé unas horas en urgencias.

—¿Por mi culpa? Sería por la tuya.

—Me quedé allí hasta que llegaron tus familiares.

—Y luego me dejaste tirado como una colilla. —Reía.

—¿Todo bien de aquello? Lo último que supe es que el seguro te pagó un pastón.

—Me dejaste tirado como una colilla... —repitió en broma, se notaba que lo decía con humor.

—Te invito a un café para compensarte.

—Y yo que lo acepto encantado. —Me enseñó su codo para que me agarrase a él.

—¿Y qué haces por aquí?

—También vine a por un perfume. —Me enseñó la bolsa que yo ya la había visto.

—Oye, ahora en serio. ¿Del accidente, bien?

—Sí, pero se me quedó grabado tu nombre. Me quedé dos meses encerrado en casa con la pierna escayolada. —S
reía.

—Me sentí muy culpable en esos momentos y durante mucho tiempo.

—Ya se vio que llamaste cada día para preguntar cómo estaba.

—Tu madre me quería matar, casi me echa a patadas del hospital y me llamó asesina.

—Poco te dijo para lo que te merecías —sonreía y la verdad es que no veas lo guapo que era.

Cuando pasó eso yo tenía veinte años y él veintiséis. Recuerdo que esa noche yo no había bebido pero un bus dio una pitada y me asusté, de los nervios me tiré a la acera con la moto llevándome por delante a Jorge, o sea, a él.

—No me creo que te acordaras de mí —dije cuando nos trajeron el café.

—Tu nombre no se me olvidó en la vida, con tanto papeleo de seguros se me quedó de lo más grabado y la gracia es que te he visto alguna que otra vez desayunando en la calle de la Laguna.

—Ahí tengo mi salón de belleza.

—Con razón, pero siempre estabas con una chica o dos y no quise molestarte. No me imaginaba que eras la propietaria del salón de belleza, pero sí que sabía que trabajas allí por el uniforme.

—Pues haberte parado. ¿Y qué haces por aquella zona?

—Vivo allí —joder y que yo no me hubiera fijado en alguien tan guapo cómo Jorge...—, en las casas de al final de la calle.

—Sí, esas son nuevas, las cuatro que hicieron, ¿no?

—Efectivamente, la mía es la segunda empezando por aquel lado.

—¿Y a qué te dedicas?

—¿Me estás sometiendo a un interrogatorio?

—Claro, tú sabes de mí más que yo de ti.

—Pero aquí ahora mismo si alguien tiene que interrogar, soy yo.

e—¿Ah sí? ¿Y a cuento de qué? —Aguanté la risa que me salía por los movimientos del pecho.

—Soy inspector de policía. —Hizo un carraspeo y a mí se me escapó una carcajada muy grande, menos mal que no tenía un buche en la boca.

—Estás bromeando.

—No, te garantizo que no.

—Enséñame la placa...

—Y si lo hago ¿me invitas hoy a cenar?

—¿Qué pasa, que los policías estáis en suspensión de pagos? —Me reí—. Venga, enséñamela.

Y la sacó, provocando que me entrase una carcajada que no había manera de frenar. Me hubiera imaginado que fuese cualquier cosa, pero inspector, no.

—No me imaginaba yo que mi profesión te hiciera tanta gracia.

—No, tu profesión no, me la hace el hecho de que tú pertenezcas a ese cuerpo.

—Claro, tú me hacías vendiendo cupones por culpa del accidente.

—No, pero cojo sí —bromeé causándole una risa.

Me estuvo contando que vivía en esa casa desde hacía pocos meses y que en el trabajo solía tener el turno siempre de mañana, de lunes a viernes, cosa que le hacía estar muy cómodo. Eso sí, cuando había operaciones especiales o cualquier imprevisto, se incorporaba a cualquier hora y día.

Había tenido una relación de varios años con una chica llamada Laura y que duró hasta hace dos meses que decidieron dejarlo debido a la incompatibilidad de caracteres y desgaste en la relación.

Después de un par de cafés y una tarta de chocolate que habíamos compartido, se negó a que yo pagara y salimos de allí discutiendo por el hecho de no haberme dejado que yo lo hiciera.

—Tú vas a pagar la cena, así que al menos la merienda la pago yo...

—No es justo, yo iba a pagar las dos cosas.

Nos despedimos ya que los dos teníamos los coches en el centro comercial. Le di la ubicación de mi casa y quedó en que me recogería a las diez.

—Claro, tú me hacías vendiendo cupones por culpa del accidente.

—No, pero cojo sí —bromeé causándole una risa.

Me estuvo contando que vivía en esa casa desde hacía pocos meses y que en el trabajo solía tener el turno siempre de mañana, de lunes a viernes, cosa que le hacía estar muy cómodo. Eso sí, cuando había operaciones especiales o cualquier imprevisto, se incorporaba a cualquier hora y día.

Había tenido una relación de varios años con una chica llamada Laura y que duró hasta hace dos meses que decidieron dejarlo debido a la incompatibilidad de caracteres y desgaste en la relación.

Después de un par de cafés y una tarta de chocolate que habíamos compartido, se negó a que yo pagara y salimos de allí discutiendo por el hecho de no haberme dejado que yo lo hiciera.

—Tú vas a pagar la cena, así que al menos la merienda la pago yo...

—No es justo, yo iba a pagar las dos cosas.

Nos despedimos ya que los dos teníamos los coches en el centro comercial. Le di la ubicación de mi casa y quedó en que me recogería a las diez.

Capítulo 4



Me había puesto un vestido de punto en color beige que quedaba por encima de las rodillas, con manga tres cuartos y el cuello era en forma de barco. Completé el conjunto con una chaqueta fina en color rojo, a juego con mis zapatos de tacón y labios. La melena recogida en una cola estirada y la raya a un lado, de estilo formal.

Salí cuando escuché el pitido en la puerta y me lo encontré más que guapo y con la mejor de sus sonrisas. Esto sí que era una señora cita y lo demás eran tonterías.

—Me va a dar un infarto —dijo haciendo un recorrido por todo mi cuerpo con su mano mientras yo me iba acercando a él.

—¿Te gusta mi modelito? —Hice un giro en plan pasarela y le guiñé un ojo.

—A mí me has terminado de conquistar. —Me rodeó la cintura con su mano y me dio dos besos de lo más cariñoso sin perder esa sonrisilla pícara.

—A los dos últimos hombres que conquisté, terminaron en el manicomio. Yo solo aviso —bromeé mientras se apartaba abriendo la puerta para que me montase.

—Y no sé por qué no me extraña, yo terminé en un hospital sin hacerte nada, no quiero imaginar aquellos pobres hombres. —Me siguió la broma.

—Por cierto, ¿dónde has reservado?

—Como pagabas tú, decidí un sitio más exclusivo.

—Con dos cojones, sí señor. —Me puse bizca.

—Que si quieres vamos al Burger King.

—Dios te oiga —dije riendo a carcajadas.

—Pues no te va a oír. —Me hizo un guiño y arrancó su coche.

Ni cinco minutos después estábamos llegando a la calle de mi salón y en dirección a su casa.

—¿Se te olvidó algo?

—Sí, pero no tardamos nada. —Metió el coche en su garaje y me hizo un gesto de que lo acompañara.

—Tú no serás un asesino en serie ni nada de eso, ¿verdad? Mira que mi padre me tiene implantado un chip en la cabeza.

—Pues llámalo y dile que lo active. —Abrió la puerta de su casa y al entrar directos en el salón, me encontré con una mesa preciosa llena de velas y preparada con los entrantes e incluso una botella de vino.

—¿Pero no se suponía que...?

—Si cenamos en la calle, no puedo llevar el coche y beber, así que pensé que no había mejor lugar que este.

—Esto debe ser una broma, si lo sé, hubiera venido con unos *leggings* y una camiseta. —Me reí, pero debo reconocer que me encantaba la idea. Además, lo había preparado muy bonito.

—Siempre te puedo dejar unas calzonas de fútbol y una camiseta.

—No, que a saber de qué equipo eres. —Lo miré en tono amenazante.

—Toma, anda, eso lo tendrás que ir descubriendo. —Me ofreció una copa de vino—. Porque no sea la última cita —dijo brindando y chocamos las copas.

—Yo también lo espero —dije sonrojándome por completo.

Nos sentamos y comenzamos con esos entrantes que eran croquetas hechas por él de jamón y pollo, además de una ensaladilla de pulpo y unas patatas chips.

Jorge era muy divertido e irónico, tenía ese punto que yo también poseía en el que las pillaba todas al vuelo y seguía el rollo a pesar de saber que estaba siendo una broma.

Me llamaba mucho la atención lo fino que era, su rostro era una verdadera belleza y su peinado, con la raya al lado informal y un poco desenfadado, lo hacía de lo más sexy, además era rubio con los ojos en color turquesa, por no hablar de su cuerpo que era de lo más fibroso, pero era de apariencia nada aparatosa, todo lo contrario. Lo tenía todo para hacer perder el control a cualquier mujer.

El plato principal fue toda una sorpresa que me dejó de lo más encantada ya que se trataba de una empanada de jamón y queso que hacían en un obrador de la ciudad que era muy famoso. Decir que estaba buena, era poco honor al que realmente se merecía.

—Casi me matas y mira cómo te lo agradezco. —Se le escapó una sonrisilla.

—Te iba a invitar a cenar yo, pero...

—No, no, que eres capaz de pasarme con tu coche por lo alto.

—¡No! —Reí—. Aquello fue un accidente.

—No lo sé, eso lo debería de haber dicho un juez, pero lo dejamos en un parte de accidente porque no quise querellarme por intento de homicidio.

—Uy, lo que me has dicho... —Me puse la mano en el pecho y la cara con gesto de incredulidad y ofensa.

—Seguro que después del susto jamás pensaste en el pobre chaval que atropellaste.

—En tu madre, en cómo me chillaba esa mujer...

—Se pondría muy contenta de saber que estamos cenando.

—No, por favor, esa mujer me debe de tener un odio muy grande. —Apreté los dientes.

—Le dije alguna vez que te vi en la terraza de la cafetería y me recriminó que no te hubiera lanzado una piedra grande o un ladrillo.

—Capaz...

—No mujer. —Se reía.

Ni me quería imaginar a su madre apareciendo por la puerta. Recordaba aquel día en el hospital con una claridad increíble. Los ojos tan desencajados que parecía que se le iban a salir mientras me gritaba de todo menos bonita, hasta me dijo que me iba a encender dos velas negras todos los días de su vida.

Terminamos la cena y sirvió dos copas que nos comenzamos a tomar sentados en el sofá mientras charlábamos y nos tirábamos las indirectas cada vez más fuerte.

Y fue cuando nuestros labios se juntaron y comenzamos a devorarnos como si lo llevásemos deseando mucho

tiempo. La atracción que había entre nosotros era demasiado fuerte. La temperatura estaba subiendo por momentos y no dudó ni lo más mínimo en cogerme de la mano y llevarme a su habitación donde comenzamos a desnudarnos como si el tiempo corriese en nuestra contra.

Me subió a sus caderas y luego se sentó en la cama dejándome encima de él. Lamía mis pechos y apretaba mis glúteos con fuerza buscando que el contacto entre nuestros cuerpos fuera más fuerte.

Giró para ponerme bocarriba sobre la cama y comenzó a besarme desde la cara hasta bajar a mi pubis antes de meterse entre mis piernas y comenzar a penetrarme con sus dedos y jugar con mi clítoris, presionándolo y pellizcándolo a partes iguales.

Gemí tan fuerte que pensé que me iba a quedar ronca, pero es que nunca me lo habían hecho con esa fogosidad y maestría, me estaba dejando sin aire.

Cuando llegué al orgasmo me penetró de una estocada y me elevó a sus piernas quedando él de rodillas y yo encima suyo mientras me sujetaba y dirigía mis movimientos encima de él.

Mordía mi hombro a la vez que dejaba salir esos ruidos provocados por el placer que estaba sintiendo. Se le notaba que estaba disfrutando de mi cuerpo y eso me hacía sentir más segura ante un hombre que se notaba que se las sabía todas en esta cuestión.

No fue solo ese momento, fueron todos los que se sucedieron en una noche en la que no paramos en la cama hasta las cuatro de la mañana, cuando nos quedamos dormidos.

Apenas eran las nueve de la mañana cuando nos levantamos entre besos y una tensión que parecía que nunca se acabase.

Si tengo que decir la verdad, jamás en mi vida me había sentido tan viva en la cama como lo había estado esa noche y como me volvió a hacer sentir en ese amanecer.

Después de otro encontronazo entre las sábanas, nos duchamos y me dejó una camiseta que me quedaba larga, así fue como desayuné mientras él no dejaba de decirme que estaba de lo más sexy.

—Eres insaciable. —Reí mirándolo mientras mordisqueaba el pan tostado con un guacamole, que había hecho y estaba riquísimo, sobre el que le puso también unos huevos a la plancha.

—Eso me lo provocas tú. —Me hizo un guiño que, acompañado de esa sonrisilla de medio lado, provocaba que mi corazón fuese a mil.

Después de desayunar me llevó a mi casa y quedamos en que iríamos hablando. Lo dijo de una manera que me hacía sentir que quería seguir viéndome, y en estos momentos yo lo deseaba con todo mi corazón, no quería que

se quedara en un rollo de una noche, para mí Jorge era ese hombre capaz de hacerme sentir un montón de emociones.

2

1

se quedara en un rollo de una noche, para mí Jorge era ese hombre capaz de hacerme sentir un montón de emociones.

Capítulo 5



Entré por la puerta de mi casa como si estuviera flotando en una nube. Tenía la sensación de haber vivido algo tan fuerte y bonito que ya echaba de menos estar entre sus brazos.

Les mandé un mensaje a las chicas para invitarlas a comer en casa y no tardaron en apuntarse, así que me metí en la cocina a preparar una lasaña a la boloñesa y unas empanadillas de atún que a la embarazada le gustaban mucho y había que consentirla.

Llegaron con una bandeja de dulces de la pastelería, el día se preveía en plan glotonas, cosa normal, porque las tres éramos de buen apetito.

—Tengo que contaros algo —murmuré poniendo los pasteles dentro de la nevera.

—Eso dijo Cata y mira la que lio.

—Bueno, ya pagué yo. —Volteó los ojos.

—Anoche la pasé en la cama del hombre que atropellé con la moto hace años.

—¿¡Qué!? —preguntó Lola alucinando y Cata no podía cerrar la boca.

—Me lo encontré por la tarde en el centro comercial y... —les conté todo lo sucedido hasta esta mañana.

—Joder, me están dando ganas de pasar una noche con él —murmuró Lola causándonos una carcajada.

—¿Y cuándo os volvéis a ver? —preguntó Cata.

—Ni idea, me dijo que iríamos hablando...

—No es por calentar ni dejarte mal cuerpo, pero eso suena a excusa total.

—Lola, no estoy diciendo que vaya a ser mi príncipe azul ni nada de eso, pero yo que soy la que lo he vivido, creo que le gusto bastante y que, seguro que nos volveremos a ver, además ya en la cena brindó por eso.

—Claro, para llevarte después a la cama.

—Esta mujer no se calla una —protestó Cata haciéndome reír.

—Pues soy la única que digo verdades como puños, además, si tan bien lo pasó ¿por qué no te dejó el domingo en su casa para pasarlo con él y te llevó de vuelta? Bueno, yo misma lo puedo responder, porque descargó bien lo que tenía en los huevos y ya hacías bulto en su casa.

! —¡Hala! —exclamó Cata mientras negaba.

—Déjala, ella es cómo es, no la vamos a descambiar a estar alturas, pero déjame rebatirte y decirte que me llevó a casa porque tenía comida familiar.

—Excusas...

—Lo que tú digas —dije sirviendo dos copas de vino ya que Cata no podía beber.

—Yo sí creo que te llamará. —Cata era muy confiada y ciega en el amor, aunque yo también estaba segura de que nos volveríamos a ver.

—Ustedes tenéis un pavo en lo alto que no podéis con él. Luego os lleváis los palos que os lleváis.

—Yo no me he llevado ningún palo, que yo tuve una relación bonita en la que hemos terminado muy bien y los demás rolletes que he tenido, no me he visto más veces porque no he querido —me defendí.

—Espera que te recuerde lo del encargado del pub...

—Joder, con ese hubo un tonto que luego no siguió, pero nada más de ello.

—Pero tú estuviste pendiente a que te llamara y esas cosas.

—Lola, vete a tomar por culo, eso no tiene nada que ver con esto, a Jorge lo deseo y me gusta muchísimo.

—Pero solo ha sido un rollo.

—¿La amordazamos? —preguntó Cata mirándome y aguantando la risilla.

—Deberíamos, pero vamos a aceptarla con el tornillo que le falta.

o

—No confío en los hombres que en la primera cita te follan de manera salvaje.

—No, espera, si quieres lo mejor hubiera sido haber estado toda la noche jugando al bingo. —Volteé los ojos.

—Inspector de la policía... ese se las sabe todas.

l —Y dale, qué pesadita eres —contestó Cata resoplando y mirándola a punto de perder la paciencia.

e

—Tú más vale que te calles que tienes un ojo.

—Ahora no lo pagues con ella —le dije cortante a Lola porque la conocía y era terminar con una y engancharse con la otra.

l

—Bueno, vosotras seguir creyendo en los cuentos con príncipes azules, que cuando os deis cuenta de que no es tan bonito, os estamparéis, aunque esta ya lo hizo y contra un muro. —Se refirió a Cata.

—Tú como no tienes corazón.... —le contestó esta.

En ese preciso instante llamaron a la puerta, las tres nos quedamos mirándonos y riendo porque no esperaba a nadie.

—Ese es el inspector que viene a por otro polvo —bromeó Lola.

Salí a la puerta exterior y al abrir era un repartidor de una chocolatería de la ciudad y me traía una caja de bombones con una nota.

«Para que la espera se te haga más dulce. Jorge»

Casi me caigo al suelo al leerla y saber que había tenido ese pedazo de detalle conmigo. Entré para enseñárselo a las chicas.

—¿Lo ves? Tú no has dado con el príncipe azul, pero ella sí —dijo Cata orgullosa de ver que Lola se estaba equivocando.

—Esto lo hace para ganarse otra noche empotrándote en todas las posturas habidas y por haber.

—Te jodan bien para que se te quiten esas ideas. —Le hice una peineta y me metí un bombón en la boca después de ofrecerle a ellas.

—Tiene buen gusto —murmuró Cata casi gimiendo con el bombón en la boca.

—Es el hombre perfecto —gemí de placer, estaba tan rico que amenazaba con ser un vicio.

Cogí el móvil para mandarle un mensaje:

Martina: *Gracias por los bombones, están riquísimos. Eres un sol.*

—¿Un sol? Ese lo que es un listo de mucho cuidado.

—Dios, Lola, hija, cómo te has levantado hoy.

—Si solo fuera hoy. —Volteó los ojos Cata.

—Sois demasiado inocentes para un mundo lleno de crueldad. Aunque las dos tenéis el mismo perfil de caer en manos de hombres uniformados.

—Jorge no suele ir uniformado... —Le hice un guiño malicioso.

—Pero cuando se tiene que poner el uniforme, se lo pone.

—Te podrías callar un poquito, te gusta mucho meter el dedo en la llaga. —Le recriminó Cata.

—No soportáis que os digan las verdades como puños.

—No soportamos que ataques sin conocer a las personas.

—Con Javier no fallé. —Se refirió al militar que había dejado embarazada a Cata.

—Con Javier no fallamos nadie, pero no por eso todos tienen que ser iguales —dije ladeando la cabeza.

—Los dos de uniforme y los dos empiezan por J... No veo futuro alguno y sí muchas conexiones.

—Qué «toca ovarios» eres —resoplé negando y metí la lasaña en el horno mientras me disponía a freír las empanadillas de atún.

Sonó una notificación en mi móvil y se me forjó una sonrisa de oreja a oreja al ver que era de él.

Jorge: *Me alegro de que te hayan gustado, me hubiera encantado pasar el día contigo.*

—¿Y ahora qué? —pregunté mostrándole el móvil a Lola ante una Cata que aplaudía emocionada como una niña pequeña.

—Quiere un par de polvos más. —Aguantaba la risa a sabiendas de que se la estaba buscando.

—No te tiro el pan porque luego no quiero comer pelos, que si no, te lo estampaba contra la cabeza.

—Yo se lo hubiera tirado.

—Tú no calientes que no das una.

—¿Ahora vas a pagar conmigo el que ella te haya dejado callada?

—Me tenéis hasta el mismísimo con tanto romanticismo.

—Te has quedado tirada hablando mal de ese chico —le decía Cata—. Y ahora después del mensaje te lo has tenido que comer con papas.

—Con papas se lo comió esta. —Me señaló a mí y me eché a reír.

Me encantaban mis amigas, con su forma de ser, con lo bueno y lo malo, pero con ellas me sentía de lo más completa, además, debo reconocer que ya estaba deseando ver crecer en la barriguita al bebé de Cata, ese que será mi sobri, sin lugar a duda.

Lola a pesar de ser muy buscona y poner la guinda a todo, la mayoría de las veces decía verdades como puños y, sobre todo, intentaba abrirnos los ojos para que la caída no fuera tan precipitada y nos viéramos venir el posible acantilado que nos haría caer al precipicio, como le pasó a Cata, pero muy diferente a lo mío, que mis sentimientos habían nacido hacía apenas veinticuatro horas.

—Quiere un par de polvos más. —Aguantaba la risa a sabiendas de que se la estaba buscando.

—No te tiro el pan porque luego no quiero comer pelos, que si no, te lo estampaba contra la cabeza.

—Yo se lo hubiera tirado.

—Tú no calientes que no das una.

—¿Ahora vas a pagar conmigo el que ella te haya dejado callada?

—Me tenéis hasta el mismísimo con tanto romanticismo.

—Te has quedado tirada hablando mal de ese chico —le decía Cata—. Y ahora después del mensaje te lo has tenido que comer con papas.

—Con papas se lo comió esta. —Me señaló a mí y me eché a reír.

Me encantaban mis amigas, con su forma de ser, con lo bueno y lo malo, pero con ellas me sentía de lo más completa, además, debo reconocer que ya estaba deseando ver crecer en la barriguita al bebé de Cata, ese que sería mi sobri, sin lugar a duda.

Lola a pesar de ser muy buscona y poner la guinda a todo, la mayoría de las veces decía verdades como puños y, sobre todo, intentaba abrirnos los ojos para que la caída no fuera tan precipitada y nos viéramos venir el posible acantilado que nos haría caer al precipicio, como le pasó a Cata, pero muy diferente a lo mío, que mis sentimientos habían nacido hacía apenas veinticuatro horas.

Capítulo 6



Eran las seis de la mañana del lunes cuando ya estaba despierta como un búho y el café en mis manos.

Mi primer y siguientes pensamientos fueron directos para Jorge y esa noche tan pasional que habíamos pasado, a lo que había que añadir el detalle que tuvo el día anterior, que fue de lo más bonito. A mí como hombre me decía mucho, a pesar de las cosas que me había dicho Lola, pero yo era la que había estado con él y sabía lo que habíamos vivido.

Tenía tantas ganas de volver a verlo, que se me hacía imposible quitarlo de la cabeza. Nunca me había sentido con tantas ansias de estar con alguien y es que desde que nos vimos en el centro comercial, había surgido una atracción entre los dos que nos llevó a soltar esa tensión en su casa de la manera que lo habíamos hecho.

Me ponía mucho en el lugar de Cata y se me encogía el alma. Ella amaba a Javier con todo su corazón y encima estaba esperando un hijo de él. Estar en su lugar debía de ser de lo más difícil y doloroso.

Me di una ducha tranquilamente, me preparé y a la hora que sabía que las chicas iban para la cafetería, salí hacia allí.

—Ole las cosas bonitas de nuestra tierra —gritó Lola al verme y Cata sonreía mirándome y haciéndome gestos que yo conocía. Estaba claro que se había levantado Lola de lo más graciosa.

—¿Follaste anoche, Lolita? —le pregunté mientras me sentaba.

—Follar lo que es follar, no, pero tengo un amigo vibrador que hizo que desfagara y durmiera como una reina.

—No hace falta entrar en detalles —le dijo Cata.

—Es ella, que es muy curiosa y preguntona.

—Solo pregunté si follaste, no las manualidades que hiciste contigo misma.

—Sí hombre, voy a contestar a lo que a ti te dé la gana. Ante preguntas, las respuestas que me salgan de las narices.

—Buenos días, a las cuatro —dijo Nancy agachándose y tocando la barriguita de Cata y contando al bebé como uno más.

—Buenos días, guapa —respondimos al unísono.

—¿Os habéis enterado de lo de Óscar, el de la inmobiliaria? —se refirió a la que estaba entre la cafetería y nuestro salón.

—No. ¿Qué le pasó? —preguntó Lola rápidamente.

—Por lo visto su mujer lo pilló el sábado con otra en un hotel.

—¿En serio? —preguntó Cata.

—Sí, según me contó Isa —una trabajadora de la inmobiliaria—, su mujer tenía la mosca detrás de la oreja y¹ cuando él le dijo que tenía una cena con unos clientes muy importantes, decidió seguirlo hasta llegar a un hotel en el que él fue directo a una habitación. Esperó unos minutos y llamó a la puerta, entonces abrió una chica y a él lo vio al fondo. Imaginad la tangana que se lio allí.

—Joder... —murmuró Cata que estaba conmovida por lo que nos estaba contando.

—A mí no me extraña, yo también me lo tiré.

—¡Lola! —exclamé incrédula.

—¿En serio? —preguntaron a la vez, tanto Cata como Nancy.

—Eso no nos lo habías contado —dije mirándola sin entender nada.

—No os voy contando todo lo que hago, pero que conste que fue al principio de inaugurar el salón, yo no sabía que estaba casado y me lo encontré una noche de copas y terminamos en un hotel dándonos el revolcón del siglo. La verdad es que el chico folla muy bien.

—Y dale con los detalles —dije volteando los ojos.

—Que los dé, que los dé. —Nancy era de lo más morbosa—. Yo me lo hubiera tirado hasta siendo consciente de que estaba casado —soltó con una risa de lo más contagiosa.

—No quiero escuchar más tonterías. —Cata se puso los dedos en los oídos para no seguir escuchando.

—Bueno, os traigo los desayunos. ¿Lo mismo de siempre?

—Sí, por favor.

—Por cierto, esta mañana os lo dejaron pagado.

—¿¡Quién!? —preguntó Lola incrédula.

—Un joven que vive al final de la calle y que está como un tren. Vino temprano, se tomó un café y dejó veinte euros para pagaros el desayuno. Creo que es policía. —Se me escapó la mayor de las sonrisas al escucharla.

—Al final va a ser buena gente y todo —murmuró Lola.

—¿Te lo has tirado? —preguntó Nancy aguantando la risilla.

—Esta, se lo ha tirado esta. —Me señaló a mí y le eché una mirada asesina.

—Ahora vengo, ya sabéis que para hoy y mañana os da para el desayuno. —Se fue riendo.

—Te tienes que comer tus palabras —le dijo Cata a Lola con una risilla de lo más graciosa.

—Al final me como al poli, vosotras ponerme a prueba.

—Y te cojo por los pelos y te arrastro por toda la ciudad —le dije apretando los dientes y aguantando la risa.

—¿Tú y cuantas cómo tú? —Me sacó la lengua.

—Ostras, lo de Óscar me ha dejado a cuadros, está muy loco con la pedazo de mujer que tiene —dijo Cata dándole vueltas todavía al coco—. Y encima tú también estuviste con él.

—No, yo solo follé con él, que quede claro.

—Ay, Dios, ¿cómo la pudiste hacer tan bruta? —pregunté al aire.

—¿Yo? Te recuerdo que hace un rato me preguntaste si había follado. No creo que eso sea sutileza precisamente.

—Bueno, quiero el desayuno en paz. —Solté el aire.

Después de desayunar nos fuimos hacia la peluquería dónde ya estaban esperando las primeras clientas, pero bueno, que aún faltaba diez minutos para la apertura ya que si algo teníamos es que éramos de lo más puntuales.

La mañana la pasé perdida en mis pensamientos y recordando a un Jorge que no había manera de sacar de mi mente y al que le puse un mensaje de agradecimiento por los desayunos, cosa que aún no me había contestado, pero entendía que estaría de lo más liado.

A la hora de la comida me fui con las niñas a una pizzería a comer ya que entrábamos muy seguido a trabajar y muchas veces no nos merecía la pena ir a nuestras casas a hacerlo, además, que siempre utilizábamos el bote de las propinas para estas cosas y a final de mes, lo que sobraba, lo repartía entre Cata y Lola. La verdad es que todas las clientas eran muy generosas en esa cuestión y no había mes que las niñas no se llevaran en propinas por lo menos seiscientos euros cada una.

Mientras comía me entró un mensaje que sacó de nuevo la mejor de mis sonrisas.

Jorge: *Nada que agradecer. Perdona que no te hubiera contestado antes ya que hemos tenido una mañana un poco complicada. Estaba pensando que el viernes podríamos salir a los chiringuitos de la playa, ya no hace tanto frío por las noches y aquello se pone de lo más animado. Cenamos allí y luego tomamos algo. ¿Qué te parece?*

Martina: *Genial, Jorge, me parece un planazo, pero lo veo más para el sábado que al día siguiente no tengo que trabajar.*

Jorge: *Pues lo posponemos al sábado y, si quieres, el viernes cenamos tranquilos.*

—Pues sí que tiene ganas de verte —murmuró Lola ante una sonrisa de Cata por la victoria que estaba teniendo.

—Pues claro, esa fogosidad no era por un solo calentón. Hay química entre nosotros. —Me encogí de hombros.

—A ver cuánto os dura...

—Joder, ¿por qué eres tan alarmista y mal pensada? No crees en el amor. —Le recriminó Cata.

—¿Amor entre dos personas que se acaban de conocer, como quien dice?

—Bueno, haya paz —dije—. Ya sabemos que Lola es lo menos amorosa del mundo —dije, disponiéndome a contestar a Jorge.

Martina: *Claro, podemos cenar tranquilos el viernes y el sábado salir un poco de fiesta.*

Capítulo 7



La semana se me había hecho cuesta arriba y de lo más pesada. Las ganas de ver a Jorge me habían tenido en un estado de nervios que hasta me habían causado estrés y un poco de ansiedad.

Por fin estaba saliendo de mi turno de tarde de la peluquería y me iba hacia mi casa rápidamente para ducharme y arreglarme ya que a las nueve y media pasaba Jorge a por mí.

Me decanté por unos vaqueros de pitillo elásticos en color blanco, al igual que la camiseta ajustada. Como complementos me había puesto un cinturón fino en tono celeste, al igual que mis zapatos de tacón y el bolso que hacía unos días me había regalado mi padre.

Me veía muy juvenil y guapa, además de sexy, ¿para qué íbamos a engañarnos? La autoestima la tenía este día por las nubes y es que me sentía de lo más feliz de encontrarme con Jorge.

—Guapa, guapa y guapa —dijo al verme agarrándome por la cintura y pegándose a él para besarme.

—Tú también estás muy guapo, Jorge —sonreí entre sus brazos y pegando mi cara a la suya.

Abrió la puerta del copiloto para que me montase y una vez que me acomodé la cerró.

Nos dirigimos a un restaurante que había al otro lado de la ciudad y en el que había reservado una mesa.

—¿Y qué vas a beber si vas a conducir?

—Agua, hoy bebo agua.

—Pues yo te acompaño.

—No hace falta, puedes beber lo que quieras, estaré en mis cabales para cuidarte. —Me hizo un guiño.

—No, que mañana trabajo.

—¿Unos refrescos?

—Venga va, metamos gases a nuestros cuerpos. —Reí mirando la carta.

Al final nos decantamos por una ensalada y una parrillada de carnes ibéricas al fuego ya que eran los platos estrella de ese lugar y la verdad es que siempre era un acierto. Había venido con mi padre en innumerables ocasiones porque a él le gustaba mucho.

—¿Y qué tal la semana?

—Bueno, a tope en la peluquería, pero he de confesarte que se me hizo eterna y que estaba deseando que llegase el finde.

—Solo te queda un saltito más mañana.

—Eso es pan comido, ya casi estoy disfrutando del fin de semana. ¿Y tu semana?

—Un poco ajetreada, pero bueno, es mi pan de cada día. Hay que estar al frente de todos los problemas.

—Problemas que estoy segura de que luego te llevas a tu casa.

r

—Así mismo —sonrió—. Hay casos que dan muchos dolores de cabeza, pero bueno, para eso están los fines de semana. —Acaricié mi mano por encima de la mesa y a mí se me derritió hasta el alma.

—Bueno, ahora quítatelos de la cabeza. —Le acariciaba yo también su mano aprovechando que aún me la tenía sujeta entre caricias provenientes de su dedo pulgar.

—Contigo es fácil. —Su sonrisa de medio lado y su tono hacían que hasta la respiración se me entrecortase.

—Gracias. —Los rubores se me resaltaron por completo.

—No me des las gracias cuando las gracias soy yo quien debo dártelas a ti por todo lo bonito que me estás haciendo sentir...

—Ay, Jorge, que no te imaginaba diciendo esas cosas. —Me reí nerviosa.

—Pues siéntete orgullosa de ser ese tipo de personas que mueven corazones.

—Hostias. ¿Seguro que no te has tomado un lingotazo antes de salir?

—Prometido que no. —Se le escapó una sonrisilla.

—Gracias, Jorge. A mí también me haces sentir muchas cosas.

—¿Y no te has bebido tampoco ningún lingotazo?

—No. —Se me escapó una carcajada.

—Buenas noches. —Una voz nos hizo girar la cabeza y me encontré ante la sonrisa de Borja.

—¡Borja! —Me levanté riendo y le abracé—. Jorge, él es Borja y viceversa —dije riendo mientras Jorge se levantó sonriente para darle la mano.

—Encantado —se dijeron al unísono.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy en aquella mesa. —Señaló una en la que había una chica que levantó la mano sonriente y la saludé—. Nos estamos conociendo.

—Genial, cuánto me alegro, es preciosa.

—Bueno, os dejo tranquilos y que tengáis una buena cena.

—Gracias —le contestamos sonrientes y volvió a dar la mano a Jorge y a mí un beso en la mejilla.

—Es mi ex, con el que estuve tres años —murmuré cuando nos sentamos.

—¿En serio? Joder pues sí que se os nota que os tenéis cariño.

—Mucho, terminamos la relación con mucho respeto y de lo más amigablemente.

—Eso es raro hoy en día.

—Lo sé.

—Es muy guapetón.

—Vale mucho, sí, es un gran hombre.

—¿Pero más guapo que yo? —preguntó causándome una carcajada.

—¿Te estás poniendo celoso?

—Un poquito. —Apretó los dientes y más fuerte me tuve que reír.

—Tú también eres guapísimo y otro gran hombre, así que no debes sentir celos.

—Pero ¿más o menos? —Aguantaba la risa.

—Si lo llego a saber, no te cuento nada.

—Te hubiera preguntado.

—Te podría haber contestado que es un amigo, y no te habría contado ninguna mentira.

—Pero tendría una realidad oculta.

—¿Está saliendo tu parte de inspector?

—Siempre está conmigo. Esto es mucho más que una profesión. ¿Más guapo que yo?

—¡Qué bobo eres! —Me reía negando.

Aunque lo estuviese diciendo en broma, el simple hecho de decirlo, para mí era bonito que se sintiese así, receloso por haber conocido a mi expareja. No digo que los celos sean bonitos, ni mucho menos, pero ese recelo que nos entra cuando algo nos importa, es necesario para hacernos sentir más vivos y queridos.

Tuvimos una cena de lo más divertida y sentí a un Jorge que cada vez era más cercano y cómo que sin decirlo claramente, transmitía las ganas de hacer planes conmigo.

Borja pasó por nuestra mesa para despedirse y aprovechó para presentarnos a su amiga Carolina y se marchó.

—A esa le ha debido de decir que tú también eres su ex porque te ha mirado con una cara... —Aguantó la risita.

—Me he dado cuenta. —Apreté los dientes y luego me reí.

—Creo que le sentó peor que a mí.

—No calientes, Jorge.

—¿Yo? Solo digo lo que veo.

—Sí, claro, pero bien que también te pusiste un poquitín receloso.

—No creo que sea para tanto. —Se puso a negar queriendo restar importancia, pero no, a mí no me la daba y no podía más que reír.

Pagó la cuenta sin permitir que lo hiciera yo, pero vamos, ni en broma, además, que por la cara que le puso al camarero ni miró a mi tarjeta y cogió directamente la suya.

Nos fuimos hacia el coche y se dirigió a mi casa. Le invité a entrar y que la conociera, momento que aprovechó para agarrarme por la cintura, pegarme a él y terminó por desnudarme en medio del salón para acabar en el sofá dándonos el revolcón del siglo.

—No me quiero ir —murmuró abrazado a mí en el sofá.

—Pues quédate, solo que por la mañana yo me voy a currar y te dejo durmiendo.

—No, no, que yo me voy a la par que tú. —Me besaba y a mí me dejaba de lo más enternecida saber que quería pasar más tiempo conmigo.

Y así fue como, para mi sorpresa, dormí abrazada a Jorge, el hombre que se estaba convirtiendo en mi todo...

—¿Yo? Solo digo lo que veo.

—Sí, claro, pero bien que también te pusiste un poquitín receloso.

—No creo que sea para tanto. —Se puso a negar queriendo restar importancia, pero no, a mí no me la daba y no podía más que reír.

Pagó la cuenta sin permitir que lo hiciera yo, pero vamos, ni en broma, además, que por la cara que le puso al camarero ni miró a mi tarjeta y cogió directamente la suya.

Nos fuimos hacia el coche y se dirigió a mi casa. Le invité a entrar y que la conociera, momento que aprovechó para agarrarme por la cintura, pegarme a él y terminó por desnudarme en medio del salón para acabar en el sofá dándonos el revolcón del siglo.

—No me quiero ir —murmuró abrazado a mí en el sofá.

—Pues quédate, solo que por la mañana yo me voy a currar y te dejo durmiendo.

—No, no, que yo me voy a la par que tú. —Me besaba y a mí me dejaba de lo más enternecida saber que quería pasar más tiempo conmigo.

Y así fue como, para mi sorpresa, dormí abrazada a Jorge, el hombre que se estaba convirtiendo en mi todo...

Capítulo 8



Abrí los ojos y escuché un ruido en la cocina, era Jorge hablando flojito por teléfono mientras preparaba un par de cafés.

—Buenos días —sonreí entrando mientras él colgaba el teléfono.

—Buenos días, preciosa. —Se acercó y me besó en los labios—. Ahora te iba a despertar. —Puso un café en mis manos—. Se me acaba de complicar la mañana, así que no pasaré por mi casa, tengo que ir directamente a la comisaría, tenemos varios detenidos de algo muy gordo que pasó esta noche. —No quería entrar en detalles y yo por supuesto no se los iba a pedir.

—Vaya, lo siento, se acabó tu paz del sábado por la mañana.

—Sí —sonrió y volvió a besarme—, pero esta noche no te libras de mí.

—No quiero librarme. —Lo abracé fuerte, dejando antes el café sobre la encimera.

—¿A qué hora quieres que pase a por ti?

—A la que quieras.

—¿Nueve?

—Perfecto.

—Vendré en un taxi, ya que esta noche nos tomaremos unas copas.

—Claro —sonreí volviendo a encontrarme con sus labios.

Se marchó rápidamente ya que se le veía inquieto por llegar a la comisaria. Yo salí un poco después hacia la cafetería donde ya me esperaban las chicas que estaban hablando con Nancy.

—Hombre, la bien follada.

—Joder, cómo te pasas —le dijo Cata a Lola dándole un codazo.

—¿Celosa? —Me senté y me prendí un cigarrillo.

—Celosa yo, que no sé cuánto hace que no me follan y me hacen chillar como loca —dijo Nancy, causándonos una carcajada.

—¿De verdad folláis gritando? —preguntó Cata con toda esa inocencia que aún habitaba en ella.

—No, follamos como tú, a besitos y sonrisas.

—Lola... —La reprendí volteando los ojos.

—No sé si ir a por vuestro desayuno, esta conversación se pone de lo más interesante —dijo Nancy con esa sonrisilla que no se le quitaba de su cara.

—A mí no me dejes sin desayunar —murmuró Cata tocándose la barriguita, y a mí ese gesto me enterneció, por el hecho de que ya le estaba dando la importancia que se merecía.

—No, a ti no, pero a estas dos debería dejarlas a agua, por llevarse todo lo bueno entre sus piernas. Todavía estoy chorreando con el vecino que os dejó aquí el desayuno pagado. —Se refirió a Jorge—. Bueno, os traigo la comanda.

—La comanda dice, a mí que me traiga mi pan de pueblo con el tomate triturado, el jamón y mi café, si no quiere que le desmonte la terraza.

—¿Y a ti qué te pasa? —le pregunté a Lola mirándola con cara de asco.

—Que hasta que no tomo café, no soy persona y cuando esta mañana fui a hacerme uno, no me quedaban cápsulas, pensé que me quedaba el paquetito que dejo siempre de reserva, pero no.

—Pues no lo tienes que pagar con la pobre chiquilla —le dijo Cata en tono protesta.

—Iros a la mierda las dos. —Se rio.

—Qué cosas más bonitas nos dices. —Cogí la servilleta e hice como que me secaba las lágrimas de la emoción.

—Demasiado para lo poco que os merecéis.

—Será porque somos malas contigo —le dijo Cata con una expresión de lo más maligna.

—Dejarme en paz, es sábado y no estoy para niñerías. Mejor que nos cuente esta que tal le fue la cena con «míste porra».

—No lo llares así. —Me reí.

—¿Mini?

—Paso de ti, Lolita. —Miré a Cata y le hice un guiño.

—Estás muy descarada. —Le recriminó a Lola.

—Aquí están vuestros desayunos, y os los trae la mujer más guapa y con más salero de toda España —se dijo a ella misma, causándonos una risita.

—A lo de que me dijiste antes de que estaba muy descarada. ¿De verdad pensáis que después de todo lo que tengo que lidiar con vuestras cosas, me tengo que comportar refinadamente? Si es que poco os digo para lo que os merecéis.

—¿Y qué nos merecemos? —le pregunté mirándola de forma encendida.

—Una hostia a mano abierta cada una. —Enseñaba su palma.

—Definitivamente...te falta un buen polvo —le dije en tono bajo pero muy claro, cosa que le hizo a Cata mucha gracia porque le costó salir de esa carcajada que la tenía doblada en la silla.

Llegamos a la peluquería después de un desayuno convertido en un ring de boxeo, pero conociendo a Lola era algo normal. Tenía una boca muy grande pero solo en la intimidad con nosotras, ante los ojos del mundo se mostraba muy respetuosa y educada, pero es verdad que, hacia nosotras, le salía lo más grande, pero que nos quería con todo su corazón y solo lo hacía para buscarnos, sobre todo a Cata que la pobre era la bondad personificada.

No llevaba ni una hora trabajando cuando un repartidor apareció con un paquete para mí. Pensé que era algún producto de muestras de alguna marca o algo de lo que yo había pedido, pero no, mi sorpresa fue mayúscula cuando al abrir la caja me encontré un corazón enorme de chuches con una nota encima.

«Verte con el nuevo me dolió, pero yo estoy hecho “pa” lo mío...

Disfrútalo, preciosa. Borja»

No pude dejar de reírme porque el comienzo de la nota era de uno de los temas más escuchados de este año. Borja era así de gracioso y la nota no iba con ninguna mala intención. Cuando las chicas lo leyeron estallaron en carcajadas, obviamente lo conocían bien.

r

No tardamos en coger unas chuches para llevárnoslas a la boca ya que a golosas no nos ganaba nadie. El resto de la mañana fue toda una locura ya que no paramos ni un solo momento, como venía siendo normal todos los sábados.

Me despedí de las chicas y me fui hacia mi casa deseando que el tiempo volara y tener ese encuentro con Jorge al que echaba de menos cada minuto del día, a pesar de estar entretenida en el salón, pero debo reconocer que mientras trabajaba en las cabezas de mis clientas, mi mente estaba en ese hombre e incluso me contaban cosas que ni siquiera escuchaba ya que yo estaba en otras.

Me dispuse a prepararme unos filetes de pollo con salsa agri dulce y mango que había visto en un reel y que me había llamado la atención, así que busqué en guardados y comencé a prepararlo. Decir que me quedó de lo más delicioso era quedarse corta, había sido todo un descubrimiento.

, Mientras comía me llegó un mensaje de mi policía favorito.

Jorge: *Deseando que llegue la hora para verte. Ya estoy en casa, voy a descansar un rato.*

Martina: *Yo también lo estoy deseando. Descansa, yo también me dejaré caer un rato en el sofá.*

Jorge: *Descansa, preciosa y no pienses más que en mí.*

Que algo estaba naciendo entre nosotros era innegable, y que yo lo estaba amando con todo mi corazón, mucho más.

No pude dejar de reírme porque el comienzo de la nota era de uno de los temas más escuchados de este año. Borja era así de gracioso y la nota no iba con ninguna mala intención. Cuando las chicas lo leyeron estallaron en carcajadas, obviamente lo conocían bien.

No tardamos en coger unas chuches para llevárnoslas a la boca ya que a golosas no nos ganaba nadie. El resto de la mañana fue toda una locura ya que no paramos ni un solo momento, como venía siendo normal todos los sábados.

Me despedí de las chicas y me fui hacia mi casa deseando que el tiempo volara y tener ese encuentro con Jorge al que echaba de menos cada minuto del día, a pesar de estar entretenida en el salón, pero debo reconocer que mientras trabajaba en las cabezas de mis clientas, mi mente estaba en ese hombre e incluso me contaban cosas que ni siquiera escuchaba ya que yo estaba en otras.

Me dispuse a prepararme unos filetes de pollo con salsa agridulce y mango que había visto en un reel y que me había llamado la atención, así que busqué en guardados y comencé a prepararlo. Decir que me quedó de lo más delicioso era quedarse corta, había sido todo un descubrimiento.

Mientras comía me llegó un mensaje de mi policía favorito.

Jorge: *Deseando que llegue la hora para verte. Ya estoy en casa, voy a descansar un rato.*

Martina: *Yo también lo estoy deseando. Descansa, yo también me dejaré caer un rato en el sofá.*

Jorge: *Descansa, preciosa y no pienses más que en mí.*

Que algo estaba naciendo entre nosotros era innegable, y que yo lo estaba amando con todo mi corazón, mucho más.

Capítulo 9



A la hora acordada estaba esperándome parado en la puerta trasera para que entrase, no sin antes darme un beso de película y decirme lo guapísima que estaba.

Íbamos sentados en el asiento de atrás con las manos entrelazadas y acariciándonoslas con los dedos pulgares. Sentía continuos cosquilleos en mi estómago y es que todo eso me lo producía él.

El taxi nos dejó cerca del chiringuito de la playa. Al bajarnos recorrimos de la mano el paseo que nos llevó hasta ese precioso lugar. Había mucho ambiente, gente caminando, personas en patinete y bicicletas, todo animando a disfrutar de estar al aire libre ya que la temperatura era muy agradable e invitaba a ello. Además, con la compañía de la mejor persona que podía sostener mi mano.

Nos quedamos observando ese rincón a la vez que me iba dando un montón de besos de esos que me hacían sentir la mujer más especial del mundo. Accedimos a una tarima de madera que daba a la playa. El lugar al que íbamos estaba dentro de la arena, por lo que tenía unas vistas espectaculares y relajantes, las que ofrecían el conjunto de la arena y el mar, ese que parecía estar ahí para nosotros, esperándonos para recibirnos y dar paso a una bonita noche.

El chiringuito, al que accedimos cuando nos desviamos de la tarima principal a otra más pequeña, era una preciosidad. De madera y con una decoración que combinaba a la perfección con el escenario que lo rodeaba. Había mesas repartidas por la arena y también en el suelo de madera para los que no quisieran pisarla. En cada una de las mesas había unas conchas preciosas de gran tamaño, con velas de varios colores en el interior, acompañadas por caracolas pintadas a mano. Era una pasada estar bajo el cielo estrellado, iluminados por la tenue luz que ofrecía, con la luna de fondo, que además ese día estaba en su mayor apogeo.

La barra era larga, ocupaba una gran parte de la zona principal, la que en un lateral tenía unas escaleras que daban a otro nivel superior. Supuse que tendría más mesas con una panorámica aún mejor por la altura. Recorrí cada rincón con la vista, con una sonrisa, esa que me provocaba el poder estar ahí con Jorge.

De los postes de madera colgaban unas telas en tonos pastel dándole un toque más íntimo, todo ello junto a la música que salía por los altavoces, la que sonaba al volumen perfecto para escucharla, pero para no entorpecer si querías hablar, le daban el toque final para pasar una velada tranquila y relajante.

Aparte, todo estaba rodeado con grandes maceteros con vegetación, en la medida justa y dándole color y calidez a cada rincón. Disimuladamente me incliné sobre uno de ellos, pasando los dedos sobre una de las hojas que sobresalían y comprobé que no eran de verdad. Pero oye, daban el pego, aunque eso era ante mis ojos que muy entendida no era en el tema, la verdad.

Nos acompañaron para acomodarnos en una de las mesas que había en la parte superior, ahí descubrí la belleza de esa terraza en la que nos esperaba una mesa con vistas al mar. No tardaron en traernos esa primera botella de vino que descorcharon ante nosotros y que probó Jorge.

—Por nosotros y por muchos momentos que sumar juntos.

e

—Qué bonito —murmuré en alto mientras chocaba la copa con la de él.

—Bonito es lo que tú me haces sentir. —Me hizo un guiño y dio un trago a la copa.

Nos pusimos de acuerdo y pedimos todo para compartir: una ensalada de aguacate y salmón, unos crujientes de langostino con salsa de almendras, un tartar de atún y un par de brochetas de marisco.

Estaba viviendo un momento tan bonito que me daba miedo a que algo ocurriese y lo estropease, no podía permitirme perder a un hombre que movía todas las emociones que habían estado dormidas dentro de mí.

Le conté la gracia de la nota que me envió Borja por la mañana. Se reía, pero algo me decía que en el fondo no le había hecho ni la más mínima gracia. ¿Había hecho mal en decírselo?

a

—¿Y seguirá mandándote cosas toda la vida?

—Jorge. —Volteé los ojos—. No vayas por ahí que las cosas no son así.

—Solo preguntaba...

—¿Por nosotros? —Levanté la copa para cambiar el tema.

—Claro...

—Dímelo sonriendo. —Saqué mofletes.

—Eres preciosa —sonrió y me sacó otra sonrisa a mí. No quería que nada estropeara la noche y menos una tontería como esa.

—Joder, qué buena pinta tiene esto —murmuré mirando la ensalada que nos acababan de traer y que tenía una

presentación digna de una foto para subir a Instagram.

—Este lugar es muy famoso por la delicadeza que le ponen a cada plato.

—Mira que he estado en chiringuitos, pero en este nunca.

—Entonces te he traído al que se puede convertir en uno de nuestros lugares favoritos en este verano que ya viene asomando la cabeza.

—Falta un mes todavía.

—Eso pasa volando. —Me acarició la mano por encima de la mesa y ya notaba que se le había pasado la incomodidad de antes.

Cada plato fue una pasada en presentación y sabor, le tiré fotos a cada uno de ellos, por no hablar del postre, que era una delicia con varios tipos de chocolate derretido sobre un brownie que ya nos dejó tocando las palmas.

Nos pedimos un par de copas y nos fuimos a la parte de la arena donde había unos sofás en semicírculo con su propio techo, simulando, por la forma, a una tienda campaña. Nos sentamos en el interior, resguardados, mirando hacia el mar. La noche estaba de lo más perfecta.

Me encantó cómo me trajeron el Puerto de Indias, con tónica y unos trozos de especias que hacían, no solo que el sabor fuera más explosivo, sino que estéticamente la copa estuviera perfecta para una foto como la que le hice sujetándola con mi mano y el mar de fondo.

—Quiero una foto contigo —le dije a modo súplica.

—¿Y por qué me lo pides así? —Reía mientras cogía mi móvil y lo ponía en modo selfi, y su otra mano me la pasó por encima del hombro antes de pegar sus labios a mi mejilla y tirar la foto.

—Ohhh, muero de amor. ¡Qué bonita! No me puedo creer que haya quedado tan perfecta. Esta va a ir a la mesita de noche de mi dormitorio.

—¿Me vas a poner en tu mesita de noche? —Besó mis labios.

—Por supuesto. ¿Lo dudabas?

—No lo sé, lo mismo prefieres poner a tu ex.

—¡Tonto! ¡Que eres tonto! —Me reí después de apretar con fuerza su muslo.

—Es broma, tonta. —Me pegó a él y besó mi frente.

Me tenía que reír porque era para ver su cara, intentando aparentar que estaba de broma, pero de eso nada, en el fondo tenía un ligero tono de recelo que no podía evitar que se reflejase en su rostro.

Estábamos como dos adolescentes que se miraban con ese brillo e ilusión de estar experimentando lo que era el amor, así me sentía, como una jovencita que estaba disfrutando de las mieles de un hombre que me hacía vibrar de una manera diferente.

Eso sí, conforme más iba avanzando la noche y las copas no dejaban de rellenarse, las risas y el calentón fueron subiendo a partes iguales. Si no lo hubiera frenado en más de una ocasión, acababa metiéndome su mano hasta el cuello. Estaba de lo más suelto, pero no era lugar, a pesar de estar dentro de ese semicírculo que daba una absoluta intimidad.

Jorge tenía un poder de seducción del que tenía absoluto control y se aprovechaba de ello, lo dejaba entrever con esas miradas de seguridad que tan nerviosas me ponían, obviamente, contaba con ventaja ya que al ser policía tenía más tablas en todos los ámbitos, pero sobre todo en el de poner nerviosas a las personas.

Lo imaginaba ejerciendo su trabajo y eso me ponía más taquicárdica, obviamente, si por allí no hubiera más personas ya hubiéramos terminado con un par de revolcones encima. Y eso no iba a tardar mucho en pasar...

—Es broma, tonta. —Me pegó a él y besó mi frente.

Me tenía que reír porque era para ver su cara, intentando aparentar que estaba de broma, pero de eso nada, en el fondo tenía un ligero tono de recelo que no podía evitar que se reflejase en su rostro.

Estábamos como dos adolescentes que se miraban con ese brillo e ilusión de estar experimentando lo que era el amor, así me sentía, como una jovencita que estaba disfrutando de las mieles de un hombre que me hacía vibrar de una manera diferente.

Eso sí, conforme más iba avanzando la noche y las copas no dejaban de rellenarse, las risas y el calentón fueron subiendo a partes iguales. Si no lo hubiera frenado en más de una ocasión, acababa metiéndome su mano hasta el cuello. Estaba de lo más suelto, pero no era lugar, a pesar de estar dentro de ese semicírculo que daba una absoluta intimidad.

Jorge tenía un poder de seducción del que tenía absoluto control y se aprovechaba de ello, lo dejaba entrever con esas miradas de seguridad que tan nerviosas me ponían, obviamente, contaba con ventaja ya que al ser policía tenía más tablas en todos los ámbitos, pero sobre todo en el de poner nerviosas a las personas.

Lo imaginaba ejerciendo su trabajo y eso me ponía más taquicárdica, obviamente, si por allí no hubiera más personas ya hubiéramos terminado con un par de revolcones encima. Y eso no iba a tardar mucho en pasar...

Capítulo 10



Entre copa y copa acabamos con un puntito en lo alto de esos buenos, buenos.

Vale, un puntito no, una borrachera de las que te hacían creer que estabas en una noria, venga girar y girar, por la de vueltas que daba todo.

—Yo necesito que me dé el aire —dije y puse rumbo hacia la playa, con un Jorge un poquito menos perjudicado que yo, pero también con el suficiente alcohol en sangre como para que en un control de alcoholemia se hiciera con la tercera posición de la noche.

Me quité los zapatos y caminé por la arena hacia la orilla, en cuanto el agua tocó mis pies, gemí de gusto disfrutando de ese frescor.

—¿Estás bien, preciosa? —me preguntó rodeándome con el brazo por la cintura, dejado la mano sobre mi cadera.

El calor que sentí en esa parte del cuerpo hizo que un escalofrío me recorriera entera, y es que ese hombre tenía ta efecto en mí, que aun con unas copitas de más, mi cuerpo estaba listo para el goce y disfrute del suyo.

—Un poquito mareada, pero nada que no se me pase con unos besitos —contesté poniendo morritos, al tiempo que daba besitos al aire, cual pececillo fuera del agua.

Jorge se echó a reír y me sostuvo la barbilla con dos dedos para besarme, un beso suave y tierno que me dejó más mareada todavía, porque esos eran los que de verdad le removían a una persona todo por dentro.

—¿Mejor?

—Un poquito, sí. ¿Qué más podrías hacer para que se me pase?

—Con la que llevamos los dos en lo alto, preciosa, solo se me ocurre tirarnos en la arena y echar una siesta.

Seguimos caminando hasta una zona bastante apartada y solitaria donde nos sentamos, o mejor dicho, él se sentó

en la arena y yo a horcajadas sobre él.

—Me están hablando tus labios —dije mirándolos fijamente.

—¿Y qué te dicen?

—Bésanos, Martina.

—¿A qué esperas, pues? —sonrió de medio lado.

—Es que, también me está hablando tu torso.

—¿Y?

—Quiere que lo toque.

—Hazlo.

—¿Y si te digo que cierta parte que estoy notando entre mis piernas, también me habla?

—Quiero saber qué te dice esa parte.

—Que haga una locura.

—Hazla —contestó con un tono serio y dominante que no me extrañaría que usara en el trabajo.

—¿Seguro? —Arqué la ceja y comencé a pasar el dedo índice por su torso, mordisqueándome el labio—. Mira que nos pueden detener por escándalo público —murmuré.

—Yo no veo a nadie por aquí.

Pues no, no había nadie en ese rincón apartado, y los dos estábamos deseando ir más allá de un beso casto y puro en la playa, así que...

Comencé a pasar la lengua por su cuello mientras le quitaba la parte de arriba de su ropa, dejando aquel torso duro como el mármol descubierto.

Hice que se recostara en la arena y mi lengua recorrió cada centímetro desnudo que encontraba, mientras mis manos desabrochaban su pantalón.

Liberé aquel grueso y duro objeto de mis deseos más oscuros en ese momento, y lo llevé a mi boca como si fuera

un helado.

—Joder. —Escuché a Jorge jadear y gemir, y fue justo lo que quería, saber que lo que hacía le excitaba.

Noté una de sus manos sosteniendo mi cabeza y dejé que me guiara, porque sí, yo podría saber lo que le daría placer, pero estaba claro que nadie mejor que él mismo para saberlo a ciencia cierta.

Y mientras yo le saboreaba cual helado, él movía las caderas hacia arriba y hacia abajo en busca de ese placer que mis sedosos labios le proferían.

Me retiré poco después, sentándome en la arena junto a él y dejándole así, con su gloriosa erección al aire en pie de guerra mientras jadeaba y me miraba con incredulidad.

—¿Y así vas a dejarme? —preguntó entre jadeos.

—No te quejes, que has disfrutado más que un niño el día de Reyes —sonreí.

—Y ahora te toca a ti —dijo abalanzándose sobre mí y, en menos que cantaba un gallo, ya estaba yo con las zonas bajas al aire y su rostro entre mis piernas.

—Ay, por Dios —gemí arqueando la espalda cuando aquella lengua, perversa y descarada, me lamió con fuerza mientras sus dedos me penetraban por ambas partes.

Porque sí, ese hombre decidió que uno de sus dedos iba a jugar dentro de mi vagina, y el otro en esa zona inexplorada que debía de reconocer también me estaba resultando placentera.

Mis gritos parecían darle más vitalidad a ese hombre que me devoraba sin piedad, y con cada uno de ellos que salía de mis labios, él aumentaba el ritmo de su lengua volviéndome más loca, si es que era posible.

Estaba llegando, tenía el orgasmo tan cerca que podía sentir el estallido de placer que me invadiría.

Hasta que el muy jodido paró, dejándome con ese calentón en lo alto y esas ganas de liberarme.

—¿Por qué paras? —pregunté.

—Ya sabes lo que dicen, donde las dan, las toman.

—Uy, uy... Cuánto rencor veo ahí. Pero tranquilo, que ya me follo con mis dedos yo solita.

—No serás capaz. —Arqueó la ceja.

—¿Quieres apostar, inspector?

—Si te corres tocándote a ti misma, me dejas follarte en el agua.

—Me da que es lo que llevas queriendo desde que me senté sobre tu amiguito, y esta es la excusa perfecta.

—Tócate, Martina —me pidió con esa voz ronca y sensual—. Deja que vea cómo lo haces.

—Me estás poniendo hasta cachonda con esa voz. —Me mordí el labio.

—Quiero verte.

—¿Te excita eso? —pregunté curiosa mientras me arrodillaba en la arena, frente a él, deslizando ambas manos por mi cuerpo.

—Contigo me excita todo, preciosa.

Dios, qué manera de encenderme con esa forma de hablar y de mirarme.

Me toqué por y para él, deslizando mis dedos sobre aquella humedad que cubría mis labios vaginales, cerré los ojos: mordíendome el labio y con la mano libre, comencé a tocar también uno de mis pechos.

Gemí al introducir mi propio dedo en la vagina y cuando miré a Jorge, se tocaba a sí mismo mientras sus ojos me observaban con unas llamas que podrían hacernos arder a los dos.

Nos tocábamos ante el otro y nos mirábamos, y el deseo de que me follara allí mismo hizo que me corriera con tal intensidad, que era más que probable que mi grito se hubiera escuchado hasta en la iglesia, que estaba bastante lejos de donde me encontraba.

No había terminado de liberar el clímax, cuando vi que Jorge se estaba desnudando completamente, por lo que me puse en pie para hacer lo mismo.

Me cogió en brazos y sus labios se apoderaron de los míos mientras caminábamos hacia el agua.

—Con la borrachera que tenemos, acabamos en el fondo siendo comida para los peces —dije cuando noté el agua fría en el culo.

—Tú tranquila, que no.

—Más te vale, porque si tu madre pensó una vez que intenté matarte, de esta no me libra ni la Santísima Virgen de la Trinidad. ¡Oh, por Dios! —gemí cuando me penetró de una sola embestida hasta lo más hondo de mis entrañas

— Jorgito de mi vida y de mi corazón, ¿dónde has estado todos estos años?

—Durante unos meses, con la pata chula, el resto del tiempo, con la persona equivocada, por lo que se ve.

—Sí, sí, y tanto. Ay, Dios, sigue, Jorgito, sigue —grité y él comenzó a moverse mucho más deprisa.

Estaba borracha y no solo por el alcohol, sino por el modo en el que ese hombre me llevaba directa hacia la locura.

Qué manera de besar, de tocar, de excitarme...

Si antes se me movía todo alrededor, en ese momento la cosa iba a más.

r

Ya no gritaba, directamente chillaba desde lo más profundo de mis pulmones, y me movía al ritmo que él marcaba.

Jamás había tenido un sexo tan brutal y alucinante en mitad del agua, y por Dios que esa iba a ser una experiencia que quedaría para siempre grabada en mi memoria.

Y como diría Lola en sus momentos más místicos, Jorge y yo alcanzamos el Nirvana gritando como un par de animales bajo la luna, con la cabeza caída hacia atrás y mirando al cielo.

Cuando recobramos el aliento nos besamos como si no hubiera un mañana, y en mi estado febril y alcoholizado, le pedí que me llevara a su casa para hacerme gritar más, mucho más, acostados en su cama.

|

?

e

— Jorgito de mi vida y de mi corazón, ¿dónde has estado todos estos años?

—Durante unos meses, con la pata chula, el resto del tiempo, con la persona equivocada, por lo que se ve.

—Sí, sí, y tanto. Ay, Dios, sigue, Jorgito, sigue —grité y él comenzó a moverse mucho más deprisa.

Estaba borracha y no solo por el alcohol, sino por el modo en el que ese hombre me llevaba directa hacia la locura.

Qué manera de besar, de tocar, de excitarme...

Si antes se me movía todo alrededor, en ese momento la cosa iba a más.

Ya no gritaba, directamente chillaba desde lo más profundo de mis pulmones, y me movía al ritmo que él marcaba.

Jamás había tenido un sexo tan brutal y alucinante en mitad del agua, y por Dios que esa iba a ser una experiencia que quedaría para siempre grabada en mi memoria.

Y como diría Lola en sus momentos más místicos, Jorge y yo alcanzamos el Nirvana gritando como un par de animales bajo la luna, con la cabeza caída hacia atrás y mirando al cielo.

Cuando recobramos el aliento nos besamos como si no hubiera un mañana, y en mi estado febril y alcoholizado, le pedí que me llevara a su casa para hacerme gritar más, mucho más, acostados en su cama.

Capítulo 11



Y al llegar a su casa, un beso llevó a otro, y este, a otro más, y, si además añadíamos una caricia por aquí y otra por allá...

El deseo tomaba el control y nosotros tan solo nos dejábamos llevar.

Era como si ninguno pudiera mantener las manos lejos del otro, al punto de que, en muchas ocasiones, en vez de desnudarnos acabábamos, literalmente, arrancándonos la ropa.

Y esta era una de esas veces.

Las prisas y la necesidad de sentirnos, hacía que la ropa volara por la habitación, acabando en algún rincón amontonada.

Jorge me dejó en la cama y me quedé observando su perfecto y esculpido cuerpo desnudo mientras buscaba algo en el cajón de la mesita.

—¿Qué haces? —pregunté acomodándome de lado con el codo apoyado en la almohada.

—Coger una cosa.

—Qué misterioso, hijo. —Reí.

Vi su media sonrisa, esa pícara que aparecía cuando tenía un plan en mente, no tardé en averiguar lo que era.

En sus manos tenía un gel de esos de efecto calor, y un vibrador.

—El inspector está juguetón hoy —dije con una risilla.

Subió a la cama y, cuando me volví a colocar bocarriba, puso un poco de gel en mis pezones, esos que frotó entre sus dedos, dejando algún que otro pellizco, y cuando los tenía completamente erectos, se inclinó para soplar sobre

ellos.

Aquella mezcla del calor del gel con el frío de su aliento, hizo que me estremeciera, nunca había tenido esa sensación tan excitante.

Se puso un poco de gel en las manos y comenzó a masajear mi zona, llevando los dedos dentro y fuera de ella para impregnar bien con el gel esos lugares en los que después jugaría.

Gemí cerrando los ojos al notar ese calor en mi vagina mientras sus dedos entraban y salían, y cuando quise darme cuenta, Jorge me estaba haciendo recostarme bocabajo con las piernas separadas.

Colocó un cojín bajo mi cuerpo de modo que tenía las caderas elevadas, y no tardé en sentir el gel goteando en mi zona baja de la espalda llegando hasta ambas nalgas.

Jorge masajéo esa parte despacio, con mimo incluso, primero una nalga y después la otra, solo para acabar deslizando un par de dedos entre ambas.

Cerré los ojos y le dejé hacer, limitándome a sentir y experimentar el placer de todas y cada una de las maneras en las que él quisiera ofrecérmelo.

Me penetró con el dedo por la vagina despacio, haciendo que gimiera y jadeara al sentir aquel calor en mi interior. No tardó en jugar también con la parte trasera, mucho más cuidadoso y suave, pero igualmente placentero.

Y mientras él me llenaba por ambos sitios, haciéndome sentir el calor más abrasador por el gel que invadía mi cuerpo, yo gemía y me retorcí más aún, al notar que el simple roce de la tela en mis pezones hacía que enloqueciera un poco más.

Tras abandonar sus dedos el interior de mi cuerpo, Jorge me cogió por las caderas haciendo que las elevara un poco más, de tal modo que tuvo un mejor acceso a mi excitado y húmedo sexo cuando se recostó bocarriba en la cama y me hizo colocarme con él expuesto y ofrecido para su boca.

Comenzó a lamer como si la vida le fuera en ello mientras me sostenía por las nalgas evitando que me apartara.

El calor del gel me estaba haciendo arder literalmente, sintiendo que en cualquier momento sufriría una combustión espontánea.

Jorge lamía y me penetraba con la lengua mientras yo me dejaba las cuerdas vocales en unos gritos desgarradores que brotaban de lo más profundo de mi ser, por el placer que estaba sintiendo.

Me movía a un ritmo frenético mientras rozaba mis excitados pezones con la sábana en busca de un placer aún mayor, y ese fue el detonante para que me atravesara un orgasmo tan brutal como intenso, mientras Jorge seguía

lamiendo y succionando mi clítoris como si fuera un caramelo.

Cogió el vibrador y, en lo que me pareció que era la velocidad máxima que podría alcanzar ese aparatito, me penetró con él mientras seguía jugando con la lengua de manera rápida en mi clítoris, añadiendo pequeños mordiscos al juego, esos que me arrancaban un grito tras otro enlazando el orgasmo que acababa de tener, y del que apenas me había dado tiempo a recuperarme, con el siguiente, mucho más intenso y fuerte que el anterior.

Se arrodilló a mi espalda y me atrajo hacia él, penetrándome con fuerza mientras sus dedos me sostenían por las caderas y podía notar cómo se clavaban en mi trémula carne.

Bombeaba entrando y saliendo sin parar, sin tregua ni descanso, más que dispuesto a llevarme de nuevo al orgasmo.

Se sentó sobre sus piernas llevándome consigo, pegando mi espalda a su torso y fue así como volvió a penetrarme

Le rodeé por los hombros con un brazo, hundiendo mis dedos en su cabello. Nos miramos y él se lanzó a mis labios con ansia, besándome con esa urgencia de quien necesita sentir a la otra persona en todo momento.

—Tócate —me pidió entre besos, y obedecí.

Mientras él me penetraba con su virilidad y me llenaba por completo, pellizcándome los pezones entre sus dedos, llevé mi mano libre hasta el pubis y deslicé dos dedos por mis labios vaginales sintiendo la humedad de mis fluidos mezclada con la saliva de Jorge y el gel.

Gemí en su boca al tocarme y me dejé llevar por la locura y la lujuria más absoluta, moviéndome sobre él a un ritmo rápido y frenético mientras su lengua seguía jugando con la mía.

Noté que abandonaba uno de mis pezones y no tardó en llevar esos dedos diabólicos y juguetones a mi clítoris.

La sensación que experimenté en ese momento mientras me tocaba a mí misma y él también lo hacía, fue una puta pasada al tener aquel gel de efecto calor haciendo su trabajo.

A cada segundo que pasaba me movía más y más rápido, completa y absolutamente excitada entre sus brazos.

Volvió a hacer que me acomodara en la cama, con las caderas elevadas, y me penetró sin parar ni bajar el ritmo en ningún momento.

Yo me movía a su compás, llevando mis caderas de atrás hacia adelante y gritando con cada nueva embestida por su parte.

El placer que sentía en ese momento era indescriptible.

Dejó caer su cuerpo sobre el mío, rodeándome con un brazo por la cintura de modo que con la mano llegaba perfectamente a mi excitado clítoris y comenzó a torturarlo de nuevo con fricción y pellizcos mientras no perdía el ritmo de sus embestidas y me mordisqueaba el hombro.

En el momento en el que sentí que mi cuerpo se disponía a liberar una vez más el clímax al que Jorge me había llevado, me agarré con todas mis fuerzas a las sábanas mientras me movía de adelante atrás notando su grueso y palpitante miembro que me llenaba hasta lo más profundo de mi ser.

Jorge comenzó a moverse más y más rápido también, haciendo que el sonido de nuestros cuerpos al chocar se mezclara con mis gritos y sus jadeos, llenando la estancia del sonido del placer.

Nos corrimos de una manera tan brutal que tardamos en sentir ese último coletazo de un orgasmo que nos dejó .laxos y saciados, recostados en la cama abrazados y buscando el aire con el que recobrar el aliento.

Me dio un beso en el hombro que sentí como si no fuera real sino producto de una ensoñación, pues estaba tan mareada por el intenso sexo que acababa de experimentar, que aun con los ojos cerrados, sentía que la habitación me daba vueltas.

Jorge me llevaba a la locura y a experimentar el sexo de tal modo, que acababa mareada y borracha de placer entre sus fuertes y poderosos brazos.

Dejó caer su cuerpo sobre el mío, rodeándome con un brazo por la cintura de modo que con la mano llegaba perfectamente a mi excitado clítoris y comenzó a torturarlo de nuevo con fricción y pellizcos mientras no perdía el ritmo de sus embestidas y me mordisqueaba el hombro.

En el momento en el que sentí que mi cuerpo se disponía a liberar una vez más el clímax al que Jorge me había llevado, me agarré con todas mis fuerzas a las sábanas mientras me movía de adelante atrás notando su grueso y palpitante miembro que me llenaba hasta lo más profundo de mi ser.

Jorge comenzó a moverse más y más rápido también, haciendo que el sonido de nuestros cuerpos al chocar se mezclara con mis gritos y sus jadeos, llenando la estancia del sonido del placer.

Nos corrimos de una manera tan brutal que tardamos en sentir ese último coletazo de un orgasmo que nos dejó laxos y saciados, recostados en la cama abrazados y buscando el aire con el que recobrar el aliento.

Me dio un beso en el hombro que sentí como si no fuera real sino producto de una ensoñación, pues estaba tan mareada por el intenso sexo que acababa de experimentar, que aun con los ojos cerrados, sentía que la habitación me daba vueltas.

Jorge me llevaba a la locura y a experimentar el sexo de tal modo, que acababa mareada y borracha de placer entre sus fuertes y poderosos brazos.

Capítulo 12



Desperté y noté que me ardían todas mis partes íntimas y por todos lados...

—¿Estás bien? —preguntó sobresaltándome porque pensé que estaba durmiendo.

—Sí, solo que noto que me arde todo por dentro. —Le di un beso—. Necesito darme una ducha.

—Claro, te dejo una camiseta para que desayunes cómoda.

—Sí. —Lo abracé fuerte.

—Voy a salir un momento, no tardo en volver, tengo que recoger una cosa, dúchate tranquila y te preparas un café.

—Vale, pero que no tengo problema en ir a mi casa, no me tienes que dejar aquí en la tuya sola.

—Confío plenamente en ti. —Me dio un beso y se marchó.

Eso me hacía sentir más segura aún ya que sentía que lo nuestro no era solo un rollo temporal, sino que era el comienzo de algo muy bonito que estábamos viviendo con muchísima intensidad.

Me duché y me fui a la cocina donde me preparé un café y me puse en la terracita fumándome un cigarrillo mientras él regresaba. No tardó, venía con churros y una bolsa de la farmacia.

—¿Estás bien? —pregunté por lo que traía en las manos.

—Sí, es para ti, fui a comprarte algo para que te aliviara un poco ese ardor.

—¿Por eso has salido?

—Y por esto. —Levantó el cartucho de churros.

Lo rodeé por la cintura y lo abracé fuertemente. En esos tipos de detalle se notaba cómo eran las personas, y él era un señor en toda regla.

Mientras preparaba el café yo me introduje el líquido de un tubito, me lo tenía que poner dos veces al día y la verdad que el contacto del primero ya me alivió bastante desde el primer momento.

Nos sentamos en la terraza a desayunar y la verdad que el solecito estaba de lo más agradable. Me tomé una pastilla para la resaca porque esa me estaba jodiendo un poquito también.

—¿Te arrepientes de algo de ayer?

—¡No! ¿Por qué dices eso?

—Te noto extraña.

—Es la resaca, pero no, te juro que estoy bien y no me arrepiento de nada porque, aunque tenía unas copas de más, todo lo hice consciente y con el corazón. Jorge, estoy viviendo unos momentos bonitos a tu lado que no sé a dónde nos llevarán, pero quiero seguir viviéndolos —confesé agarrando su mano.

—Eres lo más bonito que hay sobre la tierra. —Me agarró una parte de la cara y se acercó a besarme.

Después de desayunar fuimos a mi casa para que me pudiese cambiar de ropa para irnos a pasar el día por una avenida que había muy nueva por mi zona y que estaba llena de vida, sobre todo los fines de semana durante el día, así que hoy domingo debía de estar muy ambientada.

Dejó el coche en la puerta de mi casa y nos fuimos andando para esa calle que ya se veía con un montón de gente, sobre todo la zona de las terrazas que estaban abarrotadas.

—Las cervezas terminan de quitar las resacas. Eso dicen... —me dijo cuando nos sentamos en una terracita que daba ese solecito y se estaba de lo más agradable.

—¿Quién dijo miedo? —Le hice un guiño y no dudó en tirarse a mis labios—. Quitá, que viene el camarero.

Le pedimos un par de cervezas y unas patatas chips. Jorge estaba hablando con un joven al que se había acercado y yo charlaba con las niñas por mensaje ya que me estaban sometiendo a un interrogatorio. Me encantaba la mezcla que hacían esos mensajes deslenguados de Lola y las palabras comedidas de Cata. Hacían un tándem perfecto.

—Tu amigo tiene una pinta... —le dije cuando regresó.

—No es mi amigo, le he dado dos palmadas en la espalda y le he dicho que se vaya de aquí cagando leches.
Estaba trapicheando con el hachís, es un conocido del cuerpo.

—¿Y cómo que no has llamado para que lo detengan?

—Nunca lleva encima más que un par de trozos para vender. Se las saben todas, pero estamos encima de ellos.
Son los buscavidas, el último escalafón de todas las organizaciones que hay en este círculo.

—Pero no entiendo para qué le dices nada y no pasas de él.

—Porque tampoco puedo permitir que lo vean vendiendo por aquí y alguien me reconozca. No está bien que haga la vista gorda, prefiero ir, hablarle amigablemente y hacer que se vaya cagando leches.

—Amigablemente...

—Sí, con pocas palabras suelen hacer caso, saben que ponerse tontos los puede llevar a pasar la noche en el calabozo.

—Haberle quitado lo que llevaba y luego me lo fumo yo en mi casa.

—¿Fumas hachís? —Arqueó la ceja.

—No —me reí—, pero vamos, que en el pasado alguno que otro cayó en algún momento.

—Te veo con uno en la boca y te juro que te ato a la cama un mes.

—¿Dónde has dicho que ha ido ese chico? —pregunté aguantando la risa.

—No te la juegues, enana.

—Pues la enana llega a todos lados. —Le hice un guiño.

Estuvimos disfrutando de esa terracita un buen rato en el que nos tomamos la cerveza y nos fuimos a pasear y buscar otro lugar en el que sentarnos. Un domingo era para eso, ir poniendo el culo en todas las terrazas que llamasen nuestra atención y eso hicimos.

Para la hora de la comida escogimos un lugar en el que hacían unos arroces con bogavante que eran para perder el sentido. Lo amenacé de todas las maneras habidas y por haber para que luego no me la liase a la hora de pagar ya que hoy me tocaba a mí, sí o sí. La noche anterior no me dejó tampoco pagar ni una ronda de copas y eso me daba mucha cosita.

Pedimos una paella para dos personas como única comida ya que la arrocería era bastante grande, para acompañarla nos decantamos por un vino blanco de la casa que era muy reconocido.

Jorge me confesó que estaba pensando en la posibilidad de que en verano hiciésemos un viaje, cosa que a mí me sorprendió gratamente, que pensara en ese tipo de planes conmigo. Me emocioné un montón y a él, al notarlo, se le amplió la sonrisa de su cara.

—¿Dónde te gustaría ir? —me preguntó acariciando mi mano por encima de la mesa.

—Yo solo he viajado varias veces a Tenerife, con lo cual, cualquier lugar me sorprendería.

—Pero ¿nunca has pensado en algún lugar para conocer en cualquier momento de tu vida?

—La India, siempre me llamó la atención, además de poder ver el Taj Mahal, una de las maravillas del mundo, si algún día consiguiera ir, lo haría combinado con Katmandú, me muero por conocer la capital de Nepal.

—Si te dijera que ese es uno de los viajes que más pendientes tengo...

—¿Sí? ¿De verdad?

—Te lo prometo.

—¿Has viajado mucho?

—Bueno, no mucho, pero sí que estuve un verano en Cuba, otro lo pasé recorriendo Islandia y otro me fui tres semanas a Australia.

—Joder, qué «guapada».

—¿Nos hacemos una India?

—Pero ¿eso cuánto cuesta?

—Unos dos mil euros por persona si lo combinamos con Nepal.

—Me tiro de cabeza. —Me reí nerviosa de pensarlo y es que nunca me había dado el lujo de pagarme unas pedazcos de vacaciones, y ahora no podía perder la oportunidad de hacerlo junto al hombre que estaba encendiendo mi corazón.

—¿Finales de julio o principios de agosto?

—Me da igual, puedo cogerlas cuando quiera, aunque en agosto cerramos dos semanas y luego tenemos dos más que cogemos por turnos, pero las niñas aún no pidieron las suyas, así que sabiéndolo con tiempo nos podemos organizar en el centro bien. Mi padre se va en agosto a Tailandia.

—Es verdad, recuerdo que me lo dijiste. Pues lo preparo esta semana y te digo fechas.

—Sí, tú te encargas de todo que yo te paso el dinero.

—Soy inspector, pero no rico, pero para pagar las vacaciones de los dos me llega.

—No, no, no. —Estiré las manos—. No me des la comida, por Dios, que por ahí sí que no paso. Yo me pago mi viaje y eso es indiscutible, en serio te lo digo.

—Es un regalo que te quiero hacer.

—No acepto ese tipo de regalos, soy de las que con una simple rosa o invitarme a una cena, ya me siento la mujer más afortunada del mundo.

—El viaje lo pago yo —dijo en tono firme y dejando claro que no había opción al debate.

—Pues no te doy mis datos y así no lo puedes sacar.

—Te recuerdo que trabajo en el cuerpo de la policía.

—Hostias, eso no es justo. —Me reí al recapacitar en la tontería que acababa de decir, cuando él podía acceder a mis datos de la manera más fácil y rápida.

Terminamos la conversación sin llegar a un acuerdo y yo advirtiéndole que si no era como yo decía, no iba, pero a él parecía que todo le entraba por un oído y le salía por el otro.

La paella estaba para tocarle las palmas y cantarle por bulerías. No dejamos ni un grano de arroz en la paellera y terminamos que parecía que íbamos a salir rodando.

Después nos fuimos para mi casa andando tranquilamente y pasamos por una pastelería donde compramos unos dulces para tomar con el café.

,

Se quedó conmigo toda la tarde y como no, no solo disfrutamos de esos dulces y el poder pasar estos ratos juntos, sino que de nuevo nos dimos un revolcón de campeonato, pero debo reconocer que tuvo mucho cuidado y fue muy delicado. No era plan de ponerme de nuevo eso como una hoguera.

Nos despedimos quedando en vernos en estos días y por supuesto pasar juntos de nuevo el fin de semana

siguiente.

Llamé a las niñas por videollamada y les conté todo con pelos y señales. Cata se emocionaba y decía que esto era el principio de una bella historia de amor, sin embargo, nuestra querida Lola decía que esto era un calentón de órdago que teníamos los dos y que cuando pasara un tiempo o nos fuéramos a la India, terminaría estallando por los aires y cada uno por su lado. Así de bruta era, pero como la conocía, solo podía reírme y sacarle el dedo a modo peineta.

Después de hablar con las chicas llamé a mi padre y charlé un poco con él. Se le veía con una felicidad que la transmitía en su tono de voz de forma alta y clara. Era obvio que el amor movía a las personas y las ponía en un estado de lo más sensible y bonito, eso que nos estaba pasando a mi padre y a mí.

siguiente.

Llamé a las niñas por videollamada y les conté todo con pelos y señales. Cata se emocionaba y decía que esto era el principio de una bella historia de amor, sin embargo, nuestra querida Lola decía que esto era un calentón de órdago que teníamos los dos y que cuando pasara un tiempo o nos fuéramos a la India, terminaría estallando por los aires y cada uno por su lado. Así de bruta era, pero como la conocía, solo podía reírme y sacarle el dedo a modo peineta.

Después de hablar con las chicas llamé a mi padre y charlé un poco con él. Se le veía con una felicidad que la transmitía en su tono de voz de forma alta y clara. Era obvio que el amor movía a las personas y las ponía en un estado de lo más sensible y bonito, eso que nos estaba pasando a mi padre y a mí.

Capítulo 13



Cata tenía cita en el ginecólogo esa tarde, y ni Lola ni yo queríamos perdérsola, por lo que cerramos un poquito antes para acompañarla.

Si la futura mamá estaba nerviosa, ni qué decir de las tías, que estábamos como puros flanes. Y es que sería su embarazo, pero lo vivíamos las tres con la misma intensidad.

A veces hablábamos sobre si sería una niña, o un niño, y a Cata le daba un poco igual mientras estuviera sano.

Yo me inclinaba por que sería una niña, una mini versión de su madre con esa sonrisilla y los ojitos tan brillantes, mientras que Lola decía que, con la suerte que teníamos, seguro que era un niño clavado al puñetero de su padre, ese que acabaría tirándose a todo lo que llevara faldas y dando la espantada por respuesta cuando alguna pobre diabla le fuera con la noticia de un embarazo.

Opté por no entrar al trapo con ese espinoso asunto, al igual que Cata tampoco lo hacía.

Entramos en la clínica y la chica del mostrador, tras comprobar la cita de la futura mamá, nos pidió que esperáramos en la sala a ser atendidas.

Nos sentamos las tres juntas y Lola cogió una revista, manteniéndose entretenida mientras ojeaba las páginas.

Allí había unas cuantas mujeres en diferentes estados de gestación, incluso había una que me preocupaba que pudiera ponerse de parto, pues la pobre mujer tenía una barriga grande e hinchada como una de esas pelotas de playa.

—En serio, ¿por qué ponen estas revistas médicas para que nos entretengamos? Dios mío, es deprimente —dijo Lola mientras dejaba la revista de nuevo en la mesa.

—Hay cosas muy instructivas —comenté.

—Y no lo dudo, pero te aseguro que podría haber pasado el resto de mi vida sin saber cómo es uno de esos hongo

genitales que pueden pegarte tras un mal polvo.

—Voy a vomitar —dijo Cata, y aunque creí que lo decía en broma, me equivoqué.

La pobre salió corriendo, cubriéndose la mano con la boca en dirección al baño, mientras las demás mamás la miraban con cara de pena, entendiendo por lo que estaba pasando.

—Martina, cuando alguna vez en un estado de embriaguez o enajenación mental transitoria, te diga que quiero ser madre, por favor, recuérdame lo de pasarme doce de las veinticuatro horas del día visitando al señor Porcelanosa.

—¿Es que piensas tener sanitarios de diseño en tu casa? —Reí.

—No, pero es la marca que se me ha venido a la mente, será porque esa mujer se parece a Isabel Preysler. — Señaló a una mujer de unos sesenta años, guapa y elegante, que acompañaba a su hija, a juzgar por el parecido físico entre ellas.

—Con lo bonita que es la maternidad —protesté.

—Lo dices tú que tienes, cuántos, ¿cinco hijos?

· —No, joder. —Reí—. Pero desde que la pequeña Hanna y su madre están en la vida de mi padre y la mía, he visto que la vida junto a un hijo es mucho más bonita. A fin de cuentas, ¿no dicen que los niños llegan para darle alegría a nuestras vidas?

—Según se mire, si eres un gilipollas hijo de la gran chingada como el militar, pues debe ser que no. De lo contrario nuestra Cata no estaría aquí sola.

—No está sola, estamos con ella.

—Tú me entiendes. —Le quitó importancia al asunto con un gesto de la mano.

Sí, la entendía, pero tenía que conseguir que Lola se olvidara de Javier y no siguiera metiendo el dedo en la herida, esa que nuestra amiga Cata aún tenía abierta y sangrando.

Cuando regresó del cuarto de baño volvió a sentarse y se le escapó un suspiro.

—Creo que no le ha gustado el bocadillo de calamares que me he comido —dijo.

—Pues eso es un despropósito —contestó Lola—. Si no le gusta el bocadillo de calamares, no puede entrar en casa.

—La madre que te parió. —Reí.

—Cata. —La llamó una enfermera desde el pasillo—. Puedes pasar.

—Venga, vamos gordita, vamos a ver al pequeño traidor al que no le gusta el bocadillo de calamares. —Lola se puso en pie antes que nosotras.

Seguimos a la enfermera hasta la puerta de la consulta y cuando abrió y vimos al ginecólogo, a Lola se le escapó un gemido.

—¿Este es tu ginecólogo? —preguntó por lo bajo, y Cata asintió— Chica, estoy por pedirle una revisión.

—Lola, por Dios —murmuré riendo.

—Cómo se nota que tú vas bien servidita, maja, si estuvieras como yo, que estoy a un paso de que se me reconstruya solo el himen, otro gallo cantaría.

—Cata, qué bien acompañada te veo —dijo el ginecólogo con una sonrisa que ni la de los anuncios de pasta de dientes.

—Son mis amigas, Martina y Lola.

a

—Yo soy la soltera, esa ya está pillada —soltó Lola, lo que provocó una sonora carcajada por parte del ginecólogo, esa a la que se unió la enfermera.

—Te podías dar un puntito en la boca, hija mía —protesté.

—Nada, nada. Este hombre tiene unos genes buenísimos para ser el padre de mis hijos.

—Lola, que te está escuchando —dijo Cata, intentando aguantar la risa.

—Mejor, así ya sabe mis intenciones.

—No creo que mi marido estuviera muy contento de perderme.

—¿Eres gay? —preguntó Lola con la cara descompuesta.

—Desde que tengo uso de razón, sí —sonrió él.

—Vaya por Dios, que me quedo con las ganas de una revisión —suspiró.

—Si quieres, te la hago, por eso no hay problema.

—Calla, condenado, que me iba a ir de aquí más cachonda todavía de sentir ahí tus manos y no poder hacer nada.

—No sé para qué te traigo —dijo Cata, un poquito roja por la vergüenza, pero sonriendo al tiempo que negaba con la cabeza.

—Porque soy la nota divertida de las tres, por eso. —Lola se encogió de hombros.

—Bien, echemos un vistazo a ese pequeñín —anunció el ginecólogo poniéndose en pie.

Acompañó a Cata a la camilla en la que se recostó y, tras levantarle la camiseta, cogió el gel y el ecógrafo para empezar.

En la pantalla se veía el útero de nuestra amiga más negro que una cueva, con esos tramos blancos de los que destacaba uno en concreto, pequeño y con un ligero movimiento.

—Este es el bebé —dijo señalando la pantalla.

—Yo ahí veo una mancha, me vais a perdonar, una manchita pequeña —comentó Lola.

—¿Se puede escuchar ya su corazón? —pregunté, y él sonrió al tiempo que asentía.

Empezó a tocar algunas cosas y, poco después, el rítmico y fuerte latido fetal llenó la estancia.

Miré a Cata y a la pobre se le caían unos lagrimones, por la emoción, que no era para menos.

Incluso Lola tenía los ojos vidriosos.

Nunca había escuchado el latido de un bebé en el útero materno, pero era una sensación preciosa.

Tras comprobar que el pequeñín, o pequeñina, estaba perfecto y tenía un buen tamaño y latido, El ginecólogo se puso en pie para ir hacia la mesa mientras Cata terminaba de limpiarse.

Estaba a punto de sentarse cuando la chica del mostrador llamó a la puerta, abrió y le pidió que saliera un momento pues una de las pacientes se sentía un poco mal.

—Enseguida vuelvo —nos dijo mientras él y la enfermera salían, a lo que las tres asentimos.

Cata y yo nos sentamos en las sillas frente al escritorio, mientras que Lola se inclinó sobre la mesa para ver aquella especie de escultura de la anatomía femenina de una mujer embarazada.

—Es que esto es alucinante —dijo mientras la observaba—. O sea, que aquí se forme vida es... increíble, ¿no os parece? Porque mirar qué hueco, es pequeño, de ahí que muchos al ser mayores acaben sufriendo un temor crónico a los espacios pequeños. Si es que, mirar dónde pasamos los primeros nueve meses de nuestra existencia, en un sótano sin vistas.

Cuando vi que Lola tocaba el bebé que había en ese útero de la escultura, temí que todo acabara mal, para el bebé de mentira, obviamente, y no me equivoqué.

Como si de una grabación que pasaba a cámara lenta se tratase, vi aquel bebé caer de la mano de Lola hacia la mesa, rebotar y acabar yendo hacia el suelo sin que ninguna pudiera hacer nada por evitarlo.

Por suerte parecía ser resistente y no se rompió, de lo contrario a ver cómo se lo habríamos explicado al ginecólogo.

—Qué leche se ha dado —dijo Lola cogiéndolo para volver a colocarlo donde estaba.

—Estás tú para ser matrona o ginecóloga, se te caerían todos de las manos —contestó Cata.

—Yo sé de una que casi se cae en la pila bautismal, no acabó nadando en ella de milagro, pero vamos, que el chichón en la frente lo tuviste —le dijo a ella.

—No sé para qué os conté aquello. —Volteó los ojos.

—Porque tenías dudas de que no fuera un accidente, dado que tus padres te querían tanto.

—Es verdad, siempre creí que mi madre dejó que me escurriera y no de manera accidental.

—Y así te quedaste, con la cabeza ida desde entonces.

Al escuchar a Lola nos echamos las tres a reír, y cuando se abrió la puerta y regresó el ginecólogo, nos callamos como niñas buenas y obedientes y dejamos que él hablara.

Le dio a Cata una serie de recomendaciones, le recetó unas vitaminas que le vendrían bien, pues en los análisis que se había hecho el día anterior había visto que tenía un poquito de anemia, le dijo que la chica del mostrador le daría cita para la próxima revisión, y nos despedimos de él antes de salir.

—Cata, tu ginecólogo va a ser el protagonista de mis sueños húmedos a partir de esta noche —dijo Lola.

—Algo me imaginaba. —Rio ella.

Le dieron cita para dos semanas después y ver cómo estaba de la anemia, y al salir a la calle decidimos ir a tomar un café con unos creps de Nutella.

El bebé estaba bien, pero la madre no tanto, pues se le notaba en la carita que pensaba en su padre. Aproveché que Lola fue al cuarto de baño para hablar con Cata.

—Sé que es duro —dije y me miró con el ceño fruncido—. Lo de Javier, me refiero.

—Sigo pensando en él y, ¿sabes? Si hubiera venido diciéndome que me quiere y pidiéndome perdón...

—Lo habrías hecho —interrumpí—. Le habrías perdonado con los ojos cerrados porque le amas.

—Sí —suspiró.

—No es malo que sea eso lo que quieres, Cata, y si pasa, sabes que estaré ahí para ti, siempre. Pero no olvides que su primera reacción a la paternidad fue marcharse y dejarte sola con el bebé.

—No se me olvida, no, pero ¿qué puedo hacer? Nadie puede luchar contra el amor, contra lo que siente hacia otra persona.

Razón no le faltaba. Lola volvió y saboreamos aquellos deliciosos creps antes de irnos a casa para nuestro merecido descanso.

Le dieron cita para dos semanas después y ver cómo estaba de la anemia, y al salir a la calle decidimos ir a tomar un café con unos creps de Nutella.

El bebé estaba bien, pero la madre no tanto, pues se le notaba en la carita que pensaba en su padre. Aproveché que Lola fue al cuarto de baño para hablar con Cata.

—Sé que es duro —dije y me miró con el ceño fruncido—. Lo de Javier, me refiero.

—Sigo pensando en él y, ¿sabes? Si hubiera venido diciéndome que me quiere y pidiéndome perdón...

—Lo habrías hecho —interrumpí—. Le habrías perdonado con los ojos cerrados porque le amas.

—Sí —suspiró.

—No es malo que sea eso lo que quieres, Cata, y si pasa, sabes que estaré ahí para ti, siempre. Pero no olvides que su primera reacción a la paternidad fue marcharse y dejarte sola con el bebé.

—No se me olvida, no, pero ¿qué puedo hacer? Nadie puede luchar contra el amor, contra lo que siente hacia otra persona.

Razón no le faltaba. Lola volvió y saboreamos aquellos deliciosos creps antes de irnos a casa para nuestro merecido descanso.

Capítulo 14



Había salido por la mañana un poco antes y esa tarde no regresaba al trabajo porque tenía otros planes...

Estaba tomándome una copita de vino mientras se hacía el pollo al limón y esperaba que llegara mi padre con Marta y Hanna.

Venían a comer a casa y porque le insistí a mi padre en que quería ser yo la anfitriona y la que cocinara, pues me hacía ilusión, me sentía en ese momento como los padres que recibían en casa a la pareja de sus hijos.

Ya tenía preparada una ensalada de pasta y unas croquetas de jamón que me salían de vicio, el pan de leña hecho rebanadas en una cestita, y la mesa puesta.

Por no hablar de ese pastel de manzana que se enfriaba en la nevera esperando que dieran un buen mordisco. Me consideraba una golosa sin remedio, qué le íbamos a hacer.

Eché un vistazo al pollo y estaba ya casi listo, tan doradito como a mi padre le gustaba, y es que, ¿cómo no mimarle a él en un día como ese, cuando él me había mimado todos y cada uno de los días de mi vida?

Cuando sonó el timbre dejé la copa en la encimera de la cocina, donde tenía preparada la botella de vino y dos copas para ellos, así como un refresco sin gas para la niña, y una tabla de quesos para picotear.

Sonreí al ir hacia la puerta y más aún cuando vi a mi padre, tan guapo como siempre, llevando en brazos a Hanna.

Debía reconocer que le sentaba muy, pero que muy bien, aquella pequeñaja en brazos.

—¡Bienvenidos! —grité al tiempo que levantaba los brazos.

—Hola, cariño. —Mi padre se acercó para darme un beso y cuando se apartó, miré a Hanna.

—A ti te voy a comer —le dije mientras la cogía en brazos—. ¿Se puede ser más bonita? Estás guapísima.

—Gracias —murmuró con timidez.

—Ah, no, de eso nada, canija —le advertí señalándola con el dedo—. La vergüenza cuando vengas a mi casa, la dejas en el coche.

—Le cuesta —dijo Marta con una sonrisa.

—Hasta que me coja confianza, y eso va a ser hoy mismo, como que me llamo Martina.

—Me encantará verlo. —Rio mi padre.

—Será que lo que quiero, no lo consigo. —Arqueé la ceja.

—Pues también es verdad, hija.

—Vamos, pasad. En la cocina hay vino y unos quesos para picar —dije sin bajar a la niña, que iba preciosa con aquel conjunto.

Pantalones vaqueros cortos con los hilillos deshilachados a modo de flecos, una camiseta rosa pastel con un par de corazones celestes en el centro y las deportivas blancas.

A mí me tenía loca esa niña, las cosas como eran.

Entramos en la cocina y mi padre no tardó en llenar las dos copas, entregándole una a Marta, y poner un poco más en la mía mientras yo le daba el refresco a Hanna.

Cogí un trozo de queso y se lo acerqué a la boca, ella me miró con una sonrisilla y se lo comió.

—Huele muy bien —dijo Marta.

—Pollo al limón, que, junto con la ensalada de pasta y las croquetas de jamón que hay de primero, son mi especialidad.

—Ahí donde la ves, no solo es buena en su profesión, sino que es una cocinera excelente.

—Bueno, bueno, sin exagerar, papá, que yo igual voy a Master Chef y me pongo tan nerviosa que no doy una.

—Si fueras allí, hija, dejarías a más de uno con la boca abierta.

—Quiero más —dijo Hanna señalando el queso.

—Claro que sí, mi niña, todo lo que quieras. Siéntate aquí. —La dejé en la encimera y le di la bandeja de queso para que cogiera, se hizo con dos trozos y un poco de pan.

—¿Te ayudamos a algo? —preguntó Marta.

—A nada, que ya lo tengo todo listo —sonreí.

—Vamos, que hemos venido a mesa puesta. —Rio.

—Efectivamente, y a comer a cuerpo de rey y reina. —Le hice un guiño y ella sonrió.

—¿Mi mami es una reina? —Curioseó Hanna tras dar un mordisco al queso mientras movía sus piernecitas, nerviosa.

—Obvio, ¿no ves la percha que tiene? Ya quisieran muchas reinas ser como ella.

—Entonces, ¿yo soy una princesa, mami?

—Claro que sí, mi vida —le contestó ella sonriendo.

—¿Una princesa Disney?

—Una princesa Disney.

—¿Cuál de todas te gusta más? —le pregunté, porque así iba anotando información en mi memoria para cuando llegaran los cumpleaños y días de Reyes, porque yo sabía que esa niña y su madre habían llegado para quedarse en la vida de mi padre.

—Elsa, de Frozen —contestó— Porque hace magia.

—¿Te gusta la magia?

—Sí —sonrió.

El horno dio aviso de que el tiempo de asado había llegado a su fin, así que fui a ver que el pollo estuviera en su punto y lo apagué, dejando que se mantuviera caliente.

Mi padre bajó a Hanna de la encimera, cogió la botella y su copa de vino y, seguido de sus chicas, fue hacia el salón para dejarlo en la mesa.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te quiero, Martina? —preguntó cuando regresó a la cocina, para llevarse

el pan.

—Muchas veces. —Reí.

—Pero hoy puedo decir que te quiero más aún. Te estás portando genial con ella.

—¿Y cómo no iba a hacerlo, hombre? Son un encanto las dos, y tú te mueres por ellas, qué menos que tratarlas como de la familia, que es lo que acabarán siendo. —Le hice un guiño y sonrió cogiendo el pan y la ensalada de pasta mientras yo me encargaba de las croquetas.

Nos sentamos a la mesa y yo me encargué de que me dejaran a la niña a mi lado, era pequeña, pero comía sola, todo bien troceadito, eso sí.

A cada bocado que daba hacía un sonidito de esos que dejaba claro que le gustaba, y su madre sonreía.

Después de comer y recoger la mesa, Hanna quiso quedarse conmigo en la cocina mientras preparaba el café, y ambas nos sometimos a un interrogatorio que ni los del FBI.

—¿Color favorito? —preguntó ella, que no dejaba de mover sus piernecitas en el aire mientras estaba sentada en la encimera.

—Rosa pastel —sonreí mirando a mi alrededor, y ella, que hizo lo mismo, se llevó la mano a la boca para tapar su risilla.

—El mío también. ¿Qué princesa Disney te gusta?

n

—Hum... Pocahontas, que a ella le gustaba correr por los bosques, y a mí por la orilla de la playa.

—¿Sabes nadar?

—Ajá. ¿Y tú?

—No —negó, moviendo la cabeza al mismo tiempo.

—¿No? —Abrí los ojos y me quedé mirándola, mientras ella sacudía la cabeza de un lado a otro.

—Pues tenemos que ponerle remedio a eso.

—¿Tú me enseñarías?

—Claro que sí, para eso están las hermanas mayores. —Le hice un guiño.

—Pero, no eres mi hermana. —Frunció el ceño.

—Pero a que te gustaría que lo fuera —sonreí, y después de unos segundos, ella también lo hizo y asintió—. Pues no se hable más. —Me puse delante de ella—: Yo te nombro mi hermana pequeña, y a mí, tu hermana mayor, *In nómine Patris et Fílii et Spíritus Sancti* —dije haciendo la señal de la Cruz ante ella.

—¿El café lo trae Juan Valdés desde Colombia? —preguntó mi padre entrando en la cocina.

—Sí, a lomos de su burro. —Me eché a reír—. Estábamos conociendo nuestros gustos —le dije mientras sacaba el pastel de manzana de la nevera.

—Ah, eso está bien —sonrió.

—Leo, Martina y yo somos hermanas ahora —le informo con una sonrisita en los labios.

—¿Hermanas? —Arqueó la ceja.

—Sí, es que me va a enseñar a nadar, porque yo no sé, y dice que eso es lo que hacen las hermanas mayores. A que sí, Martina.

—Claro que sí, canija —sonreí al tiempo que le daba un pellizco en la mejilla—. ¿Llevas el pastel, papá? —le pedí, y él asintió después de bajar a la niña de la encimera.

Saqué los platos y una bandeja y los coloqué junto con el café y las tazas, así como la leche y el azúcar.

Hanna resultó ser una golosa como yo, y acabó comiéndose dos pedazos bien grandecitos del pastel.

Cuando terminamos de tomar el café, Marta se empeñó en recoger y poner los platos y demás en el lavavajillas, momento que mi padre aprovechó para quedarse con Hanna y conmigo en el sofá.

—¿Qué peli vemos? —le preguntó a ella y sonreí, pues durante toda mi vida me lo había preguntado a mí.

—No sé, ¿cuál quieres ver, Martina?

—La que tú quieras, cielo.

—¿Tienes Disney? —me preguntó.

—No, tengo Netflix.

—Tranquila, que con las claves de Marta podemos poner Disney aquí —dijo mi padre.

—Ah, pues guay.

—No me digas más. —Entró Marta poco después riendo—. ¿La Sirenita?

—Sí, ¿mami, que aquí también podemos poner el Disney?

Marta suspiró, yo sonreí, y a mi padre se le caía la baba con aquella niña sentada en su falda.

l

Y no era para menos, pues la pequeña Hanna era un torbellino que entraba en tu vida arrasando con todo hasta colarse en tu corazón. Era un amor, una de esas personitas que podrías considerar como vitamina, pues con una simple sonrisa suya, conseguía hacer aflorar la nuestra.

Conocía bien a mi padre y sabía que esa niña y su madre ya se habían instalado en su corazón y lo habían hecho para quedarse.

—Martina. —Me llamó mientras me miraba.

—Dime, cielo.

—¿Tienes palomitas?

—Tengo toda clase de chuches para una perfecta sesión de cine. Ahora vuelvo.

—Vaya peligro tienen las dos juntas. —Escuché decir a mi padre y me reí.

Regresé poco después con un bol de palomitas, dos bolsas de regalices, una de ositos de goma, otra de fresas y una bandeja con chocolatinas.

—Madre mía, ¿tú no tienes problemas de azúcar? —preguntó Marta, muerta de risa.

—No, todos los niveles perfectos.

—No quiero ni pensar en tener que llevarla al dentista.

—Tranquila, que su hermana mayor correrá con los gastos —dijo mi padre con una risita.

—Si hay que ayudar, ayudo, papá, pero todo entero no lo pago que igual me toca vender un riñón.

—Ya será menos. —Rio.

—Toma, Leo. —La niña le ofreció un regaliz y mi padre abrió la boca para comérselo.

—Verás los dientes... —dije con la ceja arqueada, y acabamos los cuatro a carcajadas.

Pasamos la tarde allí, sentados viendo la película, y ver a mi padre tan feliz me hacía inmensamente feliz a mí.

Siempre estuvo ahí para cuidarme y guiarme, y ahora que tenía la oportunidad de estar para él, tenía claro que lo estaría hasta el último día.

—Toma, Leo. —La niña le ofreció un regaliz y mi padre abrió la boca para comérselo.

—Verás los dientes... —dije con la ceja arqueada, y acabamos los cuatro a carcajadas.

Pasamos la tarde allí, sentados viendo la película, y ver a mi padre tan feliz me hacía inmensamente feliz a mí.

Siempre estuvo ahí para cuidarme y guiarme, y ahora que tenía la oportunidad de estar para él, tenía claro que lo estaría hasta el último día.

Capítulo 15



Eran las once y acababa de terminar con una de mis clientas, cuando entró el chico de la empresa de reparto con el pedido de esa semana.

Al fin llegaba, puesto lo estaba esperando desde que abrimos, pero el que lo traía había tenido un accidente con la furgoneta y tuvo que ir un compañero a por todo lo que llevaba para ir haciendo el reparto.

El pobre tenía una cara que se notaba que se había comido varias broncas, así que me limité a sonreír con amabilidad cuando le firmé el albarán de entrega, y supe que al menos le había alegrado un poquito su jornada.

—Adiós, Consuelo, nos vemos la semana que viene —dijo Cata despidiéndose de una de sus clientas.

—Adiós, hija. Y acuérdate de lo que te he dicho, come galletitas saladas.

—Lo haré —sonrió.

Cuando me vio con las cajas fue a coger una y la detuve a lo justo.

—¿Dónde vas tú tan rápida, Correcaminos? —Arqué la ceja.

—Pues a ayudarte.

—Si coges una sola de esas cajas, con lo que pesa, te doy tal sopapo que te mando a casa volando.

—Joder, Martina, que las pequeñas no pesan.

—Pesan, pesan, para ti, pesan.

—Que estoy embarazada, no impedida. —Rio.

—Nada de peso, primera regla de la mujer embarazada.

—Esto es una cajita de nada, no pesa tanto.

—Cógela, que te mando para casa, pero ya.

—Vale, vale. —Levantó ambas manos—. Al menos me dejas abrirlas para ver dónde están los botes que tenemos que colocar en esas estanterías, ¿no? Digo, porque coger tres botes a la vez y colocarlos, sí que puedo.

—Eso sí, pero nada de llevar cajas al almacén.

A esa hora estábamos un poco más tranquilas, y Lola era la única que estaba ocupada puesto que le había tocado una sesión de láser con una de sus habituales.

Mientras Cata y yo revisábamos y colocábamos lo que iba a la vista de todo el mundo, le pregunté si tenía nombres pensados para el bebé, y dijo que había empezado a hacer dos listas, una para niño y otra para niña, y que iba apuntando en ellas esos que le venían a la cabeza o que, al escucharlos en algún sitio, le gustaban.

—La lista del niño tuve que repetirla.

—¿Por qué?

—Pues, porque el primer nombre que puse fue Javier, y Lola la quemó con un mechero.

—La madre que la parió. —Reí—. No lo has vuelto a poner, ¿no?

—Escrito en ella, no —sonrió—, lo tengo en la cabeza.

—No es por nada, pero ya te vale querer ponerle el nombre de su padre.

—Lola dice que soy un caso perdido.

—Ella no es que se encuentre mucho que digamos.

Estábamos terminando de colocar una de las cajas, cuando entró Amparo, una mujer de sesenta y cinco años que no los aparentaba y que venía todas las semanas, el mismo día, a peinarse para acudir a una de esas cenas que ofrecía el centro para mayores al que acudía desde hacía cinco años.

—Buenos días, niñas —saludó con una de sus sonrisas.

—Buenos días, Amparo. Cuando quieras pasamos al lavabo —le dijo Cata.

Ambas se fueron hacia la zona de lavar y yo me quedé allí colocando lo esencial, el resto iría al almacén.

Regresaba de allí cuando eran casi las doce, en el momento que se abrió la puerta, y a mí se me dibujó una sonrisa en los labios al ver a Borja. Como solía hacer cuando se pasaba a verme por sorpresa, traía un par de cafés y una caja con donuts cubiertos de esos glaseados dulces y de diferentes colores.

—Ya vienes con esas bombas de calorías que se me irán a las cartucheras. —Reí.

—Unas muy bonitas, por cierto. —Me hizo un guiño y se acercó para darme un par de besos.

—Borja, el día que te echas novia, se va a poner celosa cuando sepa que le traes el desayuno a tu ex.

—Una cosita te digo, Martina. El día que un servidor tenga novia, le llevará el desayuno a la cama si así lo desea, pero tendrá que entender que tú, aunque seas mi ex, eres mi amiga y has formado, formas y formarás parte de mi vida hasta que me entierren.

—¿Pues no decías que querías que te incinerasen? —dije cogiendo un donut.

—Tú me has entendido.

—Alto y claro. Pero vamos, que los celos y las miradas de querer matarme, los voy a sufrir yo. Si es que ya lo veo, la buena mujer cogiéndome por los pelos y tirando de ellos, que me voy a tener que poner extensiones si me deja calva.

—Mira que eres. —Rio y cogió otro donut.

Entre nosotros ya no había nada, ni lo volvería a haber, pero el cariño que sentíamos era mutuo y, quien no lo entendiera, tenía un problema, porque nosotros no.

Estábamos charlando y de pronto empezó a sonar en la radio una canción Becky G, y Borja no tardó en cogerme la mano y hacer que bailara con él.

—Borja, por Dios. —Me eché a reír, y él comenzó a cantar el estribillo.

—*Bailé con mi ex, y se sintió como la primera vez...*

No podía parar de reír mientras él nos iba llevando de un lado a otro, haciéndome girar y dejando mi espalda pegada a su pecho, con ambos brazos alrededor de mi cintura con nuestras manos entrelazadas.

Quien nos viera desde la calle pensaría que nos habíamos vuelto locos.

Borja era más alto que yo y tenía la barbilla apoyada en mi hombro, en un momento dado me besó el cuello y sonreí, no era un gesto sexual ni romántico, sino uno de esos cariñosos que tantas veces teníamos el uno con el otro.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —dijo y asentí.

—Qué gilipollas he sido. —Me sobresalté al escuchar la voz de Jorge y ambos nos giramos.

—Jorge.

—Quería darte una sorpresa, desayunar contigo, pero la sorpresa me la he llevado yo. ¿Te lo has pasado bien estos días haciéndome creer que no había nadie más en tu vida? —preguntó mientras seguía con el café en una mano y una caja de dulces en la otra.

—Jorge, no es lo que piensas.

—Una frase un poquito manida, ¿no te parece? No dije nada cuando le conocí, pero no te mira como un amigo, ni como un ex, te mira como un tío que quiere llevarte a la cama.

—Oye, que yo no...

—No, Borja —le corté—. Esto no va contigo.

—A ver, Martina, un poquito sí, que me está poniendo de depredador sexual, cuanto menos.

—¿Vas a venir tú a decir que él me mira como si quisiera llevarme a la cama? Porque te recuerdo, inspector, que la primera noche que cenamos me llevaste a tu casa con la excusa de que no podrías beber y conducir, y bien que me follaste hasta hartarte. ¿Y en la playa? ¿Qué me dices de todo lo que hicimos esa noche en la playa?

—Yo mejor me voy —dijo Borja, que incluso parecía sonrojado al escucharme, puesto que seguro que nunca se le pasó por la cabeza que yo fuera a hacer algo sexual en una playa.

—No, tú te quedas porque no estábamos haciendo nada malo.

—Os ha faltado poco para follar aquí mismo —soltó Jorge con toda la rabia del mundo.

—No te debo ninguna explicación, y, aun así, te la voy a dar para callarte esa asquerosa boca que tienes —dije acercándome a Jorge—. Borja es mi amigo, y como ha hecho muchas otras veces, aun sin ser pareja, me ha traído el desayuno para hablar un rato como los buenos amigos que somos. Ha empezado a sonar una canción que nos ha apetecido bailar y sí, la hemos bailado. ¿Qué crimen hemos cometido? Ninguno, ninguno en absoluto.

—He escuchado lo que ha dicho, y eso no se lo dices a una ex —rebatíó.

—Tal vez tú, a tu ex, no, porque no quedasteis como amigos, pero él y yo sí. Si no puedes con eso, si no puedes entender que Borja es y será parte de mi vida siempre, no hay más que hablar.

—¿Es que quieres follar con los dos? Eso...

¡Zas! Le di una bofetada con toda la mano abierta sin dejar que siguiera hablando, no quería escuchar más tonterías saliendo de su asquerosa boca.

El escozor que sentí en ese momento en la palma de la mano tras la bofetada, para mí se quedaba, no pensaba dejar que viera que me dolía el hecho de haberle abofeteado.

Jorge aguantó aquello como un campeón, con la mandíbula apretada eso sí, pero con un estoicismo digno de admirar, ni siquiera se llevó la mano a la mejilla, esa que empezaba a ponerse de un tono rojizo con la marca de mis dedos en ella.

No dijo nada, miró hacia mi espalda, donde sabía que seguía Borja parado como un espectador sin querer intervenir, y volvió a mirarme a mí.

—Si no tienes más gilipolleces que decirme, ni nada más que reprocharme, vete de aquí porque no quiero seguir viéndote la cara. ¿En serio se te ha podido pasar por la cabeza que me acostaría de nuevo con mi ex? Es una jodida locura. —Me giré para mirar a Borja—. Y no te ofendas, que sabes que siempre diré que estás buenísimo y tienes un «polvazo».

—Yo. —Borja se llevó dos dedos a la boca simulando ser una cremallera que cerraba.

—Nunca, jamás en mi vida, he estado con dos personas a la vez, eso es algo que no me parece justo para nadie. Puede que entre nosotros no haya nada serio, pero si me acuesto contigo, no lo hago con nadie más, te doy el respeto y el lugar que mereces en mi vida. Ahora, si piensas que puedo hacer eso, vete y ni siquiera te molestes en llamarme. No quiero saber nada de ti si de verdad crees que quiero follarme a dos tíos y ver con quién podría acabar quedándome, como si decidiera entre dos putas camisetas.

Jorge me miró unos segundos y, sin decir una sola palabra, salió de allí.

—Martina. —Borja se acercó, y como me conocía bien, no dudó en hacer que me girara para abrazarme.

—Jamás haría eso que piensa —dije, intentando no llorar, con un nudo en la garganta que me impedía tragar.

a

—Lo sé, y cuando él se dé cuenta de que la ha cagado, vendrá a pedirte perdón.

—Pues se lo puede meter por donde le quepa.

—Sabes que, si se arrastra como una culebra, le vas a perdonar —sonrió.

—¿Cómo ha podido pensar que nosotros...?

—En su defensa diré que, a ojos de cualquiera, estábamos tan cerca que bien podría parecer que acabaríamos follando en el cuarto de las escobas.

—Borja, así no me ayudas. —Se me escapó una lágrima.

—Venga, no llores. —Me secó la mejilla y me dio un beso en la frente—. Esto se arreglará, seguro.

—No, si piensa eso de mí, ya te digo yo que no hay arreglo posible. Tú lo has dicho, si nuestras parejas no entienden que somos amigos y que nos queremos como tal, ya sabes lo que dicen, mejor sola que mal acompañada.

—Ay, Martina. —Borja suspiró y volvió a abrazarme.

Me sentía tan dolida por lo que había dicho Jorge, ¿cómo pudo pensar eso?

Y me ponía en su lugar, en si hubiera sido yo la que le hubiera visto a él con su ex, pero le dije que éramos buenos amigos, ¿no?

Qué mínimo que creer en mí y no pensar que me estaba follando a otro, al mismo tiempo que estaba con él.

—Pues se lo puede meter por donde le quepa.

—Sabes que, si se arrastra como una culebra, le vas a perdonar —sonrió.

—¿Cómo ha podido pensar que nosotros...?

—En su defensa diré que, a ojos de cualquiera, estábamos tan cerca que bien podría parecer que acabaríamos follando en el cuarto de las escobas.

—Borja, así no me ayudas. —Se me escapó una lágrima.

—Venga, no llores. —Me secó la mejilla y me dio un beso en la frente—. Esto se arreglará, seguro.

—No, si piensa eso de mí, ya te digo yo que no hay arreglo posible. Tú lo has dicho, si nuestras parejas no entienden que somos amigos y que nos queremos como tal, ya sabes lo que dicen, mejor sola que mal acompañada.

—Ay, Martina. —Borja suspiró y volvió a abrazarme.

Me sentía tan dolida por lo que había dicho Jorge, ¿cómo pudo pensar eso?

Y me ponía en su lugar, en si hubiera sido yo la que le hubiera visto a él con su ex, pero le dije que éramos buenos amigos, ¿no?

Qué mínimo que creer en mí y no pensar que me estaba follando a otro, al mismo tiempo que estaba con él.

Capítulo 16



Tres días habían pasado desde que Jorge apareció por el salón y que todo explotara por los aires.

No había tenido noticias de él ni el jueves ni el viernes, y ya no las esperaba tener hoy sábado, además, me había levantado de lo más pesimista.

Me fui hacia la cafetería para desayunar antes de entrar a trabajar la mañana y cerrar hasta el lunes, cosa que me apetecía mucho, necesitaba pasar el fin de semana metida en mi casa sola.

—Buenos días, chicas. —Me senté con desgana y saqué la cajetilla de tabaco.

—Buenos días, hija, qué mala cara traes, vas de mal en peor.

—Se lo podrías decir de otra manera. ¿No ves lo mal que lo está pasando?

—Mi niña preciosa, Martina. Se te ve la tristeza reflejada en tu rostro y por día que pasa, está más pronunciado el dolor. ¿Qué podemos hacer por nuestra jefa y amiga? —bromeó.

—Pues así es como deberías de hablar —dijo Cata haciendo que nos tuviéramos que echar a reír. Pobre inocente que soñaba con cambiar a Lola a estas alturas.

—Mira la has hecho reír —dijo Lola, cuando yo aún tenía la carcajada en la cara y mi mirada se cruzó con la de Jorge. La risa se me cortó de golpe. Las niñas se dieron cuenta y miraron en mi misma dirección. Jorge me miró fijo y paralizado con cara de odio, de creer que yo estaba feliz de la vida. Luego de intimidarme unos segundos, continuó andando, alejándose hacia su casa.

—Joder —murmuró Cata que estaba tan paralizada como yo.

—Esto no me puede estar pasando a mí. —Di una calada al cigarrillo y me eché el pelo hacia atrás. Estaba temblando y me encontraba en el más absoluto *shock*.

No me había reído en estos días ni una sola vez, me costaba hasta sonreír por amabilidad, y justo cuando me ve, me encuentra a carcajada limpia, de esas que se podían escuchar por toda la calle. No podía tener más mala suerte

Ni desayuné, eso sí, para relajarme más me tomé dos cafés. Léase con ironía.

La mañana en el salón fue de lo más larga y pesada, me costaba hasta respirar y mi cabeza no estaba donde tenía que estar, pero vamos, demasiado que aún tenía porque era para perderla por completo.

Estuve tentada de escribirle, pero finalmente no me atreví, justificar la risa no valdría de nada y él debía estar pensando de que yo era una mujer fría y sin escrúpulos.

Salí del trabajo y aunque las chicas me intentaron animar yendo a comer con ellas, finalmente no lograron convencerme, y es que no tenía ni las más mínimas ganas, solo necesitaba estar sola en mi sofá y llorar todo eso que había dentro de mí.

Mi padre se había ido a pasar el fin de semana con sus chicas a la casa que Marta tenía de sus padres en un pueblo así que lo llamé para preguntarle cómo estaban y luego me puse el pijama para tirarme en el sofá, lo que menos ganas tenía era de comer.

Justo cuando iba a cerrar los ojos me entró una notificación y me quedé paralizada al leer su nombre.

Jorge: *Ríe tanto como puedas, pero que no se te olvide que el karma no se queda con nada de nadie. Contigo pensé que sí que había mujeres que merecían la pena, pero contigo precisamente me llevé la decepción más grande de mi vida. Sé feliz y te deseo de corazón mucha suerte, las personas como tú, tarde o temprano, la terminan necesitando.*

Los lagrimones me caían como puños. Leí una y otra vez aquel texto que tantos clavos ardiendo tenía y que iban directos a darme en todo el corazón. No pude evitar contestarle.

Martina: *Tú no tienes corazón ni empatía por nadie. Lo que tú pienses no me define a mí, pero sí a ti. No me merezco esto que me estás haciendo. Te pido por favor que no me escribas para hacerme sentir mal, que ya está bien de tener que cargar con un San Benito que no me corresponde.*

1

Silencié el móvil y lo puse bocabajo después de enviar el mensaje. Cerré los ojos mientras las lágrimas no dejaban de caer por mis mejillas. Sentía como si me estuvieran arrancando la vida y no tuviera una sola razón para volver a ser feliz.

No podía dormir ni tampoco dejar de llorar. Me puse en posición fetal abrazada a un cojín y así me quedé por lo menos dos horas, de las cuales dormí los últimos veinte minutos.

Me levanté y me preparé un café, no quise ni mirar el móvil, me daba pánico, sentía que, si había un mensaje, ese

me iba a terminar de hundir.

.

Sentía mucho dolor al mirar hacia atrás y ver lo que fuimos y cómo nos fundimos en uno disfrutando hasta la saciedad, para luego acabar peleados por algo que no era real y que no tenía que ver con lo que él había interpretado. No había que olvidar que, para rematar el mal, esas risas con las que me pilló fueron en el momento más inoportuno. Me maldecía por todo pese a no tener culpa de nada de lo que me acusaba.

Me tomé el café en el patio trasero mientras me fumaba un cigarrillo sentada en un banco de madera que tenía a un lado. Estaba desolada, triste, con la mirada perdida y sintiendo que mi mundo se había desmoronado por completo y que no había ningún aliciente que me hiciera ver que mañana sería más bonito.

Cuando había pasado una hora de haberme levantado no me pude contener más y miré si tenía alguna notificación: tenía una de las chicas preguntándome por el grupo cómo estaba y a las que contesté con un mensaje de voz que todo iba de mal en peor y luego había otro mensaje que era de él y que me daba temor abrir, pero al final, después de un buen rato, me decidí a hacerlo.

,

Jorge: *Tranquila que no te molesto más. Puedes seguir tranquilamente disfrutando de todas tus conquistas...*

Esta vez no le iba a contestar, no le iba a dar el gusto de hacerlo y menos cuando no se lo merecía. En el fondo sabía que Jorge no era un mal hombre, pero este asunto y la manera en la que lo vio todo, lo hizo volverse de esa manera que lo llevó a perder los papeles, porque los había perdido por completo y eso era lo que más me dolía, que yo fuese el motivo sin causa justificada.

La tarde la pasé metida en la cocina, aunque no tenía el menor de los apetitos me puse a cocinar una carne que había comprado el día anterior y que la quería guisar para al día siguiente echarle unas patatas.

Puse de fondo a Pablo Alborán y no pude llorar más escuchando a ese artista mientras cortaba la verdura y hacía el guiso. Cada canción tenía algo que parecía que iba conmigo y con Jorge, con esa historia que para mí tenía la corazonada de que iba a tener un final feliz, pero me equivoqué por completo.

La historia había sido breve pero intensa, además de pasional, porque eso era lo que más la había marcado, esa pasión y tensión que sentíamos el uno por el otro y que era el que nos llevó a vivir momentos de lo más fogosos.

1 Se había pasado tanto que era tan difícil que todo diera marcha atrás, y eso era lo que más me dolía. Sus palabras no solo habían sido hirientes, sino que no me las merecía y venir de su boca era de la peor forma que las podría haber recibido.

Tampoco cené, ese nudo no me dejaba casi traspasar ni el agua, era tan grande que ahogaba, como mis lágrimas que salían a cántaros.

Lo había tenido todo en mis manos y de golpe y porrazo, de la misma manera que me lo había arrebatado. La vida

era una noria, eso decía mi padre siempre, y cuánta razón tenía...

Me metí en la cama temprano ya que solo quería conseguir cerrar los ojos y desconectar quedando dormida a pesar de que sabía que me iba a costar mucho trabajo, pero el simple hecho de abrazarme a la almohada bien fuerte y desahogarme con ella, ya me consolaba.

Y yo que me veía viajando con Jorge por la India y Nepal y viviendo un sueño junto a él...

l,

era una noria, eso decía mi padre siempre, y cuánta razón tenía...

Me metí en la cama temprano ya que solo quería conseguir cerrar los ojos y desconectar quedando dormida a pesar de que sabía que me iba a costar mucho trabajo, pero el simple hecho de abrazarme a la almohada bien fuerte y desahogarme con ella, ya me consolaba.

Y yo que me veía viajando con Jorge por la India y Nepal y viviendo un sueño junto a él...

Capítulo 17



Los días pasaban y estaba siendo todo un asco.

No tenía ganas de nada y cuando me miraba en el espejo, veía esas profundas y oscuras ojeras que no dejaban lugar para las dudas, no dormía bien.

Las cubría con maquillaje, pero yo sabía que estaban ahí, y las niñas también.

Durante toda la mañana trataron de animarme, en realidad lo habían estado haciendo cada día, y más aún desde el momento en el que Jorge me dijo aquellas cosas por mensaje el día que me vio riendo.

Ni que hubiera cometido un crimen por reírme después de tantos días sin hacerlo y, peor aún, ni que el hecho de acabar en buenos términos con una pareja y que la relación fuera amigable, fuera un jodido pecado mortal.

Había quedado para comer con mi padre, Marta y la niña, y le tenía una sorpresita a ella, que esperaba le gustase.

Antes de salir del trabajo me di una buena capa de maquillaje con la esperanza de que mi padre no notase esa cara de muerto viviente que tenía, como decía Lola, y decidí a poner la mejor de mis sonrisas ante él, pues me conocía muy bien y a la mínima que me saliera de la línea prevista, me miraría como siempre, arquearía la ceja y preguntaría sin hablar.

Llegué al restaurante donde me esperaban y, nada más verme entrar, Hanna corrió hacia mí extendiendo los brazos.

—¡Hermana! —gritó a todo pulmón, y quienes nos vieron, sonrieron ante la efusividad de mi chiquitina.

—Hola, cariño. Pero qué guapa vas hoy —dije mientras la bajaba.

—Es nuevo, me lo ha regalado Leo —contestó con una sonrisa de esas que toda pequeña princesa ponía al hablar de su padre, aunque él no lo fuera.

Para ver a mi niña lo presumida que estaba siendo en ese momento, cogiendo el vestido azul celeste con topitos rosa pastel por ambos lados y girando sin dejar de sonreír.

Fuimos hacia la barra donde estaban esperándonos, saludé a cada uno con un par de besos, y aproveché para darle el regalo a Hanna.

—¿Para mí? —preguntó al coger la bolsa, que casi era más grande que ella.

—Sí —sonreí.

Sacó un regalo, lo abrió, y empezó a chillar al ver aquella muñeca de Elsa, abrazando la caja como si fuera un tesoro.

El segundo regalo era una mochila, también de Elsa de Frozen, con un estuche de ella lleno de pinturas de colores y un cuaderno para colorear.

El último era el más grande, y cuando rompió el papel y abrió la caja, se quedó con la boca abierta.

Un pijama de verano, que estaba ya a las puertas, y otro para cuando llegara el invierno, zapatillas para estar por casa y un albornoz de su princesa Disney favorita.

—¿Te gusta? —pregunté.

—¡Me encanta! —Se lanzó a mi cintura para abrazarme—. Muchas gracias, hermana mayor.

—Ay, ¡que te como! —La cogí en brazos y empecé a darle besos en la mejilla, haciendo que ella se riera lo más grande.

—Me da que mi hija os tiene a los dos en el bote. —Rio Marta—. Miedo me da saber qué le encargaráis a los Reyes, si seguimos viéndonos.

—¿Es que pretendes que no sea así, pequeña? —preguntó mi padre con la ceja arqueada, y ella se sonrojó.

—Bueno, yo...

—En Reyes, y hasta para cuando la niña haga la comunión, me da a mí —dije con una sonrisa y un guiño hacia ambos.

Fuimos a la mesa y allí, a pesar de mis esfuerzos por sonreír y no dejar que me vieran la pena en el rostro, mi padre no era tonto y me conocía la mar de bien.

Acabé diciéndole que era una cosa de mal de amores.

Pedimos la comida y, no habían hecho más que traernos los primeros, cuando vi pasar a alguien por mi lado con el mismo olor del perfume que usaba Jorge. Suspiré, porque hasta eso me recordaría el resto de mi vida al hombre que amaba, y al mirar hacia arriba...

Le vi a él, yendo a sentarse en una mesa a unos metros de la nuestra, con otra mujer.

—¿Martina? —Mi padre me llamó y cuando noté su mano sobre la mía, le miré y sentí una lágrima cayendo por mi mejilla.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando.

—¿Qué te pasa, cielo? —preguntó Marta, preocupada.

—Está aquí, con otra —murmuré secándome las lágrimas.

—¿El responsable de tu mal de amores?

—Sí, papá, ese mismo. Allí. —Hice un leve gesto con la cabeza para señalar a Jorge, y mi padre y Marta miraron.

Por suerte la pequeña estaba distraída con su comida y viendo el libro de colorear que tenía en el regazo.

Suspiré y les conté todo, no quería preocupar a mi padre pero si no le decía qué era lo que me tenía así, sería lo que conseguiría.

Marta se quedó boquiabierta, y mi padre despedía gente con aquella mirada de asco que le dedicó a Jorge.

—Si ese hombre no entiende que tienes una buena relación con Borja, es que no te merece —me dijo, y Marta asintió.

—Se ve que no lo entiende, no. —Me encogí de hombros—. Sé que se dice que donde hubo fuego, llamas quedan pero, si en su momento dos personas decidieron romper la relación y seguir caminos separados, ¿por qué iba a querer volver con él?

—A veces las personas se sienten amenazadas por la sombra de los ex —comentó Marta—. El miedo a ser comparados con esa persona que en un momento fue especial para nosotros, las dudas de si al encontrarse una noche por casualidad esa llama volverá a encenderse —sonrió al tiempo que negaba moviendo la cabeza de un lado a otro—. Martina, el miedo puede ser muy traicionero cuando tenemos sentimientos hacia otra persona.

—Ese hacia mí no los tiene —negué—, de lo contrario, no estaría ya con otra mujer.

Cuando miré hacia su mesa, se me vino el mundo encima.

l

Jorge le cogía la mano por encima de la mesa, acariciándosela mientras la miraba con una tierna sonrisa en los labios, al igual que la tenía ella.

—Con la de sitios que hay, y tenía que venir aquí precisamente —murmuré.

—Si quieres nos vamos, hija.

—No, no, papá. No vamos a irnos por ese... ese...

—¿Idiota? —dijo Marta con una sonrisa.

—Por llamarlo finamente —contestó mi padre.

—Sí, eso —sonreí—. Mientras no se me indigeste la comida, no vamos mal. Porque yo me quiero comer un postre que he visto llevar a una de las mesas que tiene una pinta...

Y aunque me costó mucho no dedicarle miradas al hombre que removía todo mi cuerpo, del que, sin lugar a duda, me había enamorado hasta el tuétano, procuré no mirarle más de la cuenta y que él se percatase de ello.

No me podía creer que hacía unos días me dijera tan mordazmente que me estaba acostando con él y con mi ex al mismo tiempo, y que ahora se mostrara tan cariñoso y atento con otra mujer.

Se me hizo un nudo en la garganta y sentí esas inmensas ganas de llorar.

Me disculpé con mi padre y Marta y fui al cuarto de baño, donde me encerré en uno de los aseos para sentarme a llorar, en silencio eso sí, y que nadie que entrara pudiera escucharme.

Tenía el corazón «partío», como cantaba Alejandro Sanz, y sentía que de esa me iba a costar levantarme y remontar el vuelo de nuevo.

Era duro enamorarse de alguien tan intensamente como yo lo había hecho y que en apenas un segundo, todo se fuera al traste.

Me sequé las lágrimas, salí de aquel rincón en el que había desgarrado mi alma y me refresqué un poco en el lavabo.

En el momento en el que abrí la puerta para regresar con mi familia, me topé con esa mujer que sonrió con amabilidad cediéndome el paso para que pudiera salir.

No me quedé más tiempo del necesario allí, y cuando llegué a la mesa vi que Jorge me observaba con ese mismo semblante que había tenido en la cafetería.

Me senté ignorándole, sonreí a Hanna cuando me habló y dijo que estaba deseando empezar a colorear su libro nuevo, y le acaricié la barbilla antes de besarle en la frente.

Bendita inocencia, esa en la que no éramos conscientes del dolor de los mayores por culpa de otras personas.

Y pensar que defendí a Jorge ante una Lola casi desquiciada que decía que ese hombre estaba ahí por lo que estaba...

Ahora era yo quien tenía que comerme mis palabras, tragarlas y digerirlas sin pensar más en ello.

El resto de la comida con ellos miré con disimulo a su mesa, quería cerciorarme de que realmente ese hombre había conseguido pasar página y que, lo que tuvimos, le importaba bien poco.

e

Qué ironía la suya, tratarme como a una mujer sin moral, cuando él era mucho peor que eso de lo que, injustamente, me acusaba.

No me quedé más tiempo del necesario allí, y cuando llegué a la mesa vi que Jorge me observaba con ese mismo semblante que había tenido en la cafetería.

Me senté ignorándole, sonreí a Hanna cuando me habló y dijo que estaba deseando empezar a colorear su libro nuevo, y le acaricié la barbilla antes de besarle en la frente.

Bendita inocencia, esa en la que no éramos conscientes del dolor de los mayores por culpa de otras personas.

Y pensar que defendí a Jorge ante una Lola casi desquiciada que decía que ese hombre estaba ahí por lo que estaba...

Ahora era yo quien tenía que comerme mis palabras, tragarlas y digerirlas sin pensar más en ello.

El resto de la comida con ellos miré con disimulo a su mesa, quería cerciorarme de que realmente ese hombre había conseguido pasar página y que, lo que tuvimos, le importaba bien poco.

Qué ironía la suya, tratarme como a una mujer sin moral, cuando él era mucho peor que eso de lo que, injustamente, me acusaba.

Capítulo 18



Esa mañana, días después de haber visto a Jorge con otra, llegué a la cafetería para desayunar con mis chicas favorita, quienes ya estaban allí esperándome.

—¿Y esas caras? —pregunté al verlas.

—Cuéntale, Cata, cuéntale a Martina por qué tengo yo esta cara —dijo Lola, y miré a Cata, que tenía los ojos de haber estado llorando.

—¿Qué pasa, Cata?

—Pasa —contestó Lola, que parecía que tenía muchas ganas de ser ella quien me contara todo—, que el militar lleva unos días detrás de ella para que hablen. Y esta, que de buena que es, parece tonta y todo el mundo la engaña, ayer acabó quedando con él para hablar. Pero que te cuente ella de lo que hablaron, que yo me quedé de piedra.

—¿Qué te dijo? —Me estaba preocupando que fuera a querer quitarle al bebé o algo así cuando naciera, porque eso sí que no se lo iba a permitir.

—¡Que está casado! —soltó Lola, sin dejar hablar a Cata, y la miré con los ojos abiertos y a puntito de salirse de las cuencas— ¿Te lo puedes creer? El jodido militar está casado, y a esta pobre tonta la tenía de amante y sin que lo supiera. Y creyéndole cuando le decía que se iba con los amigos, hay que joderse —resopló—. O al menos estaba casado hasta hace una semana, porque resulta que se está separando, que le ha enseñado a Cata todos los papeles. Ahora dice que hacía tiempo que no estaba bien con la mujer y que se enamoró de Cata, ¿es o no es para flipar, Martina? Pero vamos, Cata, cuéntale la mejor parte.

—¿Me vas a dejar a mí? —gritó Cara con lágrimas en los ojos— Porque lo has dicho tú todo, si quieres, puedes continuar.

—No, esa parte mejor la cuentas tú, que a mí me da hasta asco que ese hombre sea capaz de pedirte eso.

Miré a Cata y mis temores aumentaron. Por muy militar que fuera no iba a permitirle que hiciera nada contra mi amiga y su bebé.

—¿Cata? —La llamé y me miró.

—Me ha pedido perdón, Martina, pero no he podido perdonarle. —Se secó las lágrimas.

—Y quiere volver con ella —añadió Lola—. El «picha brava» al parecer se ha dado cuenta de que la quiere a ella y la echa de menos. Vamos, que desde que lo dejara con la mujer, debe tener los huevos bien cargaditos y quiere un desahogo.

—¿Por qué tienes que ser así, Lola? —gritó Cata— ¿Por qué no puedes simplemente creer está diciendo la verdad? Yo sé que me quiso, tal vez no hizo algunas cosas bien...

—¡Te mandó a la mierda cuando le dijiste que estabas embarazada! —chilló Lola— Y perdona que ahora no me crea que se arrastre como una culebra pidiéndote perdón porque te quiere y necesita que volváis.

—Pero puede que sea verdad, Lola —dije.

—Tú mejor no opines, que también te dije lo que pensaba del poli, y nada, ni caso. ¿Ahora que está follando con otra lo ves más claro? —preguntó cruzándose de brazos.

—Ya estoy aquí, amores míos —dijo Nancy acercándose a la mesa—. Uy, ¿y esas caras de oler a mierda?

—¿Veis? Hasta aquí apesta el asunto del militar y el poli, que Nancy también lo huele.

—¿Qué asunto es ese? —preguntó mientras se sentaba.

—Te resumo —contestó Lola—. Lo de que el poli estuvo comiéndose a otra ya lo sabes, así que vamos con el plato fuerte de la semana. El militar, que estaba casado mientras se follaba a esta inocente criatura a la dejó preñada, y ahora que se está separando, le pican los huevos y quiere volver con ella.

—Eres de un vulgar, Lola —se quejó Cata.

—No, cariño, digo verdades como templos. —Se encogió de hombros.

—O sea, que el padre ahora viene arrepentido y arrastrándose —dijo Nancy.

—Eso mismo he dicho yo —contestó Lola.

—¿Y tú qué piensas de eso, cielo? —Nancy le cogió la mano a Cata y esta, con una mirada, se lo dijo todo—. Aú

le amas —sonrió.

—Si es que es tonta, os lo digo yo —Lola resopló y me quitó un cigarro del paquete.

—No soy tonta, ¿vale? —gritó llorando— Le quiero, y eso no es un pecado, es una mierda, Lola, porque me hizo mucho daño y aun así...

—Estás pensando en perdonarlo. —Nancy acabó por ella.

—No, ya le he dicho que no puedo. —Seguía llorando, y eso me mataba.

—Y él dice que no va a parar hasta que vuelvan a estar juntos —añadió Lola—, que eso no os lo ha contado la señorita.

—Mira, Cata, lo que te hizo no estuvo bien, y que encima ahora te enteres, después de tanto tiempo, que estaba casado, pues a ver, es una guarrada —dijo Nancy—. Pero al final tendrás que hacer lo que te diga el corazón.

—Buenos días. —Nos giramos al escuchar la voz de un chico y vimos que era un repartidor—. Tengo una entrega para Cata, la chica que trabaja en el centro de ahí al lado.

—Soy yo —contestó ella, poniéndose en pie, y el chico le dio la caja.

—Si me firma aquí...

Ella lo hizo, el repartidor se despidió y Cata volvió a sentarse con la caja en la mano.

Al abrirla nos encontramos dos rosas rojas, una caja de bombones, una pulsera de oro de lo más fina con un chupete colgando, un babero de ositos, unos patucos blancos y un bodi de bebé en el que ponía: «Tengo a la mejo mamá».

Todo ello acompañado de una nota de Javier.

«Seguiré arrepintiéndome toda mi vida, y esperando que me perdones. Que te quería, y te quiero, es verdad. Y si me lo permites, desearía ser el padre que nuestro bebé merece. Javier»

—¿Pues no me ha hecho llorar y todo, el muy jodido? —dijo Nancy, secándose las lágrimas.

—A esta le ha mojado hasta las bragas —soltó Lola señalando a Cata—. Verás qué poco tarda en volver con él.

—Pues si vuelve, ha vuelto —grité—. ¿O es que todo el mundo tiene que ser como tú, una persona amargada y nrevenida por el amor? Es el padre del bebé, y sí, hizo mal en darle una patada cuando lo supo, pero joder, hasta lo:

criminales tienen una segunda oportunidad para redimirse.

—Con lo que me estás diciendo, Martina, si el poli viene arrastrándose como el militar, vas a tardar poco tú también en volver con él —resopló.

—Niña, qué bonito lo que te ha mandado —comentó Nancy—. Trae, deja que te ponga la pulsera.

—No sé si debería —murmuró Cata.

—Anda que no. —Volteó los ojos—. Tú pónlela que es una preciosidad. Hazlo por el bebé —sonrió llevando la mano a su barriguita, esa donde se veía una ligera curva.

—Vosotras seguir animándola, que al final vuelve con ese gilipollas y hasta se casan, que lo estoy viendo venir.

—Lola, en serio, háztelo mirar, porque lo tuyo es grave.

—Yo mejor sigo con mi vibrador, que ese, ni me engaña, ni está casado, ni se folla a otra después de hacerme sentir como la mierda. Solo me pide pilas nuevas cuando se está descargando.

—Bueno, yo voy a por vuestros desayunos que si me ve el jefe de cháchara, capaz de bajarme el sueldo. —Nancy se puso en pie, le dio un beso a Cata y se fue con una sonrisa hacia dentro.

Al mirar a la puerta me topé con la mirada de Jorge, esa que tenía el mismo odio que la otra vez cuando me encontró riéndome aquí mismo.

—El que faltaba para terminar de tener una mañana de película de terror —dijo Lola—. Al menos este no ha mandado regalitos con una nota, se va como el cobarde que es.

r

Y mientras él se iba, mi corazón se partía un poquito más, porque cuando se amaba tanto a una persona y le permitías ser dueño de ese músculo que te mantenía con vida, cuando lo aplastaba sin el menor pudor, dolía, dolía demasiado, y la herida seguía sangrando cada día mucho más.

criminales tienen una segunda oportunidad para redimirse.

—Con lo que me estás diciendo, Martina, si el poli viene arrastrándose como el militar, vas a tardar poco tú también en volver con él —resopló.

—Niña, qué bonito lo que te ha mandado —comentó Nancy—. Trae, deja que te ponga la pulsera.

—No sé si debería —murmuró Cata.

—Anda que no. —Volteó los ojos—. Tú póntela que es una preciosidad. Hazlo por el bebé —sonrió llevando la mano a su barriguita, esa donde se veía una ligera curva.

—Vosotras seguir animándola, que al final vuelve con ese gilipollas y hasta se casan, que lo estoy viendo venir.

—Lola, en serio, háztelo mirar, porque lo tuyo es grave.

—Yo mejor sigo con mi vibrador, que ese, ni me engaña, ni está casado, ni se folla a otra después de hacerme sentir como la mierda. Solo me pide pilas nuevas cuando se está descargando.

—Bueno, yo voy a por vuestros desayunos que si me ve el jefe de cháchara, capaz de bajarme el sueldo. —Nancy se puso en pie, le dio un beso a Cata y se fue con una sonrisa hacia dentro.

Al mirar a la puerta me topé con la mirada de Jorge, esa que tenía el mismo odio que la otra vez cuando me encontró riéndome aquí mismo.

—El que faltaba para terminar de tener una mañana de película de terror —dijo Lola—. Al menos este no ha mandado regalitos con una nota, se va como el cobarde que es.

Y mientras él se iba, mi corazón se partía un poquito más, porque cuando se amaba tanto a una persona y le permitías ser dueño de ese músculo que te mantenía con vida, cuando lo aplastaba sin el menor pudor, dolía, dolía demasiado, y la herida seguía sangrando cada día mucho más.

Capítulo 19



Esa última semana había sido una locura.

Javier estuvo enviando regalos a Cata cada día, ella sonreía y yo veía que su corazón se iba ablandando y acabaría por perdonar a ese hombre que tanto amaba.

Lola, en su línea, decía que no podía perdonar aquella bajeza, pero ¿quién puede pedirle al corazón que olvide un gran amor?

Joder, pero si ni siquiera yo podía hacerlo.

Para colmo de mis males había estado viendo cada maldita mañana a Jorge pasar por la cafetería, pero a ver, no iba a decirle que se fuera a otro barrio a vivir, que cada uno tenía el derecho de vivir dónde le diera la gana.

Me moría cuando sus ojos me miraban con ese gesto serio, pero más me moría al saber que iba a amarle el resto de mi vida sin tener una posibilidad de volver con él.

—Buenos días, bonita —sonreí al escuchar la voz de Borja, le miré y ahí estaba él con dos cafés y unos bollitos de nata.

—Hola. —Me dio un abrazo y ahí me derrumbé, dejando que las lágrimas que no había derramado en esos días, brotaran sin consuelo.

—Vamos dentro, anda —dijo, y aproveché que Cata estaba allí parada esperando su próxima cliente, para entrar en el almacén con Borja, donde lloré lo más grande mientras él me observaba en silencio.

Cuando acabé de llorar me dio pañuelo y sequé mis mejillas, esas por las que las lágrimas habían ido bajando sin control.

—Bebe. —Me dio al café y di un sorbo—. No te pregunto cómo estás, porque ya lo veo. ¿No has hablado con él? —negué.

—Solo le he visto por aquí, mientras desayunaba con las niñas.

—¿Tampoco ha hecho él por acercarse?

—Ni el intento. —Me encogí de hombros—. Ya te dije que le vi con otra.

—Ya —suspiró.

—¿Y tú con esa chica, qué? —Cogí un bollo y me lo llevé a la boca.

—Bien —sonrió—, muy bien, de hecho.

¹ —Me alegro de que ella sí entendiera lo nuestro.

—Lo hizo, y me dijo que ojalá hubiera acabado con su ex tan bien como lo habíamos hecho nosotros. Le conté lo de Jorge, y lo siente mucho.

—Son cosas que pasan, qué le vamos a hacer. Tal vez lo nuestro no estaba hecho para durar.

—En eso tienes razón, ya llegará el hombre que te valore como ni yo, ni él, hemos sabido hacerlo.

—Ay, Borja, ¿cómo no te voy a querer? Con lo bonito que eres...

—Tú sí que eres bonita, Martina. —Me acarició la mejilla.

Después de aquel desayuno se marchó y nos despedimos en la puerta de la calle con un abrazo, con tan buena ² suerte de que cierto policía pasó por allí en ese momento y nos vio.

Borja no dijo nada, yo tampoco, pero la mirada de Jorge lo dijo todo.

Ese hombre me miraba con odio y asco, de eso no tenía la menor duda.

Regresé dentro y pasé las horas como pude, fuimos a comer las tres a una pizzería y por la tarde me sorprendieron mi padre, Marta y Hanna con una visita.

—Pero bueno, ¿qué hacéis aquí vosotros? —pregunté abrazándolos.

—La niña, que necesita un arreglillo en el pelo, y hemos pensado que si tenías un huequito... —dijo Marta.

—Claro que sí. Ahora mismo ponemos a esta princesa la mar de guapa. —La cogí en brazos y me la comí a besos

Sobraba decir que en ese tiempo, la complicidad entre Marta y yo, así como con la niña, habían crecido de una manera alucinante.

Marta incluso se había pasado por el centro alguna tarde, sin la niña, para ver cómo estaba e invitarme a un café.

Dijo que toda mujer en momentos como ese necesitaba una madre con la que hablar y poder llorar, que ella no era tan mayor como para ser mi madre, pero que quería estar ahí para ser el hombro en el que apoyarme y soltar lastre.

—Mira lo que me ha comprado Leo —dijo Hanna enseñándome una pulsera de oro preciosa con su inicial y una corona de princesa de la marca Pandora.

—Qué bonita, por favor —sonreí.

—Tiene otra para ti —murmuró tapándose la boca mientras se le escapaba una risilla.

—Hanna, hija, que era una sorpresa. —La riñó Marta muerta de risa.

—Tranquila, que yo me hago la sorprendida. —Reí.

—Toma, cariño. —Mi padre me dio una caja, Hanna me ayudó a abrirla y se me dibujó una sonrisa al verla.

Al igual que la de la niña, la mía era de Pandora y tenía mi inicial, así como un charm de una libélula preciosa, que no tardó en ponerme Marta.

—Me encanta papá, muchas gracias. —Le di un abrazo y un beso y él sonrió—. Bueno, ¿qué quiere que le haga en el cabello, señorita? —le pregunté a Hanna.

—¿Me puedes teñir el pelo de rosa?

—¡Hanna! —gritó Marta con los ojos muy abiertos.

—Era broma, mamá. —Se empezó a reír.

—Pronto empieza a provocarme micro infartos —suspiró.

—Te vamos a cortar un poquito las puntas —le dije mientras la sentaba en el lavabo—, y después, te lo seco un poquito y te hago un recogido con unas trenzas. ¿Qué te parece?

—¡Sí!

Cata y Lola, que estaban por allí con otras clientas, sonrieron al ver a la niña tan feliz.

Pasé la siguiente hora mimando a mi hermanita pequeña, pues así la sentía y la sentiría el resto de mi vida, aunque nuestros padres no siguieran juntos, cosa que dudaba y mucho.

—¿Cómo se ve usted, señorita? —pregunté mientras se miraba en el espejo por todos lados— ¿Te gusta?

—¡Mucho! Mami, ¿has visto qué guapa?

—Sí, cariño —Marta sonrió—. Dime qué te debo, Martina.

—¿Qué has dicho? Es que creo que te he oído mal. —Arqueé la ceja—. ¿En serio quieres pagarme? Vamos, solo faltaba eso.

—Pero...

—Ni pero, ni pera. Aquí mi hermana no paga los tratamientos. Y tú, tampoco. —Le hice un guiño.

—Hazle caso y no discutas —dijo mi padre riendo—. ¿Vienes a tomar un café?

—No puedo, vamos al ginecólogo para acompañar a Cata a su revisión. Pero ¿y si cenamos? Podemos ir a comer un poco de pescaíto.

—Eso está hecho, hija.

Nos despedimos y, mientras Lola y Cata terminaban con sus clientas, yo recogí todo para irnos a la revisión.

Cuando llegamos a la clínica nos tocó esperar un poco, pero en cuanto entramos en la consulta, con ese ginecólogo que se adueñaba de los sueños húmedos de Lola, volvimos a acabar las tres llorando al ver aquella manchita que había crecido bastante.

—Te puedo decir el sexo, si quieres —dijo el ginecólogo.

—¿Ya se distingue? —preguntó Cata, y él sonrió— Sí, por favor, quiero saberlo.

—Tenemos aquí a una futura princesa —sonrió.

—¿Es una niña? —Lloró, y Lola y yo también lo hicimos, cogidas de la mano.

—Una niña sana y fuerte.

—Chicas... voy a tener una niña.

—Ay, cariño, muchísimas felicidades. —La abrazamos y lloramos las tres lo más grande.

Claro que la pena se convirtió en rabia, al menos para Lola, cuando nos encontramos con Javier en la puerta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Cata.

—Quería ver cómo estabas. Fui a tu trabajo y os vi salir, al seguiros... Me he asustado. ¿Está todo bien? —Se interesó quedándose a su lado y para sorpresa de las tres, llevó la mano a la barriguita.

—Solo era una revisión, las dos estamos bien —contestó Cata.

—¿Las dos? —Javier la miró y le brillaban los ojos— ¿Es una niña, Cata?

—Sí.

—Voy a ser padre de una niña —murmuró mirando la barriga, y por mi vida que se me formó un nudito en la garganta al verle al borde de las lágrimas.

—¿Vas a llorar, idiota? —gritó Lola— Porque tus lágrimas no se las cree nadie.

—Lola, por Dios —la reñí.

—Tranquila —Javier sonrió—. Entiendo que me hable así, a fin de cuentas fui un gilipollas con ella. Pero la quiero. —Volvió a mirar a Cata—. Te quiero, pequeña, y a nuestra hija ya la quiero solo porque es tuya. Fui un imbécil, un mentiroso, no gestioné bien nada. Pero dicen que rectificar es de sabios.

—Verás, que al final vuelve con él —Lola resopló.

—Ojalá lo haga, pues es lo que más quiero. Pero sé que he perdido tu confianza, Cata, y que me va a costar volver a ganármela. Si me dejas, pequeña, te demuestro cada día que eres lo que más amo en este mundo y que lo haré cada día, igual que a nuestra hija.

—Hay que joderse. —Escuché a Lola y la miré para darle un codazo, pero la muy jodida estaba llorando—. Que el idiota este me ha hecho llorar de verdad.

—Al final va a resultar que tienes un corazón ahí dentro y todo, Lolita —sonreí abrazándola.

—Yo no te puedo perdonar, Javier, ya te lo dije, no al menos ahora.

—Dame tiempo, pequeña, por favor te lo pido, dame tiempo y verás que soy el hombre que las dos merecéis.

—Vale, pero no te prometo nada.

—Creo que te lo vas a tener que currar mucho, Javier —le dije y él sonrió.

—Hasta la Luna le bajaría, si me la pidiera.

—Cursi a más no poder, pero qué bonito, joder. —Lola seguía llorando, cosa que me chocaba bastante.

—¿Me dejas invitarte a tomar algo? —le preguntó Javier a Cata— Quiero que me cuentes todo lo del embarazo.

—Claro —sonrió ella.

Y la vimos irse con ese hombre al que amaba y con el que, estaba cien por cien segura, que acabaría retomando la relación donde estaba.

—Dame tiempo, pequeña, por favor te lo pido, dame tiempo y verás que soy el hombre que las dos merecéis.

—Vale, pero no te prometo nada.

—Creo que te lo vas a tener que currar mucho, Javier —le dije y él sonrió.

—Hasta la Luna le bajaría, si me la pidiera.

—Cursi a más no poder, pero qué bonito, joder. —Lola seguía llorando, cosa que me chocaba bastante.

—¿Me dejas invitarte a tomar algo? —le preguntó Javier a Cata— Quiero que me cuentes todo lo del embarazo.

—Claro —sonrió ella.

Y la vimos irse con ese hombre al que amaba y con el que, estaba cien por cien segura, que acabaría retomando la relación donde estaba.

Capítulo 20



Si cuando me levanté esa mañana, me hubieran dicho que iba a ser uno de los peores días de mi vida, no me lo habría creído.

Salí de casa como siempre, tras un café y un cigarrillo, directa hacia la cafetería para desayunar con mis tres niñas antes de entrar a trabajar.

Sí, sí, mis tres niñas, que a la que venía en camino también la contaba desde que supimos, una semana atrás, que era una niña.

Una semana ya, qué manera de volar el tiempo, porque el mío desde luego que no parecía correr, sino volar.

En esos días Javier estuvo de lo más pendiente y detallista con Cata, haciéndole llegar todos los días un desayuno de lo más saludable al trabajo, y es que al parecer se había comprado un libro sobre el embarazo donde había algunas ideas sobre la alimentación de la futura mamá.

También había estado pasando por la tarde a ver cómo se encontraba, y en alguna de ellas incluso la invitó a cenar, Cata aceptó encantada y Lola y yo la veíamos marchar un poquito más sonriente.

De que volvía con su Javier, no había duda porque le quería, y él cada día lo estaba demostrando más.

—Buenos días. —Saludé cuando llegué a la mesa.

—Buenos días, lindura.

—Uy, Lola, qué dulce te veo hoy. —Arqué la ceja.

—Se ha pasado la noche dándole al vibrador —dijo Cata, intentando no reírse.

—Así viene de bien «follá». —Reí.

—No es un «buenorro» de esos que hacen que te desmayes, pero hace su función. Me dan vueltas los ojos cuando llego al orgasmo. —Se encogió de hombros.

—Por favor, qué imagen. —Cata se tapó los ojos mientras reía.

—Pero bien que me escuchaste, ¿eh?

—¿Qué quieres? Las paredes parecen de papel —protestó.

—Aquí están mis cuatro ángeles. ¿Lo de siempre, amores míos? —preguntó Nancy.

—Sí, guapísima —contesté con la mejor de mis sonrisas, esa que se me fue borrando como a cámara lenta, al ver a Jorge sentarse en una mesa a solo dos de la nuestra.

—Qué carita se te ha quedado, nena, ni que hubieras visto un fantasma —me dijo Nancy, preocupada.

—Hombre, un poquito fantasma sí que es, sí. —Lola señaló a Jorge con un leve gesto de cabeza, y ella miró.

—Anda, mi madre. —Nancy, que sabía lo que había pasado con Jorge pues le habíamos contado todo lo ocurrido, no se cayó de culo al verle de milagro.

Él miró hacia la mesa, y yo aparté la mirada, no quería verle, me dolía mucho.

Cata me cogió la mano para darme un apretón en señal de que ahí estaba ella conmigo, mientras que Lola seguía mirando fijamente hacia la mesa.

—¿Qué miras, imbécil? —le preguntó de pronto.

—Lola —protesté.

—La calle es libre —contestó Jorge—, puedo mirar hacia dónde me dé la gana.

—Menos a esta mesa —siguió Lola—, aquí no mires que nos entra sarpullido.

—Lo que tiene uno que escuchar —Jorge protestó y vi a Lola encenderse más aún, pero la frené.

—Por favor, no merece la pena —le dije.

—Voy a por vuestros desayunos —Nancy sonrió dándome un leve apretón en el hombro.

—Perdona. —La llamó Jorge—. Si me tomas nota...

—Claro que sí, hombre —le sonrió ella con ironía—, pero cuando vuelva con lo de ellas.

—Increíble —dijo él al ver que Nancy se marchaba.

—Le diremos que le ponga un poquito de matarratas en el café —murmuró Lola, pero no tan bajo como debería haberlo hecho.

—Muy bonito, atentar contra la vida de un agente de la ley.

—Es de mala educación escuchar conversaciones privadas. —Lola le miró arqueando la ceja.

—Si lo dices en un tono suficientemente alto como para que la persona en cuestión lo escuche, no es una conversación privada, precisamente.

—Lola, ya —le pedí, al ver que iba a volver a hablar, pero ella no me hizo caso.

—¿No hay más cafeterías que esta en toda la jodida calle, que tienes que venir aquí? —le gritó.

—Insisto, la calle es libre.

—Claro que lo es, Lola, por favor, no le sigas el rollo —dijo Cata.

—Es que es tan injusto. Tratar como si fuera una mujerzuela a mi amiga, y pasearse con esa cara de asco cuando la mira, tú eres quien da asco. —Señaló a Jorge y él sonrió de medio lado—. Te vas a reír de tu prima la del pueblo, gilipollas.

—Lola, basta ya, esto no es contigo.

—Y tampoco debía ser contigo, Martina, pero te la jugó.

—Yo no se la jugué, ella se estaba liando con su ex y conmigo.

—¡Serás desgraciado! —dije poniéndome en pie tan rápido, que la silla acabó cayendo al suelo, me acerqué a él y me agaché para mirarle a los ojos— No estaba con los dos, y si no lo quieres entender, pues no lo entiendas. Pero no me faltes al respeto porque no soy ninguna puta.

—El otro día te volví a ver con él, se ve que estaba esperando que te quedaras sola de nuevo para entrar a matar, como los toreros. ¿Te lo follaste en el almacén? —Volvió a sonreír con la ceja arqueada.

—Mira quién habla, el que unos días después de verter mierda sobre mi persona, estaba comiendo con otra,

imagino que ella fue el postre.

—Lo fue, lo fue —dijo con descaro y esa sonrisa que empezaba a darme hasta asco—. El postre de la comida, y el de la cena también, y... sí, un buen desayuno, sin lugar a duda. Los mejores polvos en mucho tiempo.

—Qué hostia a mano abierta tiene el muy desgraciado. —Escuché a Lola.

—Seguro que fingía —le atacé—, como tuve que hacerlo yo para no dañar tu ego de poli y macho alfa. Las mujeres a veces lo hacemos, ¿sabes?

—Ni una sola mujer a la que me he follado, ha fingido en la cama. Todas disfrutan, todas lo sienten, todas quieren y piden más igual que hacías tú. Dime, preciosa, ¿tu ex te ha hecho gritar de placer últimamente, o echas de meno que te folle yo?

No puede más y le di una bofetada. Jorge se puso en pie de inmediato y se cernió sobre mí en toda su altura, mirándome con los ojos inyectados en sangre.

—No vuelvas a hacer eso, en tu vida —dijo en un tono bajo, pero amenazante.

—Martina, vamos. —Noté las manos de Lola en mis brazos y cómo me movía para llevarme a la mesa.

Nancy no tardó en volver con nuestros desayunos pero ni hambre tenía ya, Jorge me había dejado con el cuerpo cortado.

Me defendí de sus ataques y al final hasta salía escaldada y con mal cuerpo.

—¿Qué te sirvo a ti? —le pregunto Nancy mirándole con asco.

—Aquí, nada, pero dentro me pones un buen desayuno, y se lo cargas a ella. —Me señaló.

—¡Tendrá morro el hijo de la gran fruta! —gritó Lola.

—Déjale, yo le pago el puto desayuno, pero que no se quede ahí que no quiero verle —contesté.

—Ya somos dos, preciosa.

Me contuve para no llorar, no quería que me viera, y solo me derrumbé cuando supe que estaba dentro de la cafetería.

—Menudo gilipollas al que te follaste, nena —dijo Lola—. Si es que, tenéis las dos un ojo... que es gloria bendita, vamos. —Volteó los ojos.

De ser el hombre más tierno y cariñoso conmigo, habíamos pasado a tirarnos los trastos a la cabeza.

l

Aquello era de locos, y cada día que pasaba tenía más claro que lo que fuera que una vez tuvimos, ya no tenía arreglo posible.

l

s

De ser el hombre más tierno y cariñoso conmigo, habíamos pasado a tirarnos los trastos a la cabeza.

Aquello era de locos, y cada día que pasaba tenía más claro que lo que fuera que una vez tuvimos, ya no tenía arreglo posible.

Capítulo 21



Habían pasado cuatro días desde que Jorge y yo nos echáramos toda clase de mierda encima, y cuanto menos quería verle, más lo hacía.

Cada mañana había estado yendo a la cafetería, nos miraba, saludaba a Lola devolviéndole la peineta que esta le hacía, y entraba a desayunar allí.

Lo peor fue que una de esas mañanas volvimos a soltar sapos y culebras por la boca y hasta le lancé un trozo de pan a la cabeza, pero fallé, y le puse la camisa blanca bonita de tomate con aceite de la tostada.

No aguantaba más, estaba cada vez peor y necesitaba desaparecer y no verle.

¿Y de qué modo podía conseguir eso? Pues yéndome de viaje yo sola.

La noche anterior había pillado los vuelos y demás para el que sería uno de esos viajes a solas en los que conectar conmigo misma, y que tanto necesitaba, y ahora tocaba hacérselo saber a todos.

Primero a la niñas, con las que iba a desayunar como cada mañana.

Nada más verme sonrieron, las saludé, y fui directa al grano, a quitar la tirita de un golpe.

—Me voy de viaje sola unos días —dije.

—Ah, mira qué bien. ¿Qué parte de España vas a ver? —preguntó Cata.

—Ninguna. Me voy a la India y Nepal

Lola empezó a toser por el humo de la calada que acababa de dar, desde luego que no esperaba esa respuesta.

—¿Y qué se te ha perdido a ti en la India, si puede saberse?

—Pues nada, Lola, pero voy para encontrarme a mí misma.

—Joder, qué intensa, madre mía.

—Haces bien. que así desconectas de... ciertas personas.

Cata lo dijo en tono bajo pues Jorge apareció por allí de nuevo, di una mirada rápida y la aparté, no quería verle antes de mi viaje y que me lo estropeará.

—Eso sí, si es para alejarte de este cretino, estás tardando en irte —dijo Lola—. ¿Y cuándo te vas?

—Pues ya mismo, en unos días.

—Ya nos deja solas, Cata, podemos desbalijar la caja todos los días. —Le hizo un guiño y me eché a reír.

—Buenos días, mis hermosas damas —saludó Nancy con una sonrisa—. ¿Lo de siempre?

—Lo de siempre —respondió Lola—. Y al que ha entrado, si le puedes poner un poquito de lejía en el café...

—Lola —protesté.

—Había que intentarlo. —Volteó los ojos—. Pero que sepa que en cuanto te vayas de viaje, no habrá nadie que me detenga para que le pongan algo en el café.

—¿Te vas de viaje, cielo? —me preguntó Nancy.

—Ajá. Voy a reencontrarme conmigo misma en la India y en Nepal.

—Coño, anda que dice que se va a una cabaña en el bosque a meditar, a la India, aquí al lado, vamos. —Volteó los ojos—. Mientras disfrutes, todo perfecto.

Le dije cuándo me iba y deseó que me llenara de energía para que a la vuelta regresara la Martina que ella conocía, no esta que era ahora, que apenas si tenía ganas de reír.

Desayunamos y como esos días atrás, Jorge se marchó antes que nosotras. Lola no era su fan número uno, de eso no había duda, y a la que él se iba dándonos la espalda, ya estaba ella haciéndole un peineta mientras le hacía una burla sacando la lengua.

El resto de la mañana la pasamos trabajando sin parar, Borja pasó con el café y unos donuts sacándome una sonrisa, y cuando le conté lo del viaje se alegró de que me fuera sola a desconectar y volver con las pilas cargadas

Le había enviado un mensaje a mi padre por la mañana para quedar con ellos a comer y en cuanto recogimos, fui

hacia el restaurante en el que me esperaban los tres.

—¡Martina! —Hanna agitó la mano desde la mesa en la que estaba sentada y me eché a reír.

—Hola, preciosa. —Le di un beso en la mejilla y ella me abrazó con los brazos alrededor de mi cuello—. Hola, papá.

—Hola, hija —sonrió mientras le abrazaba.

—Marta, qué guapa te veo.

—Eso es que me miras con buenos ojos, cielo. —Rio.

El camarero se acercó para tomarnos nota y en cuanto pedimos y nos quedamos solos, les dije lo del viaje.

Mi padre se sorprendió pues no era normal en mí que me fuera en plan española por el mundo sola.

—Pero me alegro de que lo hagas, necesitas esos días para ti, para pensar y volver siendo mi Martina, porque esta esta no eres tú, hija —dijo cogiéndome la mano.

—Sí que los necesito, papá, porque estos días he estado viendo a Jorge en la cafetería y no puedo más. Ya no solo porque me duela verle y saber que está con otra, sino porque nos hemos dicho cosas muy feas.

—A veces sienta bien eso de poner distancia y pensar en una misma —comentó Marta con una sonrisa—. Y la India debe ser preciosa.

—Sí, lo es —sonreí—. Solo he visto fotos y los programas que hacen para la televisión, pero es que se percibe un vibra buenísima.

—Pues ya nos traerás algún recuerdo de allí, que nosotros los traeremos de Tailandia —dijo mi padre

—Eso está hecho, papá.

—¿Te vas mucho tiempo? —Curioseó Hanna tras llevarse un trozo de carne a la boca.

—No, cariño, solo unos días.

—Vale, pero no te olvides de nosotros, ¿eh?

.

—No podría. —Reí—. ¿Cómo iba a olvidarme de mi hermanita favorita?

—No tienes más —contestó volteando los ojos como diciendo que vaya cosa le decía.

—Pues también es verdad. Pero igual nos encontramos un hermanito un día de estos. —Le hice un guiño, y hubo tres reacciones diferentes a mis palabras.

Por un lado mi padre, que me miró con los ojos muy abiertos, como si me hubieran crecido tres cabezas. Por el otro, Marta, que comenzó a toser tras el sorbo que había dado a su vino.

Y por último Hanna, que me miró sonriendo y se puso a dar palmadas.

—¿Nos podemos encontrar un hermano en la calle? —preguntó— Vamos a buscarlo, Martina.

—Hanna, hija, que no te puedes encontrar un hermanito en la calle, como si fuera un cachorrito abandonado —dijo Marta.

—Bueno, entonces, ¿dónde se encuentran los hermanitos?

, —La que has liado, hija —me riñó mi padre—, la que has liado.

—¿Yo? Me declaro inocente de todos los cargos, señoría.

—Inocente dice, qué guasa. —Mi padre se estaba riendo, y Hanna no dejaba de preguntar si podía pedirle un hermanito a los Reyes Magos esa Navidad.

—Claro que sí, mi niña, tú pídelo, como si quieres pedir dos, otra cosa es que los Reyes te lo traigan —contestó Marta.

a

—Seguro que sí, mami, que los Reyes Magos lo traen todo.

No podía con esa niña, de verdad que no, tenía respuestas para todo, pero era para comérsela.

Ella y Marta le habían dado a mi padre esa chispa que sabía que le faltaba en su vida, por mucho que siempre me dijera que conmigo tenía todo lo que necesitaba.

Terminamos de comer y me despedí de ellos entre besos y abrazos antes de volver al trabajo, donde pasé el resto de la tarde entre risas con las niñas cando no teníamos ninguna cliente.

Javier apareció a la salida y Cata sonrió. La saludó con un beso en la mejilla y llevó la mano a su barriguita.

—Tiene narices la cosa —murmuró Lola a mi lado—. Con el asco que le tenía a este hombre, y mira ahora, que hasta me cae un poco mejor.

—Eso es que te estás ablandando, Lolita. —Reí.

—Va a ser eso. —Volteó los ojos.

Iba de dura, pero en el fondo tenía un gran corazón.

—Eso es que te estás ablandando, Lolita. —Reí.

—Va a ser eso. —Volteó los ojos.

Iba de dura, pero en el fondo tenía un gran corazón.

Capítulo 22



Estaba dando una vuelta cerca de la zona de embarque esperando para embarcar en el vuelo hacia Nueva Delhi. Los sentimientos los tenía a flor de piel y lo peor que llevaba era saber si estaba haciendo mal o bien en irme sola a un viaje en el que el país era el más absoluto de los caos.

Mi corazón estaba bombeando a mil y mis sentimientos estaban desbordados por completo. ¿Cómo seguir adelante cuando amas a alguien con todas tus fuerzas y él no hace más que causarte dolor y daño?

Por fin abrieron el embarque y me puse en la fila en la que ya había muchísima gente en cola, los nervios se estaban apoderando de mí y hasta se me pasaba por la cabeza darme la vuelta y no coger ese vuelo, pero sabía que lo que había aquí ahora mismo, era mucho más doloroso que lo que podía vivir en la India.

La azafata me sonrió y creo que pudo ver los nervios reflejados en mi rostro. Entré al avión, que aquello era inmenso, y busqué mi fila, estaba en la dieciséis. Tuve que pasar por primera clase para llegar a turista y me dieron ganas de poner mi culo en uno de esos lujosos asientos y encadenarme ahí hasta llegar a la India. Demasiadas tonterías se me pasaban por la cabeza...

Me acomodé en mi sitio que, aunque no era primera clase, al menos estaba en ventanilla. Cogí una gominola de mi bolso y me la metí en la boca. Tenía tanta ansiedad que solo quería comer porquerías y de ahí a que me hubieran comprado una buena bolsa para llevar conmigo durante todo el viaje.

El vuelo despegó con la buena suerte que no me tocó a nadie sentado en los dos sillones de al lado, con lo cual podría estirar más tarde las piernas y hacer el vuelo un poco más cómodo.

—Perdone, esto me lo han dado para usted —me dijo un joven que se había acercado hasta mí y me estaba intentando dar un vaso de Starbucks de los que venden ya preparados, además de mi sabor favorito, de caramelo.

—¿La azafata? —pregunté extrañada.

—No. —Lo dejó en el asiento de al lado y se marchó.

No entendía nada, por mi padre que no entendía nada. Me quedé mirándolo por si estaba abierto y no. Para mí que ese chico se estaba burlando de mí y gastándome una broma.

La azafata se acercó sonriente con un muffin de chocolate envuelto en un papel sellado transparente.

—Esto se lo envían a usted.

—No cojo nada de desconocidos, y esto —le di el vaso de Starbucks— se lo das, por favor, a esa persona y le dices que, si está aburrida, que vea una película.

—Ahora mismo, señorita. Tenga un buen vuelo.

—Eso espero, porque esto parece de cachondeo ya —dije con muy mal humor y hasta sintiendo una cierta preocupación de que en el avión hubiera un loco suelto.

Dejé caer mi cabeza hacia el lado de la ventana y observaba la claridad del día que era de lo más soleado. Era una pasada el paisaje que tenía ante mí.

¿Qué hacía yo aquí? Lo necesitaba y estaba segura, hasta que llegué al aeropuerto y todos mis miedos se juntaron para ponerme de lo más nerviosa.

Noté a alguien y al girar mi cabeza hacia el lado vi unas manos dejando caer en la bandeja del sillón dos Starbucks y dos muffins, lo peor de todo es que esas manos me eran de lo más conocidas.

Levanté la cabeza y ahí estaba Jorge, acomodándose en el sillón del pasillo y dejando el de en medio. Me miraba con una sonrisa de medio lado pero que transmitía tristeza.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en tono bajo, pero con un cierto enfado.

—Lo primero que te voy a pedir es que antes de que te pongas como una loca a decirme de todo, me dejes hablar, luego podrás hacerlo tú, que yo te escucharé y respetaré a partes iguales.

—No te quiero escuchar, Jorge, realmente no quiero. —Contenía el aire y me aguantaba esas lágrimas que querían salir y que yo intentaba impedir a toda costa.

—Martina, lo vas a tener que hacer.

—¿Con quién has venido? —le pregunté intuyendo que su nueva chica estuviera en el avión.

—Solo...

—¿Ya le has jodido la vida como hiciste conmigo?

—Eso es un golpe bajo. Creo que no deberías ponerte a la defensiva y cuanto antes me escuches, antes dejarán de salirte cosas feas por la boca.

—Aquí el único que ha dicho cosas feas sobre mí, eres tú.

—Todo lo hice por protegerte...

—¿Protegerme? Querrás decir que yo debí protegerme de ti —resoplé muy estresada. No entendía cómo ahora venía en ese tono cuando me había tratado de la peor forma que lo había hecho ningún hombre.

—Estabas en peligro, Martina, por mi culpa lo estabas...

—¿De qué estás hablando? ¿Qué pretendes, Jorge? ¿Qué cojones haces aquí?

—Recuperar lo que nunca perdí.

—¿Tú te estás escuchando? ¿Estás drogado?

—Habla más flojo, por favor.

s

—No me digas en el tono en el que tengo que hablar. Vete de aquí, por favor.

—Pídemelo cuando me escuches y te juro que me levanto, regreso a mi asiento y no me ves más en todo el viaje.

—Tienes un minuto para llenar tu boca de mentiras y mierdas, que es a lo que estás acostumbrado.

—¿Recuerdas el día que salí de tu casa directo a la comisaría porque se había complicado una cosa?

—Sí —dije con desgana y soltando todo el aire de mis pulmones.

¹—Habían llegado unas fotos de los dos en un sobre. —Sacó un móvil y me las enseñó—. Venían con una clara advertencia, o dejábamos de ir a por los miembros de una banda que vendían hachís, o iban a por ti.

—¿A por mí? ¿Qué cojones me estás contando? ¡Ni que yo fuera poli! Vuelve a tu sitio, por favor.

—No he terminado. Después del fin de semana que salimos a la playa, el lunes comenzaron a llegar más fotos y no solo eso, las amenazas se fueron incrementando y te tenían las veinticuatro horas vigilada. —Comenzó a enseñarme más fotos mías saliendo de mi casa, del trabajo, en la cafetería, con él cenando en la playa.

—¿Qué es todo esto? —pregunté asustada.

—Es de lo que te quise proteger, si seguía a tu lado, demostraba que me importabas e ibas a ser siempre su objetivo hasta que nosotros desarticulásemos la banda.

—¿Y te tuviste que ir con otra?

—Es una compañera de trabajo, también es policía, todo lo preparé porque un informante mío me avisó de que comerías con tu padre allí. Yo también tuve que ponerte vigilancia para protegerte de algún modo.

»Fui al restaurante con ella porque tenía que ser visto con otra persona y que, coincidencias de la vida, estuvieras tú, eso para ellos sería el detonante de que ya no me importabas, y así conseguir que no estuvieras en el ojo del huracán.

»Todo lo que hice, todo lo que monté y todo lo que provoqué, fue la estrategia más estudiada para librarte del problema en el que, sin querer, te había metido.

»Lo de Borja en tu trabajo fue una coincidencia, yo iba para verte y provocar un enfado, pero vi que entró él antes, lo vi todo, sé que no había nada entre vosotros, pero fue el momento perfecto en el que bailabais abrazados para yo poder ejecutar el principio de mi plan.

—¿¡Y por qué no me lo contaste todo y hubiéramos fingido!? —pregunté con rabia y apretando los dientes mientras los lagrimones me caían a borbotones.

—Si fueras inspector como yo, quizás, pero no quise arriesgarme a que nos pillasen. —A él también se le comenzaron a caer las lágrimas—. Hemos cogido a los cabecillas de la banda, he trabajado día y noche en todas las pruebas para poder imputarlos y cogerlos con algo grande con las manos en la masa. Lo he conseguido. Solo he luchado para no poner tu vida en riesgo.

—Te mereces una hostia a mano abierta —murmuré con un nudo en la garganta.

—Pues dámela, pero luego me abrazas, yo también lo he pasado muy mal y creí que me iba a volver loco.

—¿Y cómo sabías que viajaba en este vuelo?

—He sabido cada uno de tus movimientos, yo tenía que ir por delante de ellos en todo, así que lo supe desde el minuto número uno. Mi urgencia era que cayesen antes de que tú te montaras en este vuelo y yo poder cogerlo junto a ti, como era nuestra ilusión.

—No te voy a perdonar esto en la vida —murmuré entre lágrimas antes de poner mis manos en sus mejillas e irme directamente a sus labios.

—Te amo con todo mi corazón, Martina.

—Y yo también, poli malo. —Nuestros labios se entrelazaron, al igual que nuestras manos que no se separaron durante todo el vuelo.

Todo lo había hecho por protegerme y yo no podía hacer otra cosa que ponerme en su lugar, y dar gracias a la vida porque los dos estuviéramos bien.

Era difícil de digerir, pero en sus palabras y ojos vi el amor de un hombre desesperado que hizo lo que menos deseaba con tal de no llevarme aún más al peligro. Si eso no era amor, que viniera Dios y lo viera...

—Y yo también, poli malo. —Nuestros labios se entrelazaron, al igual que nuestras manos que no se separaron durante todo el vuelo.

Todo lo había hecho por protegerme y yo no podía hacer otra cosa que ponerme en su lugar, y dar gracias a la vida porque los dos estuviéramos bien.

Era difícil de digerir, pero en sus palabras y ojos vi el amor de un hombre desesperado que hizo lo que menos deseaba con tal de no llevarme aún más al peligro. Si eso no era amor, que viniera Dios y lo viera...

Capítulo 23



Aterrizamos en Delhi y pasamos todos los tramites antes de coger nuestras maletas. La verdad es que el vuelo había sido bastante cómodo y nada pesado, aunque era normal después de descubrir la verdad y saber que Jorge no solo era el gran hombre que conocí al principio, sino que se había desvivido por protegerme.

Cuando traspasamos las puertas casi me muero al ver a decenas de personas con carteles en las manos y nosotros teníamos que buscar el nuestro que, según me había dicho Jorge, era el mismo ya que él vinculó su reserva a la mía.

—¿Tú crees que aquí vamos a encontrar a nuestro chófer? —pregunté alucinando, intentando leer el mayor número de cartelitos. En estos momentos agradecía a la vida el no verme aquí sola.

—Lo máximo que puede pasar es que tengamos que coger un taxi hasta el hotel. —Me dio un beso en la mejilla.

—A mí me está entrando agobio.

—Pues esto no hizo más que empezar. —Acarició mi mejilla y agarró mi mano.

Por fin vi nuestros nombres en un cartel y fui abriéndome paso para llegar hasta ese hombre que nos recibió sonriente y me quitó la maleta de la mano para llevarla él.

El caos que había a la salida del aeropuerto era enorme, lo que más me sorprendió fue ver a personas durmiendo por las aceras y parques, aquello me impactó mucho.

Tenía la sensación de que la India me iba a desgarrar el corazón.

Llegamos al hotel una hora y media después de intentar avanzar en esa locura de calles y avenidas que nos trajo hasta aquí.

Después de rellenar todos los papeles en la recepción, nos entregaron las llaves y nos fuimos a la habitación ya que era tarde y no teníamos previsto salir hasta el día siguiente.

No es que fuera un Hilton, pero la verdad es que estaba bastante bien la habitación, tenía su baño privado y terraza que daba al caos de la ciudad.

Jorge dejó la maleta y me abrazó fuertemente moviéndome hacia ambos lados sin dejar de besar constantemente mi mejilla.

—Te he echado demasiado de menos —murmuró apretándome bien fuerte contra él.

—Yo también, Jorge, yo también.

Se sentó en el filo de la cama y me sentó de lado sobre una de sus piernas mientras me rodeaba la cintura con sus manos.

—Martina, todo se fue desarrollando de forma rápida e intensa, como los sentimientos que tengo hacia ti —murmuraba en tono bajo y mirándome fijamente a los ojos—, pero quiero que sepas que no me imagino mi vida sin ti, que quiero estar a tu lado y cuidarte siempre, en las buenas y en las malas.

—Parece que nos estamos casando.

—Tampoco lo descarto. —Se le escapó una risilla y me besó de nuevo.

—¿Te casarías conmigo? —pregunté emocionada y le causé una risilla de lo más bonita.

—Claro que sí, mi niña. —Me retiró con cuidado un mechón de pelo hacia atrás.

—¿Cuándo? —Me reí mientras lo preguntaba.

—Cuando tú quieras, mi vida, cuando tú quieras...

—Pronto, así esta es nuestra luna de miel —me reí— que es un pedazo de viaje.

—¿Nos hemos venido de luna de miel antes de la boda? —Carraspeó acariciando mi cadera.

—Sí, Jorge, sí, quiero estar siempre contigo.

—Y yo, mi vida, y yo. —Me besó y echó hacia atrás en la cama comenzando a desnudarme, sin prisas, de una manera diferente a la que estábamos acostumbrados, dejando la fogosidad de lado y haciéndolo desde el corazón y los sentimientos que habíamos despertado en uno en el otro.

Tras dejarnos llevar y disfrutar de nuevo de sentirnos el uno dentro del otro, nos metimos en la ducha y luego, nos

abrazamos desnudos hasta quedar dormidos.

a

Al despertar me di cuenta de que Jorge no estaba en la habitación, pero acto seguido lo vi entrar por la puerta.

—¿Dónde has ido? —pregunté extrañada.

—Me he matado con el de recepción por teléfono y no me entendía, así que bajé para preguntar si había servicio de habitaciones para que nos subieran dos cafés, pero acaban de tener un problema en cocina y no pueden poner nada hasta nuevo aviso. Viendo el caos de país, eso puede ser para el año que viene —dijo provocándome una carcajada.

—Pues nos vamos a desayunar por la calle.

—Es la única opción que nos queda. —Me besó fuerte y repetidamente mientras apretaba mi nalga—. Este culo me tiene loco.

—Mientras sea este y no otro... —murmuré aguantando la risa que me salió de golpe mientras él contenía la suya y arqueaba la ceja.

Me puse una falda larga finita en color turquesa con una camiseta blanca de tirantes. Había escogido para este viaje ropa cómoda y acorde con el lugar.

—Estás guapísima —dijo tirándome una foto con su móvil.

—Tú también, Jorge, no te imaginas hasta qué punto. —Me mordisqueé el labio.

—Creo que el café va a tener que esperar.

—No. —Me separé de él que ya se estaba empezando a agachar—. Ahora mismo nos vamos que no me desvisto otra vez. —Me reí desde la puerta.

Las calles de Delhi me parecieron un poco estresantes hasta para la vista ya que me encontré con preciosos edificios que estaban deteriorados y abandonados de la mano de Dios. Hasta vi personas haciendo sus necesidades en la calle y animales por todos lados buscando comida.

—Me muero, yo aquí me muero —murmuré mientras desayunaba con el estómago ya un poco revuelto por todo lo vivido en tan pocos minutos.

y

Luego fue todo más caótico y nos encontramos con todo tipo de intentos de timos, tanto en taxis, como en cuentas de bares y hasta al intentar comprar toallitas de papel desechables. Una locura de ciudad que era el lugar de tránsito de todos los que visitan la India.

A la vez todo me parecía fascinante y es que la sensación de amor y odio por el país, era cada vez más latente. Siempre leí que a la India o la amas o la odias, aunque de momento yo no sabía en qué bando posicionarme.

Lo mejor fue el segundo día cuando nos metimos en la calle de Main Bazaar en el barrio mochilero de Paharganj, lo que se convirtió en otra aventura.

Hablar de que era caótica es quedarse corto; puestos callejeros, terrazas, hostales, artículos de todo tipo y todo esto lleno de callejuelas estrechas que te llevaban a meterte en la vida del corazón de la ciudad, donde la esencia estaba en cada metro de ella.

Salimos de esa calle y no muy lejos nos encontramos con la Plaza de Connaught, que, según me dijo Jorge, fue construida durante la ocupación británica.

Fueron dos días de lo más intensos en la ciudad y la única manera de relajarnos fue cuando nos encerrábamos en la habitación del hotel y desconectábamos del lugar en el que nos encontrábamos.

—Si llego a haber venido sola, te juro que no salgo de las habitaciones de los hoteles durante todo el recorrido. — Me reí tirándome sobre su pecho.

—Yo eso no lo podría haber permitido, me ponía enfermo solo de pensarlo. —Decía acariciándome la cabeza que estaba dejada caer sobre su pecho.

Ese día había escrito a mi padre y a las niñas contándoles la verdad de todo, y haciéndoles conocedores de que mi viaje no estaba siendo en solitario, sino con aquel hombre que nos puso a todos con el corazón en un puño sin entender su reacción contra mí.

Mi padre solo me dijo que, si me lo había demostrado y me hacía feliz, que disfrutara de este viaje junto a él y del tiempo que la vida nos regalara juntos.

En el caso de Cata se emocionó mucho y me dijo que el amor siempre triunfaba, no tanto como Lola que decía que no se fiaba ni un pelo de él.

;

Jorge al leer lo del comentario de Lola como que se entristeció mucho y le conté la forma de ser tan peculiar que tenía ella.

Dejamos todo listo ya que por la mañana bien temprano salíamos con destino a Jaipur, cosa que esperábamos que no fuera tan caótica, pero estábamos en la India y aquí ya podías estar preparado para cualquier cosa.

;

Me abracé a Jorge y me salió un suspiro de paz, de estar con quien amaba y de vivir con él esta aventura de la que estaba segura de que cuando llegase la calma la recordaría como la más fascinante de mi vida. Para bien o para

mal, era un país del que tenía bien claro que no me iba a olvidar jamás.

O

a

-

,

,

mal, era un país del que tenía bien claro que no me iba a olvidar jamás.

Capítulo 24



El conductor nos esperaba bien temprano en la puerta del hotel para trasladarnos al aeropuerto donde debíamos de coger el vuelo hacia Jaipur.

Fue al llegar a la terminal y pasar el control policial e irnos directamente a pillarnos los primeros cafés y una especie de tortas de trigo llamadas *parathas* que contenían manteca. Estas iban rellenas de verduras, queso fresco y un poco de yogur. Dejémoslo en que estaba aceptable para llenar el estómago, al menos para mi gusto.

Cuando quisimos darnos cuenta estábamos aterrizando y es que el vuelo a nuestro siguiente destino, Jaipur, no llegaba a una hora.

Desde el primer momento me di cuenta de que si algo me llamó la atención es que era una ciudad muy coqueta, pero al igual que la anterior, era caótica y muy grande. Conocida como la ciudad rosa y la principal fuente de turismo del país.

Este hotel era más moderno y con una piscina impresionante que invitaba a pasar un buen rato.

Después de dejar todas las cosas en la habitación nos dispusimos a descubrirla y seguir sacando conclusiones de un país que era para debatir en muchos aspectos.

Sus calles eran impresionantes, llenas de tuk-tuk, bicicletas, coches, motos y camellos, eso fue lo que más me llamó la atención, con la de camellos que nos fuimos cruzando a cada paso, parecía que ese día habían salido todos a nuestro encuentro. Eso sí, todo el centro histórico era de un color rosa que, según pude leer antes del viaje representaba la hospitalidad.

Jorge me cuidaba a cada instante, no solo no soltaba mi mano, sino que estaba pendiente a que nadie me molestas o cualquier cosa que necesitara. Era una manera de proteger tan bonita que me sentía una mujer muy feliz a su lado, hasta se me olvidaba por momentos todo lo malo que habíamos tenido que pasar hasta llegar aquí.

Los dos días que pasamos en la ciudad visitamos el fuerte de Amber que era una fortaleza que impresionaba mucho y por lo que se podía ver, te podías hacer una ligera idea de la vida que discurrió en aquel lugar.

Una cosa que me impactó mucho fue el Palacio de los Vientos, ya que su fachada era preciosa y llena de ventanas con enrejados y celosías, cosa que daba privacidad, y es que, según también pude leer, eso era para que las mujeres que vivían en palacio pudiesen ver el trajín de la calle pero sin ser vistas.

Otro de los palacios que me dejó un poco impactada fue Jal Mahal, el palacio del agua. Da la sensación de que está flotando en el lago de Man Sagar. Lástima que no es lugar de visitar por culpa de su estado de abandono, cosa que me parecía lamentable por lo llamativo que era.

La última noche en Jaipur la pasamos perdidos de manera fogosa entre las sábanas, de nuevo salía de dentro de nosotros esa parte depredadora y llena de lujuria que se formaba cuando nuestros cuerpos se rozaban más de la cuenta. Jorge me gustaba en las dos versiones, la romántica y la pasional, esa que me hacía llegar a tocar el cielo con las dos manos y no querer regresar a la Tierra ya que me llevaba a rozar el máximo de los placeres.

Por la mañana nos esperaba el conductor para llevarnos a Agra, esa ciudad que me hacía especial ilusión por contener una de las maravillas del mundo, el *Taj Mahal*.

Fueron más de cuatro horas las que tardamos en llegar a Agra, pero como habíamos salido a primera hora de la mañana, a las doce y media ya estábamos soltando todo en el hotel para dirigirnos a turistar por la ciudad.

Como había leído, esta ciudad no era una de las más bonitas de la India hoy en día, pero tenía una historia que la hacía sumamente especial por ello, no obstante la desorganización era más que evidente, aunque, para qué decir otra cosa, todo el país lo era.

Nos llevaron directamente al Taj Mahal ya que teníamos especial ganas de conocer ese lugar que tan reconocido era en el mundo.

Me llamaron mucho la atención los jardines tan bonitos que decoraban el Taj Mahal. Me quedé asombrada y parada ante él, observando la arquitectura que tanto llamaba la atención por su mármol blanco y las miles de piedras preciosas que había en él.

—Martina —dijo acariciando mi mano y sacándome del embobamiento que tenía mirando a aquel monumento, patrimonio de la humanidad reconocido como la joya del arte musulmán en la India, toda una obra maestra.

—Dime, cariño —sonreí aún con la admiración de la belleza que tenía frente a mí.

e

—Que digo yo...

—Habla. —Me reí cuando a él se le hizo una sonrisita en la cara y pausó sus palabras.

—Que no entiendo este momento si no es como uno de los más importantes para pedirte formalmente que —

metió los dedos en su riñonera y sacó una preciosa alianza de oro blanco con dos diamantes— te conviertas en mi mujer, en mi mejor amiga, en mi todo, la persona con la que formar una familia. Que te amo, Martina y que quiero hacer oficial ese deseo de casarnos cuando regresemos —murmuró sosteniendo la alianza entre sus dedos y yo me eché a llorar de lo más emocionada y me tiré a sus labios.

—Sí, siempre sí, mil veces sí —dije dándole un beso y acto seguido me colocó el anillo en el dedo mientras me decía cuenta de que el móvil en un trípode estaba captando ese maravilloso momento.

—¿Desde cuándo tienes este anillo?

—Desde antes de emprender el viaje, siempre supe que era a ti a quien había necesitado toda mi vida. No te imaginas cuánto te amo, pequeña, no te lo imaginas por nada del mundo. —Acariciaba mis mejillas mirándome de lo más emocionado y haciéndome sentir que todo lo que salía por su boca era el más puro amor hacía mí.

—Jorge, no puede pasarnos nada más malo, no podría volver a soportar vivir separada de ti.

—Cariño, eso no pasará, pero ya sabes cómo es mi profesión y jamás pensé que pudieran llegar a ese punto.

—Bueno pues yo quiero estar en peligro, pero a tu lado.

—No llores, que me partes el alma.

—Lo hago de la emoción, te juro que es el momento más bonito de mi vida. —Volví a mirarme el anillo y a él se le escapó una sonrisilla.

Después de ese momento que se me iba a quedar en las retinas y en el corazón como lo más maravilloso vivido en mi vida y durante el viaje, nos fuimos a visitar el fuerte de Agra, otra edificación que, como no, fue nombrada patrimonio de la humanidad y, además, puede presumir de ser la fortaleza más grande de todo el país.

Si algo tengo que decir, es que hubo otra cosa que también se quedaría en mis retinas para siempre, y fue ver el atardecer de ese día y el amanecer del siguiente, no sé si siempre era así, pero a nosotros nos tocaron los más bellos que jamás habían visto mis ojos.

La última tarde en la ciudad la pasamos en uno de los mercados más importantes de Agra que ocupa un montón de calles y que se encuentra relativamente cerca de una de las mezquitas más fotografiadas de la ciudad, el *Jama Masjid*.

Jorge, que durante todo el viaje no me dejó sacar ni un euro, bueno es que ni pude cambiar dinero, no me dejó salir del bazar sin escoger una falda en color rosa pastel y con una tela de una calidad increíble, además, parecía que estaba hecha para mí porque me quedaba como anillo al dedo.

Regresamos a la mañana siguiente de nuevo hacia Delhi, eso sí, el conductor nos paró un montón de veces ante majestuosos paisajes para que nos tirásemos algunas fotos y pudiéramos admirar lo que teníamos ante nosotros. Que, de verdad, era fascinante y diferente a todo lo que conocemos en nuestro país.

El viaje de la India finalizaba cuando llegamos al aeropuerto y pasamos el control de seguridad para buscar la puerta de embarque que nos llevaría a nuestro siguiente destino: Katmandú, la capital de Nepal.

Nos montamos en el vuelo y nos pusimos a ver todas las fotos de esa primera etapa del viaje que habíamos vivido en la India, recordarla a golpe de imágenes fue alucinante.

Sin duda me quedaba con el video que captó el momento en el que me pedía oficialmente que me casara con él, debía reconocer que no pude evitar derramar unas lagrimillas de la emoción, ya que era un momento de esos que se quedaban en el corazón como el más bonito de los recuerdos.

El vuelo se hizo corto porque duró menos de dos horas, y es que entre la emoción de ver tranquilamente las fotos y los nervios de embarcarnos en el nuevo destino, casi no nos dimos cuenta de ese trayecto que nos llevó a sumergirnos en una nueva aventura de otro país asiático, que además estaba loca por conocer; Nepal, un país muy visitado turísticamente.

l

e

Regresamos a la mañana siguiente de nuevo hacia Delhi, eso sí, el conductor nos paró un montón de veces ante majestuosos paisajes para que nos tirásemos algunas fotos y pudiéramos admirar lo que teníamos ante nosotros que, de verdad, era fascinante y diferente a todo lo que conocemos en nuestro país.

El viaje de la India finalizaba cuando llegamos al aeropuerto y pasamos el control de seguridad para buscar la puerta de embarque que nos llevaría a nuestro siguiente destino: Katmandú, la capital de Nepal.

Nos montamos en el vuelo y nos pusimos a ver todas las fotos de esa primera etapa del viaje que habíamos vivido en la India, recordarla a golpe de imágenes fue alucinante.

Sin duda me quedaba con el video que captó el momento en el que me pedía oficialmente que me casara con él, debía reconocer que no pude evitar derramar unas lagrimillas de la emoción, ya que era un momento de esos que se quedaban en el corazón como el más bonito de los recuerdos.

El vuelo se hizo corto porque duró menos de dos horas, y es que entre la emoción de ver tranquilamente las fotos y los nervios de embarcarnos en el nuevo destino, casi no nos dimos cuenta de ese trayecto que nos llevó a sumergirnos en una nueva aventura de otro país asiático, que además estaba loca por conocer; Nepal, un país muy visitado turísticamente.

Capítulo 25



Si algo no me sorprendió en el primer contacto con Katmandú, era la similitud de caos con las demás ciudades asiáticas que habíamos recorrido en la primera etapa del viaje.

Autobuses y otros medios de transporte luchando por su espacio en las carreteras masificadas de la ciudad, lo mejor de todo es que no era tan grande la ciudad como por ejemplo Delhi que aquello era desorbitado.

La sorpresa fue mayúscula al descubrir el hotel que había cogido Jorge y que, sin yo saberlo, cambió del que yo tenía contratado haciéndose cargo de los gastos.

Una joya a las afueras de lo caótico y con vistas al valle y la ciudad que hacían que nuestra terraza con piscina privada se hubiera convertido en mi lugar favorito de todo lo que llevábamos de viaje.

Aún nos quedaban días por delante en este país y decidimos tomarnos esta llegada como nuestro día sabático para disfrutarlo en la habitación que era como una *suite* espectacular con la terraza más bonita del mundo, al menos en esos momentos para mí.

Jorge ordenó que nos trajeran unas cervezas y unos *momos* que son unas deliciosas empanadillas típicas del país y que las cocinaban de varias formas, nosotros nos decantamos por las fritas y con el relleno de pollo.

Entre besos y escuchando música de la *playlist* de mi móvil, comenzamos a disfrutar del relax de esas vistas y de la piscina infinita que teníamos ante nosotros, toda una joya en un lugar como este país.

—No me creo que vaya a ser tu esposa —dije una vez dentro de la piscina y poniendo la cerveza en el filo de esta—. Seguro que antes de que eso pase, cae un meteorito o viene otra pandemia.

—Seguro que no, por cierto, ¿cómo pasaste la pandemia?

—Aún no tenía la peluquería, la abrí justo al otro año, pero lo que fue el encierro y todo eso, se hizo un poco caótico, como todo lo vivido en el viaje. —Me reí—. Mi padre tenía que estar en la primera línea y eso me aterraba, aunque él tomaba mil medidas antes de llegar a casa para no traer el virus y contagiarme a mí. Tenía

terror a que eso pasase y claro, si tu padre que es médico tiene terror, imagina el que sentía pensando que la cosa era tan fuerte como se decía o más.

—Claro, es evidente que a los profesionales de la medicina los cogieron de improviso y no sabían ni ellos de la manera en que venía todo. Yo lo recuerdo como un caos total, nos tocó lidiar muchas situaciones y también teníamos mucho miedo a contagiarnos, incluso vivimos la desgracia de ver a compañeros o familiares de estos morir por ese virus.

—Yo no salí a la calle hasta que me pusieron las dos primeras vacunas —me reí—, incluso mi padre, hubo una semana que se quedó en el centro porque había varios compañeros que habían caído y tenía miedo a él ser asintomático y pegármelo a mí. Estaba todo el día en videollamada con Lola y Cata que aún no vivían juntas. No era el hecho de no salir lo que me angustiaba, era el no saber cómo terminaría todo esto o si lo conseguirían atajar al fin y al cabo, estar tres meses en casa con el frigorífico lleno ya era para sentirse afortunada.

—Tienes razón.

—Hubo mucha gente que lo pasó muy mal porque vivían del día a día, imagina el no poder ir a trabajar para traer el sustento a su hogar.

—Así es, además nosotros nos encargamos de hacerle llegar mucha ayuda a familias que estaban al borde del precipicio y que gracias a personas anónimas y sus recolectas, se pudieron ayudar a muchas personas.

—No me quiero imaginar si nos hubiera pillado juntos en esa época. —Me reí.

—Te hubiera cuidado con todo el amor del mundo. —Me pegó a él y sentí cómo su miembro se venía arriba.

—¿En la piscina? —pregunté riendo.

—La vuelves loca en todos los lados. —Mordió mis labios y comenzó a frotarse para que me fuese viniendo arriba, cosa que no me costó mucho dado que solo era rozarme con su piel y me subían las calores de golpe.

Pasamos un día de los que se convertirían en inolvidables, la fogosidad no se nos fue en ningún momento y terminamos haciéndolo no solo en la piscina, sino en todos los rincones de la habitación y el baño. Esa noche caí rendida...

Desperté al escuchar la puerta y Jorge salió a recoger el carrito del desayuno que luego puso sobre la mesa de la terraza.

—Joder, esto sí que es un buen despertar, además has cogido un desayuno continental. —No le faltaba detalle a todo lo que había en la mesa y mi estómago no hacía más que rugir.

—He cogido el más variado para que cojamos fuerzas para perdernos por la ciudad. —Me dio un precioso beso en la mejilla con el que me hacía sentir la mujer más querida del mundo. Jorge me tenía de lo más encantada durante todos estos días en los que se había volcado por completo en darme todo ese amor que tenía guardado para mí.

Lo primero que hicimos fue indicarle a uno de los taxistas que había en la puerta del hotel que nos dejara en el barrio de Thammel, uno de los más turísticos con unos callejones que eran para perderse en ellos.

Estaba lleno de tiendas, restaurantes y todo tipo de alojamientos, dentro del caos que con tanta energía desprendía el lugar.

Nos tomamos un refresco en uno de los bares que había concentrado ahí y luego retomamos el paseo para llegar a la plaza Basantapur que estaba situada frente al antiguo Palacio Real de la ciudad y en la que estuvimos toda la mañana. Un lugar en el que ese palacio también formaba parte del patrimonio de la humanidad por la gran belleza que desprendía.

—Sinceramente, aunque aún no sé si odio o amo a la India, este lugar me da una cierta espiritualidad que no esperaba —dije emocionada mirando hacia todos los lados y sintiéndome esta vez totalmente conectada con el lugar.

—A mí también me da esa misma sensación.

Otro momento importante que vivimos ese día fue el atardecer que disfrutamos en Swayambhu, el templo de los monos que se encontraba en lo alto de una colina a un lado de la ciudad. Allí te encontrabas a los monos que estaban considerados como sagrados. Trescientos sesenta y cinco escalones que tuvimos que subir, pero realmente merecía más que la pena.

Otro de los días fuimos a visitar la estupa esférica más grande del país además de ser el más sagrado y llamado templo de Boudhanath Pashupatinath.

Además, que estuvimos allí como un clavo, a la siete de la mañana, para poder hacer el ritual en el que la gente camina al menos tres veces alrededor de la estupa haciendo el famoso mantra *Om Mani Padme Um*.

Nepal nos tenía encantados y nos gustaba a pesar de ese caos que también predominaba, pero era mucho más llevadero que el de la India.

Estaba viviendo un lujo de viaje y no por lo que a dinero se refería ni nada relacionado con lo material, sino porque era de esos que te mueven todos los sentimientos y descubres un mundo más allá del que estamos acostumbrados a vivir.

Debo de decir que Jorge era un gran compañero de viaje, era la persona más meticulosa y respetuosa que me había echado a la cara y sabía estar en todo momento.

1

Nos perdimos otro día por la zona de Patan que es como si fuera otra ciudad, a pesar de estar pegada a Katmandú. En ese sitio nos encontramos con DurbarSquare, el patrimonio cultural más bonito de Nepal según mi opinión. No perdimos la oportunidad de subir a una terraza de un restaurante de allí donde nos tomamos un refresco disfrutando de las vistas y el bullicio que había en esa plaza que tanto nos había impresionado.

Terminamos el viaje con la sensación de que los trece días habían pasado demasiado rápido, y eso que hubo momentos, sobre todo al principio, que se nos hicieron eternos intentando salir de algún que otro caótico momento montados en el taxi.

Durante el vuelo de regreso y antes de quedar dormidos, estuvimos viendo las fotos de Nepal, esta vez tocaba hacer un recorrido por los momentos vividos y plasmados en este país que, sin duda, había sido la coronación a un viaje impresionante.

Y ahora teníamos en mente nuestra más bonita locura, la boda que queríamos que se hiciera realidad antes de que acabase el verano. Tocaba dar la noticia a nuestros familiares y preparar todo a la velocidad de la luz, pero como él decía, quería comenzar un septiembre conmigo convertida en su mujer, esa con la que quería crear su propia familia.

Estaba feliz y nerviosa, regresaba con todos los planes muy diferentes a como empecé este viaje en el que de nuevo a mí me devolvían la vida.

2

a

Nos perdimos otro día por la zona de Patan que es como si fuera otra ciudad, a pesar de estar pegada a Katmandú. En ese sitio nos encontramos con DurbarSquare, el patrimonio cultural más bonito de Nepal según mi opinión. No perdimos la oportunidad de subir a una terraza de un restaurante de allí donde nos tomamos un refresco disfrutando de las vistas y el bullicio que había en esa plaza que tanto nos había impresionado.

Terminamos el viaje con la sensación de que los trece días habían pasado demasiado rápido, y eso que hubo momentos, sobre todo al principio, que se nos hicieron eternos intentando salir de algún que otro caótico momento montados en el taxi.

Durante el vuelo de regreso y antes de quedar dormidos, estuvimos viendo las fotos de Nepal, esta vez tocaba hacer un recorrido por los momentos vividos y plasmados en este país que, sin duda, había sido la coronación a un viaje impresionante.

Y ahora teníamos en mente nuestra más bonita locura, la boda que queríamos que se hiciera realidad antes de que acabase el verano. Tocaba dar la noticia a nuestros familiares y preparar todo a la velocidad de la luz, pero como él decía, quería comenzar un septiembre conmigo convertida en su mujer, esa con la que quería crear su propia familia.

Estaba feliz y nerviosa, regresaba con todos los planes muy diferentes a como empecé este viaje en el que de nuevo a mí me devolvían la vida.

Capítulo 26



Decir que la llegada del viaje, fue un poco poner a todo el mundo a nuestro alrededor patas arriba, era quedarse corta. A todos le pilló por sorpresa esa repentina y ligera boda que teníamos intención de preparar en tiempo récord, pero como dijimos, no veníamos a pedir opinión de nadie, solo a trasladar nuestros deseos de convertirnos en marido y mujer.

A la peor que le sentó fue a su madre que accedió a conocerme antes del enlace a regañadientes y momento que aprovechó para decirme mil veces lo mal que lo pasó por culpa de mi atropello a su hijo. Lo aguanté estoicamente y le pedí varias veces disculpas, hasta que el hijo se puso serio y le dijo que no hacía falta que lo dijera tantas veces que ya me había enterado de lo mal que lo había pasado como madre, pero también que se pusiera en mi lugar por el mal trago que pasé ya que no lo hice malintencionadamente.

Yo solo quería paz y que viera que amaba a su hijo con todo mi corazón y que aquello solo fue un desafortunado accidente que a mí no me hubiera gustado vivir. También quería que no me viera como su rival ni nada por el estilo, que solo había llegado para complementar la vida de su hijo, no para arrancarlo de nadie.

Marta fue mi apoyo en todo momento y me ayudó como si de mi propia madre se tratase, al igual que mis amigas, eso sí, Lola no se fiaba ni un pelo de Jorge, decía que todo era una estrategia, pero lo decía con la boca chica y para no bajarse del burro de que al final, el amor estaba más que demostrado con los actos que estaba teniendo conmigo. Y era tan evidente que ni con sus bromas y esas cosas que soltaba por su boca, lo podía enturbiar.

Y había llegado el gran día, hoy le daba el «sí, quiero» al hombre que atropellé un día y el único que fue capaz de mover todos los sentimientos habidos y por haber. Estaba con los nervios metidos en la barriga y solo esperaba que eso no me la soltara, porque era lo que ya me faltaba en este día.

Mi padre me iba a entregar a él, al igual que su madre haría ese acto con Jorge al que llevaría hasta el altar. Esperaba que en este día estuviera más simpática y se le olvidara por unos momentos aquel fatídico accidente.

Hanna estaba preciosa y entró con la cestita en la que me iba a llevar las alianzas, esa niña me tenía de lo más conquistada y tenía que ser parte de este gran momento que iba a acontecer en mi vida.

Los ojos de emoción de mi padre al verme vestida de novia, no tardaron en provocarle que se le cayeran unas

lagrimillas y me abrazase de lo más emocionado.

—Hija, solo te deseo que seas la mujer más feliz del mundo y que vivas el amor en todo su esplendor. No sé si estás haciendo bien o mal, pero, veo que Jorge es un buen tipo y espero no equivocarme. El gesto que tuvo, de aparecer en el viaje, dice mucho de él.

—Me protegió papá, no lo supo hacer de otra manera, pero lo hizo con el corazón cuando tuvo que ponerme al límite y aparentar que lo nuestro estaba acabado.

—Lo sé, cariño. Es tu día y lo vamos a vivir con todo el amor del mundo. No dudo de él, solo quiero que te haga la mujer más feliz de la tierra, como lo querrá su madre para él. Estoy convencido de que la felicidad con la que estás viviendo este momento es la señal a que solo puedo vivirla contigo de igual manera.

—La madre espero que hoy esté de buen humor. —Nos echamos a reír y la pequeña no soltaba su mano—. A esa mujer le temo más que a una escopeta de plomillos. —Volteé los ojos.

Y sí lo estaba, me la encontré en el altar junto a su hijo y los dos estaban a lágrimas tendidas. La cara de Jorge al verme aparecer era llena de emoción, no tardó en romper a llorar de una manera que provocó que yo también hiciera lo mismo mientras nos fundíamos en un abrazo.

Luego me abrazó la madre que aprovechó para decirme que hoy ganaba una hija más. Fue emocionante y bonito, sentí que sus palabras salían del corazón y que ahí terminaba esa brecha que había entre nosotras, bueno, en ella, que yo nunca tuve una mala palabra y la entendía como madre.

Jorge no tenía padre ya que murió años atrás por una larga enfermedad, pero su madre era una jabata que hacía el papel de los dos, como siempre tuvo que hacer mi padre.

La ceremonia fue de lo más bonita en la playa, en un restaurante muy exclusivo que no dudó en dejarnos una zona para nuestra celebración y que nos preparó la ceremonia sobre la arena y mirando hacia el mar.

La pequeña nos entregó los anillos que nos pusimos entre esas lágrimas que no dejaban de caer y es que estábamos cumpliendo nuestro sueño, ese que construimos en muy poco tiempo, pero de manera intensa.

Miré la alianza que lucía junto a la que me regaló como pedida frente al Taj Mahal, consiguiendo que fuera el momento más emocionante e inolvidable de aquel fascinante viaje que vivimos sin perdernos nada.

Lola le quitó las copas a los camareros para darnoslas en el primer brindis tras la ceremonia.

—Beber, beber, que poco alcohol creo que hay aquí para la que nos habéis hecho pasar —dijo bromeando, mirándonos con mala cara, y vi cómo Marta miró a Cata y se echaron a reír—. Menos mal que la boda es de ensueño, porque entonces hubiera matado a este. —Señaló a Jorge que no paraba de reírse con las cosas de Lola.

Javier, el padre del bebé que esperaba mi amiga, también estaba celebrando la unión y se veía que la emoción lo invadía constantemente. Algo me decía que ellos iban a terminar también dándose el «sí, quiero». Cata se merecía ser feliz, por encima de todo. Era un ser lleno de luz y amor que había sufrido mucho en su vida y ya era hora de que esta le recompensara con todo lo que había pasado.

—Y aquí está la novia más guapa de este año —dijo Borja, quien no podía faltar el día de mi boda, junto a su chica—. Felicidades, preciosa.

—Muchas gracias, Borja. A ver cuándo das tú el paso —sonreí.

—Pues cualquier día y en plan sorpresa, como vosotros. —Rio—. Jorge, te llevas una gran mujer —le dijo estrechándole la mano.

—Lo sé.

—Luego nos tomamos unos chupitos, y te cuento algunas intimidades vergonzosas de tu mujer.

—¡Borja! —Reí dándole un manotazo.

—Vaya por Dios, que me ha escuchado. —Volteó los ojos y se fue al encuentro de su chica.

Los compañeros de Jorge aparecieron con los coches y las sirenas frente a la playa poniendo todos los vehículos en línea y bajándose todos a ponerse firmes. Fue un acto hacia su compañero de lo más bonito, cosa que vi cómo Jorge se emocionó de nuevo y esas lágrimas volvieron a aparecer por sus ojos, consiguiendo que también tuviera la misma reacción los míos.

¹ Éramos cincuenta personas, no más, lo justo de amistades, familiares cercanos y mi tía que había venido de Tenerife y que por cierto me regaló una buena suma de dinero que me costó un mundo en aceptar, pero ante su insistencia no tuve más remedio que hacerlo.

Pasamos un día de lo más bonito y lleno de momentos que no se nos iban a olvidar en la vida, como cuando bailamos abrazados después de cortar la tarta, la canción *Todavía*, cantada por la Niña Pastori.

La celebración la pagó mi padre, no aceptó que nos opusiéramos ni nada por el estilo. Su mamá nos regaló la noche de bodas en el hotel más exclusivo de la ciudad y una escapada de cuatro días a París.

Marta estuvo de lo más cariñosa en este día donde se desvivió porque no me faltase una sola muestra de amor, ese que se notaba que no solo sentía por mi padre, sino también por mí, al igual que nosotros por su hija, que era la princesita de la familia y que nos tenía encantados.

La boda duró todo el día y hasta la cena, en la que pusimos aperitivos y nos dedicamos a bailar y tomar copas. Además, en ese punto había ya mucha gente de marcha en la playa entremezclados con nosotros y vimos cómo había personas que nos grababan o tiraban fotos. Eso de las redes sociales nos tenía al mundo de lo más dispuesto a capturar cualquier momento.

Eso sí, Lola estaba desperdigada entre los invitados y los que no eran los invitados. Iba bailando por todo el lugar y liándola parda como ella sola sabía hacerlo y es que arte no le faltaba para ser el alma de la fiesta y liarla parda.

Nos fuimos al hotel después de dar por zanjado el día más bonito y emotivo de nuestras vidas, al menos hasta el momento.

Fue entrar por la puerta de esa *suite* presidencial y no tardó en deshacerse de mi vestido y de su traje. El revolcón que nos metimos fue de campeonato porque terminamos rodando de la cama al suelo, pero lo que nos reímos no tenía precio.

Por la mañana después de desayunar en los jardines del hotel, mi padre vino con Marta y la niña a recogernos para llevarnos al aeropuerto para irnos a París, en una escapada antes de incorporarnos a los trabajos, ya que él había agotado las vacaciones y hasta cogió por adelantado una de las dos semanas que le daban por la boda.

Ni qué decir que era un viaje muy diferente al que habíamos hecho a la India y Nepal, mucho menos caótico y todo más ordenado a pesar de ser una de las ciudades más transitadas del mundo por los turistas.

Pasamos cuatro días preciosos en los que, además, contábamos con el privilegio de tener una habitación con una terraza con vistas a la Torre Eiffel y eso era ya todo un lujo para un primer contacto con la ciudad.

Durante este tiempo que regresamos del gran viaje, nos encargamos de trasladar la mayoría de mis cosas a su casa que era donde íbamos a hacer nuestra vida matrimonial ya que estaba al lado de mi trabajo y también estaba nueva. Así que cuando regresara de París me iría con él a comenzar nuestra vida en común como marido y mujer.

Pese al dolor que me causaba, mi casa la iba a poner en alquiler porque no podía estar cerrada ya que había muchos casos de ocupación y no me podía arriesgar a ello y, como no, también sería una fuente de ingresos que me entraría. Mi padre fue el que más me insistió en hacerlo ya que como él decía, siempre sería mi casa y la tendría ahí.

París nos llenó de momentos preciosos, por no decir el día que nos fuimos a pasarlo a Disney, y es que lo disfruté como una niña pequeña. Me acordé ese día muchísimo de Hanna a la que esperaba traer algún día. No dudamos en comprarle un montón de regalos de recuerdo del parque y de los que sabíamos que le iban a causar una alegría inmensa al recibirlos y saber que nos habíamos acordado de ella.

Regresamos llenos de emoción por la vida que comenzábamos en común y que tanto deseábamos. Fue entrar por la puerta de su casa y sentir que ese era el hogar que siempre, toda mi vida, había deseado formar.

La felicidad nos sonreía, se podía ver en cada mirada y gesto que nos regalábamos el uno al otro. El amor lo habíamos encontrado el día que nos conocimos por accidente y que llevó a que unos años después, me saludara en aquella perfumería en la que, sin que lo supiéramos, era el comienzo de todo lo que habíamos estado esperando nuestra vida.

Una vida en común, un sueño que seguir viviendo y todos los ingredientes para intuir que lo nuestro era un amor : prueba de todo. Lo amaba con todo mi corazón, pero también me sentía la mujer más amada sobre la faz de la tierra.

1

l,

n

La felicidad nos sonreía, se podía ver en cada mirada y gesto que nos regalábamos el uno al otro. El amor lo habíamos encontrado el día que nos conocimos por accidente y que llevó a que unos años después, me saludara en aquella perfumería en la que, sin que lo supiéramos, era el comienzo de todo lo que habíamos estado esperando nuestra vida.

Una vida en común, un sueño que seguir viviendo y todos los ingredientes para intuir que lo nuestro era un amor a prueba de todo. Lo amaba con todo mi corazón, pero también me sentía la mujer más amada sobre la faz de la tierra.

Epílogo



Cinco años después...

El tiempo para mí no corría, directamente volaba.

Habían pasado cinco años de nuestra boda, y hoy era nuestro aniversario.

En ese tiempo podía decir que había vivido la vida que siempre quise, una donde el amor no faltaba ni un solo día

Lo nuestro fue un flechazo en toda regla, un amor que comenzó a fraguarse a toda velocidad y que se vio alterado por circunstancia ajenas a nosotros, pero que como el Ave Fénix, resurgió de esas cenizas para volver mucho más fuerte.

Del viaje a París que nos regaló mi suegra, a quien adoraba y quien me quería con locura, fuimos dos y volvimos tres.

Sí, señoras y señores, yo me traje un auténtico bebé de París, de donde se había dicho toda la vida que venían.

Cuando se lo cotamos a la familia, Hanna empezó a decirle a su madre que quería ir a París para traerse un hermanito, con lo que me gané una mirada asesina por parte de Marta.

Pero, ojo, que al final ellos se fueron a París en septiembre para que la niña disfrutara de Disney y conociera a las princesas y... ¡se trajeron un bebé de París!

Sobraba decir que nada más enterarse de aquello, mi padre tuvo claro que iba a pasar el resto de su vida con la mujer que le había hecho latir el corazón, de nuevo, como un caballo desbocado, y le pidió matrimonio.

Ellos se casaron ese mismo diciembre, en una boda invernal de lo más bonita, y al igual que Jorge y yo, esperarab un niño.

Al año siguiente me convertí en tía, madre y hermana.

Tía de una preciosa niña llamada Lucía, cuyos padres, Cata y Javier, se casaron al mes de que naciera, ya que durante los últimos meses del embarazo de mi amiga él estuvo allí con ella en todo momento, y el día que nació, le puso el anillo en el dedo diciéndole que, o se casaba, o se casaba, pero que no quería estar separado de ellas ni un solo día.

Madre de un niño igualito que su padre, a quien pusimos de nombre Samuel, y que nos tenía locos a todos.

Y hermana de otro niño guapísimo como mi padre, que se llamaba Gabriel.

Seguíamos viviendo en la casa que era de Jorge, a un paseíto corto de mi trabajo, pues yo aún me mantenía al frente de mi negocio junto con mis niñas, Cata y Lola, y desayunábamos cada mañana en la cafetería donde Nancy nos mimaba a todas como nadie.

Lola y Nancy, qué decir de ellas.

Mi Lolita conoció a un hombre en la boda de nuestra amiga Cata, un militar amigo de Javier, y la chispa saltó de tal modo que podríamos haber sufrido un apagón esa misma noche.

Enrique, pues así se llamaba, resultó ser todo un romántico, lo opuesto a ella, y cada día la sorprendía con un desayuno sorpresa que le hacía llegar al trabajo esperando que le diera una cita, cosa que acabó haciendo un mes después y desde entonces, se habían vuelto una pareja inseparable.

No se habían casado pero sí vivían juntos en casa de él, pues desde que Cata se mudó con Javier y Lola se quedó sola, se le hacía un poco cuesta arriba lo del alquiler, y el militar de sus amores se lo puso fácil. Le dijo que se mudara con él y sin pagar alquiler.

Y Nancy, nuestra Nancy, por fin encontró ese amor que todo lo podía.

Algunos hombres con los que había salido la trataron un poquito mal, las cosas como son, pero el destino le tenía guardado un hombre que la amaría hasta el fin de sus días.

Carlos era un hombre viudo de treinta y cinco años que se había mudado a la zona donde ella trabajaba con sus dos hijos, un niño de ocho años y una niña de cuatro de los que Nancy se enamoró nada más verlos aquella mañana cuando fueron a desayunar.

Y qué decir del padre, atractivo y seductor de los que hacían mojar las bragas, como ella decía.

1

Congeniaron, salieron en una primera cita, ella le contó su vida y que antes de ser Nancy era un chico con las ideas muy claras, y él admiró el valor de contárselo a un desconocido, como quien decía.

Pero el desconocido la cortejó día sí y día también, sus hijos la adoraban y hacía dos años que se habían casado.

Y por último tenía a Borja, mi ex y mi amigo, ese que, tal como dijo el día de mi boda, se acabó casando por sorpresa con su chica en la primera siguiente a la mía, una ceremonia de lo más bonita y romántica, y eran los padres de una niña guapísima de dos años, llamada Sara.

—Mami. —Miré hacia la puerta y vi entrar a mi niño.

—Qué guapo estás, cariño —dije cogiéndole en brazos.

Llevaba un traje de pantalón, camisa y una mini corbata, igual que su padre, pues Jorge nos llevaba esa noche a ycenar fuera a los dos, para celebrar nuestro aniversario.

—Tú más. —Me dio un beso en la mejilla y le abracé—. Papi quiere saber si estás lista.

—Sí, ya estoy.

Cogí el bolso, lo dejé en el suelo y, con él de la mano, fui hacia el salón donde me esperaba mi marido.

Aún con los años que habían pasado, ese hombre seguía haciendo que mi cuerpo se estremeciera al verle y cierta parte palpitara deseando sentirle.

—Cuando quieras, amor —dije y se giró, pues estaba de espaldas a mí, con el teléfono en la mano.

—Estás preciosa —sonrió acercándose y me rodeó por la cintura para besarme.

—Tú también te ves muy guapo. —Le alisé la corbata.

Salimos de casa y, tras sentar a nuestro pequeño en su sillita en la parte trasera, subimos al coche e hicimos el camino al restaurante cogidos de la mano.

De vez en cuando nos mirábamos y, tanto en sus ojos como en los míos, se veía ese amor que sentíamos el uno hacia el otro.

Al llegar al restaurante Jorge se encargó de llevar a Samuel en brazos hasta la mesa, le sentó y retiró mi silla, besándome el cuello mientras me sentaba.

Pedimos agua para los tres, pues cuando Jorge cogía el coche no bebía, pasta para Samuel y, para nosotros, una bandeja de marisco para compartir y una carne asada que olía de maravilla.

Tenía un regalo para él que quemaba en mi bolso, estaba deseando que lo viera y ver su cara. Esperaba que no le diera un soponcio al verlo.

Cuando trajeron los postres no pude evitar gemir con aquel primer bocado. Era un hojaldre con crema, chocolate con avellanas y fresas que estaba de muerte.

—Preciosa, controla esos ruiditos. —Me pidió con la ceja arqueada.

Sonreí con malicia y, con el segundo bocado, volví a gemir, haciendo que él carraspease mientras se aflojaba un poco la corbata.

—Mami, quiero un vaso de leche.

—Claro, cariño, ahora lo pedimos —sonreí.

Jorge llamó a la camarera, le pidió un vaso de leche para Samuel y un café para él, yo pedí más agua.

Cuando dejaron la leche y el café en la mesa, Jorge sacó una pequeña cajita del bolsillo y me la entregó.

—Feliz aniversario, preciosa —dijo con una sonrisa.

Cuando lo abrí, se me humedecieron los ojos. Era una preciosa gargantilla con un colgante en forma de corazón y por detrás había grabado nuestras iniciales y la fecha de nuestro quinto aniversario.

—Es precioso, muchas gracias.

No dudé en ponérmelo, y cuando lo hice, le di un beso antes de sacar su regalo.

—¿Me has comprado un reloj? —preguntó sin haberlo abierto aún— Ya tengo el de Navidades.

—Ábrelo, y deja de pensar en lo que puede ser. —Reí nerviosa.

Jorge deshizo el lazo con el que estaba envuelto, rompió el papel y abrió la caja.

Se le abrieron los ojos en cuanto vio el contenido, me miró, volvió a mirar la caja, de nuevo me miró a mí, a la caja otra vez y...

—¿Estás embarazada? —preguntó al fin.

—Feliz aniversario, futuro papá.

—Dios, Martina. —Se puso en pie, me cogió de la mano y, tras hacer que me levantara, me abrazó con todas sus fuerzas mientras me besaba el cuello—. Este es el mejor regalo de aniversario que podías darme.

—Me alegro de que te guste. —Reí.

—Vamos a ser padres otra vez. —Me miró y tenía los ojos vidriosos.

—Sí.

—Te amo, Martina —dijo con mis mejillas entre sus manos, mirándome fijamente—. Te amo y siempre te amaré, preciosa.

Me besó y escuché la risita de Samuel, cuando le miramos, se estaba tapando la boca con ambas manos.

—Campeón, en unos meses vas a convertirte en hermano mayor —le dijo Jorge, tras ponerse en cuclillas a su lado.

—¿Voy a tener un hermanito?

—O hermanita —sonreí.

—¿De verdad?

—Sí, cariño.

—¡Voy a tener un hermanito! —gritó, y los demás clientes, que ya estaban mirándonos, empezaron a sonreír y aplaudir.

¿Se podía ser más feliz? Posiblemente sí, habría mucha gente que sería más feliz que yo, pero podía decir, sin lugar a equivocarme, que no cambiaba la vida que tenía por nada del mundo.

Tanto lo bueno como lo malo nos había traído hasta aquí, hasta la más absoluta felicidad.

—Me alegro de que te guste. —Reí.

—Vamos a ser padres otra vez. —Me miró y tenía los ojos vidriosos.

—Sí.

—Te amo, Martina —dijo con mis mejillas entre sus manos, mirándome fijamente—. Te amo y siempre te amaré, preciosa.

Me besó y escuché la risita de Samuel, cuando le miramos, se estaba tapando la boca con ambas manos.

—Campeón, en unos meses vas a convertirte en hermano mayor —le dijo Jorge, tras ponerse en cuclillas a su lado.

—¿Voy a tener un hermanito?

—O hermanita —sonreí.

—¿De verdad?

—Sí, cariño.

—¡Voy a tener un hermanito! —gritó, y los demás clientes, que ya estaban mirándonos, empezaron a sonreír y aplaudir.

¿Se podía ser más feliz? Posiblemente sí, habría mucha gente que sería más feliz que yo, pero podía decir, sin lugar a equivocarme, que no cambiaba la vida que tenía por nada del mundo.

Tanto lo bueno como lo malo nos había traído hasta aquí, hasta la más absoluta felicidad.

RRSS

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: relinks.me/AriadnaBaker

Twitter: @ChicasTribu

RRSS

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: relinks.me/AriadnaBaker

Twitter: @ChicasTribu